

**B
e
a**

da
una

última
oportunidad

Erina Alcalá

EA



BEA DA UNA ÚLTIMA OPORTUNIDAD

ERINA ALCALÁ

Desconozco los que nos espera
pero si te quedas,
prometo contarte
el final de esta historia
del último día de mi vida.

CAPÍTULO UNO

Beatriz Angulo, era y había sido siempre una chica tímida, poco habladora e introvertida buena, pequeña, de pelo largo y negro, liso y ojos oscuros. Era hija única de padres de clase media baja. Solía hablar lo preciso y era bastante vergonzosa, ya de pequeña. Parecía una niña triste y solitaria y eso que sus padres eran todo lo contrario.

Su padre era fontanero y aunque ganaba un buen sueldo, y su madre era costurera, pagaban su casa, y tenían para ahorrar un poco, comida no faltaba e incluso a veces habían ido algunos años unos días de vacaciones a playas cercanas.

Vivían en unos de los barrios humildes de Sevilla capital.

Su padre era un hombre inquieto, y siempre quiso estudiar. Uno de sus hermanos, Mateo, se fue a Nueva York y lo envidiaba, porque había conseguido ser ingeniero y ahora estaba en un buen puesto de trabajo, aunque estaba soltero. Si no hubiera sido por algo que lo retenía, el miedo a lo desconocido, él también se hubiese ido a la gran manzana. Sin embargo, no lo hizo.

En cambio, cuando su hija Bea, quiso ser médica tras acabar el instituto y se lo dijo a sus padres, sabían que eran muchos años y que, sin beca, no podrían darle lo que su hija tanto ansiaba estudiar y había sacado en la selectividad, la nota de corte suficiente para estudiar medicina y era una pena que no pudiera estudiar o ser lo que había soñado en la vida y se había esforzado para ello.

Sin embargo, su tío Mateo, que era el tío que más la quería, pero estaba tan lejos... Era su sobrina favorita, le buscó una beca en la universidad de Nueva York para estudiar medicina. Puso su vivienda como si fuera residente en ella, sacó toda la documentación y le pidió beca.

Y con mucha suerte, su sobrina pudo irse allí a estudiar. Fue algo inesperado, y fue más feliz que en toda su vida, saber que podía estudiar y además irse lejos a Nueva York, la ciudad donde todo el mundo quería vivir.

Bea, esa muchacha tímida, con los hombres mucho más, nunca fue más feliz que cuando, su tío Mateo la llamó diciéndole que preparara su maleta y pasaporte que se iba a la universidad, se quedaría en el campus. Y podría ir a su casa los fines de semana o cuando quisiera, allí estaba él para cuidarla.

Ya le daría él las instrucciones y que ya podía empezar y darle fuerte al idioma, aunque ella siempre se le dio bien el inglés, aún le quedaba por aprender más, y relacionarse para hablar, sobre todo y perfeccionarlo.

Así, su tío la invitó a su casa, un mes antes de entrar en la universidad, para que la viera, se hiciera con la ciudad. Y enseñarle todo, tenía algunos días de vacaciones y la invitó.

Su tío Mateo, tenía un apartamento de dos dormitorios y un despacho en una de las calles de Manhattan, que a ella le pareció precioso. Le había puesto en su cuarto una mesa para estudiar y le había regalado una impresora, un móvil y un pc nuevos también, así como materiales para trabajar.

Ella lo abrazó, cariñosa, y su tío fue con ella a la universidad, a ver los libros del primer semestre del primer año, ya que se estudiaba por semestres y con el dinero que sus padres le dieron, compró los libros y material de estudio, para cuando tuviera que ir a la universidad,

Entraba el día 1 de septiembre. Todo lo tenía preparado.

Tenía una cuenta y sus padres le enviaban todos los meses algo de dinero para sus gastos, pues

tenía comida y cuarto gratis en la universidad y en casa de su tío no le dejaba pagar nada.

Su tío le enseñó la ciudad, y la llevó a conocer casi todo lo conocible en esos días de vacaciones antes de entrar en la universidad, y Bea estaba encantada y disfrutaba con su tío, al que quería como si fuese su padre.

El día uno entró con sus maletas que su tío le llevó a la universidad. La acompañó a la habitación que le dieron. La compartía con una compañera de Dallas, Texas. Era rubia, y preciosa y se llamaba Natalie.

Su tío se despidió de ella y le dio sus consejos como si fuese su hija, debía llamarlo todas las semanas y si necesitaba algo, que se lo pidiera, y cuando quisiera ir el fin de semana a casa, también y vendría a por ella.

Natalie le cayó bien. No era como ella de tímida, pero tampoco era una chica dicharachera, aunque sabía muchos idiomas y el primer día mientras colocaban la ropa y los libros, pues ambas estudiaban lo mismo e iban a ir a las mismas clases, Natalie le contó casi toda su vida que era más emocionante que la suya, solapada, monótona, aburrida y triste.

Pero con el tiempo, con Natalie y con ayuda de su tío Mateo, las cosas cambiaron, manejaba el idioma, Natalie la ayudó, e incluso ella le enseñó a Natalie un mejor castellano y también tonteaban con el italiano que había aprendido Natalie en los veranos.

Se convirtieron en las mejores amigas, ellas no se apuntaron sociedades, ni hermandades, se dedicaron a estudiar, a contarse cosas, a salir, a veces pasaban el fin de semana en casa de su tío Mateo y salían por Nueva York.

Natalie le contó su historia con Daniel, y Bea, sabía que Natalie tenía dinero, que era una chica rica de Dallas y ella no, pero su amiga, era tan generosa que cuando salían siempre pagaba y Bea no quería.

—No seas tonta Bea, eres mi amiga del alma, nunca he tenido una amiga como tú. Seremos amigas para siempre, y trabajaremos juntas, ya verás, te quedarás aquí, te buscaremos trabajo.

—¡Ojalá! ¡Me encanta Nueva York!

—Quizá nos vayamos a Texas...

—Pues a Texas...

Y pasaron los años y el último curso de estudio se fueron de intercambio a España. Se quedaron en casa de Bea y sus padres se portaron bien con Natalie. Natalie les pasaba una mensualidad por quedarse en casa, pero la madre de Bea, lo guardaba para su hija, no quería nada, pero Natalie insistía, porque sus padres, le pasaban el dinero para ello y prefería quedarse en casa de Bea que en una residencia de estudiantes o en un piso.

Su tío Mateo, por el contrario, la echaba de menos, después de todos esos años de tenerla allí. Y sabía que tardaría en volver a verla. La llamaba todos los meses para ver cómo le iban las prácticas. Hubiera querido que se quedase allí con él, pero era imposible. Al menos había cumplido su objetivo de ser médica.

Sin embargo, Bea, por su parte, sabía que ya no volvería tras las prácticas, que su amiga Natalie en cuanto terminara las suyas en el Virgen del Rocío de Sevilla, el hospital que ellas pidieron aconsejadas por Bea, porque Natalie quería ir dónde ella vivía, se volvería a Estados Unidos y se quedaría sola sin amiga y como siempre. Y eso le produjo una gran tristeza. Volvería a su vida monótona y gris.

Se le acababa su historia feliz y la echaría mucho de menos. Era su hermana del alma, porque no tenía hermanos. Como Natalie.

Y a los 24 años, terminado sus estudios, Natalie se fue a Dallas, y se hizo cirujana en los dos años siguientes, y Bea, ya no podía estudiar más, se quedó como médica de medicina general, pero, no se olvidó de ella, jamás y mantenían el contacto por email, por Skype, pero ya no era lo mismo. Natalie la veía triste.

Bea encontró trabajo en una clínica en Sevilla, y dos años más tarde, cuando cumplía 26 años, Natalie la llamó, le tenía un trabajo en el Randolph hospital AFB, cerca de una base aérea de Randolph, a una hora de Austin, Texas, donde ella llevaba ya trabajando casi dos años, terminando la especialidad de cirugía.

No se había olvidado de ella y en cuanto quedó una vacante de medicina general, habló con el director y este le daba 10 días para incorporarse.

Y fue la única vez que ella habló con su tío Mateo de nuevo en serio y éste la animó a que se fuera a Texas. Y ella se lo dijo a sus padres y se fue, con lo que había ahorrado esos dos años de trabajo en la clínica, y lo que Bea le había dado a su madre en el intercambio dos años antes y que su madre se lo tenía guardado.

Todo fueron carreras y documentación de nuevo en esos días. Despedirse del trabajo, de sus padres, sacar pasajes, preparar maletas...

Por su parte, Natalie se había hecho amiga de una enfermera de Austin, Brenda, una pelirroja alta y guapa, extrovertida, por las que babeaban los chicos, que también trabajaba en el hospital y le hablaba maravillas de lo buena que era Bea, y ya eran como las tres mosqueteras sin conocerse Brenda, Bea y ella misma Natalie.

Bea llegó muerta a Randolph, ya su amiga, le había alquilado un apartamento cerca del hospital, de un dormitorio, como tenía ella y Brenda. Y cuando llegó, Bea, le pago lo que había adelantado.

Y se incorporó a su casa y al hospital. Y le cayó muy bien Brenda y Natalie no podía ser más feliz con sus amigas del alma.

Llamó a sus padres, a su tío Mateo y les dijo que aquello era precioso y que le gustaba, que les iría contando.

Todo a la carrera porque le había dado diez días para incorporarse el director, con el que tuvo una entrevista. La contrató y al día siguiente empezó a trabajar.

A las dos semanas Bea, ya se había hecho a su trabajo, Había pintado su pequeño apartamento y se había comprado un pequeño despacho para el salón como sus amigas.

—Tenemos que ir a Austin un día a celebrar que Bea está en el hospital. ¿Nos vamos el fin de semana que viene? —Dijo Natalie

—Sí, si no tenemos ninguna guardia...

—Yo no tengo —dijo Bea.

—Pues nos vamos, venga, una habitación triple, si encontramos chicos, que tengan ellos las habitaciones para nosotras, si quieren sexo.

—¡Cómo eres Brenda! —le decía riendo Natalie.

—¡Jo, quiero un chico guapo ya!, tenemos 26 años. Y nada de nada, desde hace... ni me acuerdo ya. Se me va a oxidar —y las otras se reían.

—Está bien, nos vamos, me llevo mi coche, —dijo Natalie.

—Vale, en el siguiente me llevo el mío —dijo Brenda.

—Cuando pueda me compro uno. Ahorraré lo de las guardias para ello.

—No te preocupes, Bea, hija, si llevas apenas dos meses trabajando. Tienes tu piso, bonito y lo

has pintado, nuevo, y todo, eres una trabajadora nata. Y además el director me ha dado las gracias por recomendarte.

—¿Sí?

—Sí, eres buena, mujer.

—¡Qué bien!

—Pues ya está, a divertirnos, a comprarnos algo, bikinis, hace calor, y un par de vestidos nuevos por si salimos y sandalias, maquillajes y perfume.

—Me voy a gastar el sueldo, nunca ahorraré —dijo Bea riendo.

—Ya ahorrarás mujer, no te quejes. Vamos al centro comercial, allí encontraremos gangas.

Y se compraron ropa.

Y el viernes reservaron un hotel en Austin.

Lo primero que hicieron fue desayunar por el camino, llevaban tres maletas pequeñas en el maletero y un par de bolsos de maquillajes.

Luego al llegar al hotel, en el centro de Austin, deshicieron las maletas para que los vestidos no se arrugaran demasiado y Brenda dijo que se iban a la piscina, antes de comer, que hacía un calor sofocante.

Y allí estaban las tres en la piscina: Bea, Natalie y Brenda. Se estaban bañando un par de chicos guapos y Brenda los observaba cuando se acercó a ellas un tipo alto como él solo, guapo y con unas gafas negras, dirigirse a Natalie.

—¿Natalie?...

—¡Daniel!, ¿qué haces aquí?

—Pues estoy de fin de semana con mis amigos —oyeron ellas—. Somos capitanes de la base de Randolph y estamos celebrando exactamente eso, que nos han ascendido a capitanes.

Siguieron charlando un poco más y Natalie le dijo que no estaban de despedida de solteras, porque Daniel se lo había preguntado, sino que celebraban que su amiga Bea, española, con la que ella estudio en Nueva York medicina, había entrado a trabajar en el hospital de Randolph.

Para Daniel fue una alegría y se le notó que se había alegrado de verla, ya Bea conocía la historia. Ella le presentó a sus amigas.

—Espera —dijo Daniel—, os voy a presentar a mis amigos.

Y allí estaba Lucas, babeando por Brenda, de flechazo inmediato y Nick que miró a Bea de arriba a abajo como diciendo: si no queda más remedio...

Sin embargo, a Bea le gustó ese tipo alto, silencioso como ella y con esos ojos grises maravillosos, que te traspasaban en cuanto te miraba.

Al final, se quedaron solos en la piscina nadando. No les quedó más remedio ya que Daniel estaba con Natalie, y Lucas quedó prendado de Brenda. Y como Bea notó que no le gustó a Nick, se fue a la piscina, pero este la siguió.

—Oye Nick, no hace falta que tengas que entretenerme.

—Bueno, yo también estoy fuera de onda, mujer. No se trata de emparejarnos, podemos hablar y ser amigos. Estamos los seis juntos.

—Bien, lo que no quiero es que te sientas obligado.

—No me siento de ninguna manera.

Y pensó Bea que era una pena, porque ella sí que se sentía nerviosa por ese tipo en cuanto lo miro a los ojos. Pero bueno, no podía acceder a un capitán de las fuerzas aéreas, que sabía tanto de todo y al que no le había gustado o al menos tuvo esa impresión.

Salieron del agua y se sentaron en las tumbonas.

—¿De dónde eres?

—Del sur de España, de Sevilla.

—Ahí, hay una base americana.

—Sí, en un pueblo, Morón de la Frontera.

—Sí, aún no he salido a dar clases fuera, aunque Daniel sí que quiere ir a Alemania, a la base de la OTAM. Yo suelo ir más para el norte, Nueva York, generalmente. Esa parte es mía. Me gusta.

—Allí estudie medicina con Natalie, nos conocimos en la universidad, fuimos compañeras de habitación. Luego yo hice una especie de intercambio con ella. Nos fuimos el último año de medicina a Sevilla, allí hicimos las prácticas en el mismo hospital, luego ella se vino a hacer la especialidad de cirugía y yo me quedé trabajando en una clínica, hasta que hace dos meses me llamó. Y me vine. Una locura. Ahora vivimos en un apartamento cerca del hospital y la base.

—¿Tienes más hermanos?

—No, soy hija única. Pero mis padres son humildes, fue mi tío Mateo el que vive en Nueva York e hizo que consiguiera una beca aquí, como si viviese con él. Ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida.

—¿Y te gusta Randolph?

—Me encanta, soy libre, tengo mi apartamento pequeño, de un dormitorio, allí hay muchos militares de la base, y del hospital también, tengo un buen sueldo y me falta comprarme un coche, cuando ahorre algo, claro. Estoy empezando a trabajar, aunque tenía ahorrado algo, entre el viaje y dar para el apartamento y comprar y lo pinté, pues quiero seguir ahorrando un poco más.

—Eso está bien.

—Y tú, ¿de dónde eres?

—De aquí de Austin.

—¿Y te quedas en un hotel?

—Este viaje es para mí, pero vengo a ver a mis padres y a mis hermanos.

—Tengo dos, mayores que yo, ya casados.

—¿Qué edad tienes?

—29 ¿y tú?

—26.

—¿Y dónde están esos apartamentos?

—Y ella le dijo el precio y dónde estaban.

—¿Es que vas a cambiarte?

—Estamos hartos de vivir en la base, quizá me cambie, sí. Allí no puedo llevar a chicas solo a mi mujer.

—¿En serio?

—Sí, el ejército tiene reglas estrictas en ese sentido.

—Bueno, parece que sois muy amigos.

—Desde el instituto, no nos hemos separado, nos gustan las mismas cosas y nos llevamos muy bien, a los tres nos gustan los aviones y dar clases, pilotar, en fin, ha sido nuestra vida.

—Los otros los llamaron.

—Bueno, nos llaman dijo Nick.

Y se fueron con ellos.

Nick la miró, era pequeña, tenía buen cuerpo y era guapa, pero demasiado baja para él que era el más alto de todos. No era su tipo en absoluto. No sintió nada al verla, ni le llegó como a Lucas Brenda, porque la historia de Daniel y Natalie, ya la sabían y había sido una gran casualidad encontrarse de nuevo.

No es que él fuese un Don Juan como sus amigos, el que más Lucas, que era infiel por naturaleza, pero él era más sensato en ese sentido, le gustaban las mujeres, como a todos, pero era tan especial y exigente que se pensaba demasiado en salir con una chica, sin embargo, si esa noche podía, se iba a acostar con esa pequeña, tenía ganas de sexo.

Y tampoco estaba del todo mal la española. No es que fuese una modelo, pero se veía buena chica. E iba a aprovechar una de las pocas ocasiones en que tenía de acostarse con una que no fuese demasiado... liberal, aunque pareciese pretencioso y machista. No le gustaban las mujeres tan libres y que se acostaban con cualquiera.

Por ejemplo, no le gustaba Brenda como mujer, como amiga sí, pero no como para tener una relación estable.

Nick era un tipo tozudo y algo raro en cuestión de elegir una mujer. Lo pensaba y repensaba y tardaba en decidirse. Había que darle un empujón, pero esa noche no necesitaba empujones ni de sus amigos, ni de nadie, lo tenía muy claro, sexo y pasarlo bien.

Y él sabía que Bea no era de las mujeres que a él no le gustaban en ese sentido, lástima que no fuese la mujer completa que él buscaba.

Pero de esa manera, sabía que se quedaría soltero toda la vida, sus amigos se lo decían:

—Tío, la mujer que buscas está en tu mente, no es real, da una oportunidad, si quieres una chica buena, las hay, si quieres para un rato, también, para una noche. Tonto no eres.

Pero es que él además no quería problemas, era reservado, no contaba todo, a nadie, ni siquiera a sus amigos.

Le gustaba su trabajo y no tener que depender de hacer ni recibir llamadas, de que le exigieran o de que lo acosaran a llamadas haciéndose pasar como amigas, queriendo salir, pidiendo verlo, o que fueran a su casa sin llamar, o llamando.

Quería ser libre, llamar cuando quería, y ser quien llevara las riendas de su vida y sus relaciones con las mujeres, pero eso tampoco era moral y lo sabía, porque si todo el mundo hacía eso, nadie iba a quedar por gusto ni coincidir. Y lo mandarían al carajo las chicas en menos que cantara un gallo.

No podía evitar ser como era. Si había alguna mujer que lo cambiase, que lo dudaba, ahí estaba él, esperando, con cierto relajó.

—Ya te enterarás —Le decía Daniel—, cuando aparezca tu media naranja, te vas a enterar, babearás Nick.

—Bueno, cuando aparezca me lo pienso, mientras, deja que lleve mi vida a mi manera. Es que a vosotros os gusta cualquier falda que se mueva y a mí, no, tío, soy muy escrupuloso.

—Lo que eres es raro y un cabronazo, seguro. Eres igual que el resto. Te guardas las cosas.

Al mediodía almorzaron los seis juntos y por la noche fueron a cenar y a bailar. Daniel se llevó a Natalie a la pista y en menos de media hora, se habían ido y al igual hicieron Brenda y Lucas.

—Vaya, parece que nos han dejado solos —le dijo—. ¿Te apetece dar un paseo o bailar, otra copa...?

—Me da lo igual, lo que a ti te parezca bien.

—A mí, me parecería bien hacer lo que van a hacer el resto —y Bea se quedó mirándolo con la boca abierta.

—Pero yo...

—¿No te apetece? ¿No te parece lo suficientemente guapo?

—No, es que no estoy acostumbrada a tener sexo de una noche con desconocidos.

—Podemos salir más noches cuando volvamos.

—No sé, es que...

—Tienes 26 años.

Y se levantó en todo lo alto que era, la tomó de la mano y la arrastró a la salida.

Y sin decir una palabra, ella iba temblando camino del hotel. Tenía que correr un poco con los tacones.

—Me tienes miedo —le dijo por la calle mirándola.

—Un poco, la verdad.

—No a ti, sino al hecho en sí.

—Vamos, olvídate de toda esta noche, solo es una noche. Pero si no te gusto, soy feo para ti o no quieres, dime que no.

—No, digo, no eres feo —y Nick sonrió.

—Entonces es que sí.

—Sí —dijo ella que no quería perder la oportunidad de tener sexo por primera vez con ese tipazo de ojos grises.

Y sí que tenía miedo, por supuesto que sí, pero que era un tipo sexy, lo sabía y sabía que era callado y hablaba lo suficiente también, y ella que no era muy habladora.

Iban a hacer una buena pareja...

Por fin llegaron al hotel, camino que a ella se le hizo interminable. Subieron a la habitación de Nick.

—Pasa. Le dijo abriendo la puerta con la tarjeta...

CAPÍTULO DOS

Bea entró, y él iba tras ella, la cogió por la cintura por detrás y apartándole el pelo, la besó en el cuello.

—Ummm... Hueles muy bien, me gusta el perfume.

Y ella no podía decir nada, las piernas se le hacían gelatina, le tomó los pechos y le pellizcó los pezones sin dejar de besarla y ella tuvo que echarse en su pecho.

Le dio la vuelta y le bajó la cremallera del vestido, mientras metió la lengua en su boca y la levantaba a su sexo caliente y chispeante y la rozó con él, ella estaba rendida a ese fuego que emanaba del sexo de Nick. Ya lo notó grande, y sintió un dolor apremiante y mojado, mientras sentía la lengua de Nick recorriendo los contornos de su boca, entrelazando sus lenguas en un beso infinito y dulce.

Ese hombre besaba mejor que bien. Y ella abrió los ojos y lo miró. La bajó al suelo y le bajó el vestido, le desabrochó el sujetador, dejando sus pechos libres de ataduras. Sus pechos turgentes y hermosos, duros como estatuas, altos como él.

—Me encantan tus pechos y tus pezones grandes —y los besó y mordisqueó y ella gimió, con sus manos le bajó el tanga y la dejó desnuda. Ella se quitó los zapatos y le desabrochaba la camisa y pudo ver su pecho ancho y desnudo, cincelado para matar.

Cuando se bajó los pantalones y se quedó desnudo, tenía un cuerpo espectacular de ángel desnudo.

La acercó a su cuerpo y unieron piel con piel encadenada.

La tumbó en la cama y se puso encima de ella acariciándola de mil formas distintas, gimiendo Bea como un títere entre sus brazos cuando la tocó.

Tocó su sexo desnudo y la encontró mojada y húmeda y eso le dio alas a él para ponerse un preservativo y entrar rozando sus paredes con sus pasos de agua. Y ella vencida y agitada, lo recibía con gemidos como eco externo.

Hubo un momento en que Nick no pudo seguir atravesando su sexo y la miró y ella sintió vergüenza de ese momento, pero se movió y Nick, se hundió en ella excitado y palpitante. Bea gimió un poco y Nick se quedó quieto, pero su sexo le pedía seguir y se movió despacio en ella que abrió sus piernas para el primer hombre de su vida y se olvidó de todo, porque Nick la hacía olvidar todo.

Nick gemía entre el sexo de Bea con sus vaivenes y sintió el calor del cuerpo de ella y juntó su calor entre espasmos blancos, hasta faltarle la respiración.

Allí se quedó, encima de ella mientras recobraban las respiraciones, hasta que tuvo que levantarse e ir al baño.

A la vuelta, se echó a su lado y ella se quedó como estaba, boca arriba.

Le pasó el brazo por encima y la atrajo a su cuerpo. Le parecía chiquita y vulnerable y lo que había pasado allí nunca en su vida lo hubiese esperado, jamás y menos con una chica de 26 años. Le echó el pelo hacía atrás y la miró. Ella subió su mirada hacia Nick. Y Nick, se sintió culpable y sobre todo preocupado. Preocupado por ser su primer hombre y porque podría traer las consecuencias que él nunca esperaba ni quería. Y tenía que controlar la situación y pensar... era lo peor que podía haberle pasado con Bea.

—Nena...

—¿Sí?

—No sé ni cómo empezar esta conversación, sin sentirme culpable.

—¿Por qué?

—Eras virgen.

—Sí.

—Con 26 años.

—Sí, siempre he sido muy tímida e introvertida, poco habladora, solitaria.

—No te veo así.

—Porque con mi amiga Natalie y Brenda soy más abierta.

—Pero no me lo has dicho.

—No era tan importante decírtelo.

—Por supuesto que es importante. Soy tu único hombre, el primero, es algo importante para ambos.

—Sí, eso lo sé —Pero no lo entendió. Ni entendió por qué Nick, le daba tanta importancia, pero importancia negativa.

—Y has tenido un orgasmo.

—Porque eres bueno.

—¡Qué tonta! Creo que la que eres buena eres tú, no me había pasado esto con ninguna mujer.

—Pues ya sí.

—Sí, ya sí. No me gustan las mujeres liberales, pero tú te pasas, mujer.

—A mí tampoco me gustan los hombres mujeriegos.

—No soy ese caso.

—No te ha gustado?

—¡Estás loca mujer, pues claro que me ha gustado! Tienes un cuerpecillo bonito y tu sexo, es... me aprieta y me mata. Hueles bien y sabes mejor.

—Creo que eres serio, pero estás un poco loco.

—¿Sí?, pues me gusta una cosa.

—¿Qué cosa? —le dijo intrigada.

—Me gusta que estés depilada.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Y eso?

—Porque vamos a probar una cosa. —Y bajó a su sexo y se coló entre sus piernas cálidas.

—Nick, eso no creo que...

—Shhh, preciosa...

Y bajó a su sexo y lo hizo suyo con la boca también, explorando su sexo, lamiéndolo hasta que ella se derramó en él.

—¡Ay, Dios, ¡Nick!

—Por Dios, ahh, Dios...

—Nena, te queda por conocer mucho sexo.

—Lo sé, pero deja que respire. —Y Nick se reía.

Nick supo que esa mujer la iba a hacer suya, había sido el primero y eso tuvo consecuencias en su forma de ser. Tener una mujer desde el principio para él, enseñarle todo lo que sabía de sexo y practicarle con ella. Y no le importó la estatura por una vez en la vida, era tan guapa cuando tenía

un orgasmo...

Le encantaba, quería verla cuando se soltara y fuera tras él, quería ver su caminar en el sexo y conocerla.

Fue un instinto posesivo, pero, el problema era como combinaba eso con su libertad tan estimada. Cuando ella se recuperó, bajó a su pene, y lo tomó en sus manos.

—Nena, ¿qué haces?... no...

—¿Qué pasa, no quieres?

—Es que no quiero que lo hagas si no te apetece.

—Si lo hago es que me apetece —le decía lamiendo la longitud de su sexo.

—Joder, Bea, bufff, pequeña —y se estiraba en la cama y la miraba, mientras ella se afanaba en su sexo largo y duro como un junco y lo chupaba y lo sentía palpar mientras lo movía con sus manos danzando en las olas, mientras Nick gemía como un cóndor.

—Ahh, Dios, pequeña, sigue, sigue, Dios joder, voy a correrme, —le dijo—, estoy que expl...

Y ella lo metió entre sus pechos para acoger su escarcha entre ellos.

—Mujer, vas a matarme.

—Eso pretendía, lo que tú me has hecho. Espera voy a limpiarte.

Y se limpió ella y a él, y luego se tumbó a su lado de nuevo.

—Creo que sexualmente nos entendemos perfectamente. En eso no hay problema, le dijo Nick sin una pizca de romanticismo. Pero Bea estaba tan embobada que no captaba algunas señales, le sería imposible de todas formas, porque no conocía a los hombres, a ninguno.

—¿Tú crees?

—Eres una pequeña ingenua, que me encanta. —Eso pensó ella, que era ingenua.

—Nos queda mucho por aprender. Tenemos tiempo.

—¿Quieres tener más sexo conmigo?

—Esta noche seguro, y otras, hablaremos, nos damos los teléfonos mañana.

Y ella se atrevió a acariciarle el pecho y a besarlo y Nick la besó, pegando su pecho duro a sus duros pechos, acariciando sus caderas.

Joder, le encantaba esa mujer y eso que cuando la vio, no le gustó nada, pero ahora, que la tenía en sus brazos... Lo excitaba permanentemente. Tenía unos pechos de infarto, ni grandes ni pequeños y un sexo bonito. Un cuerpecillo que lo manejaba como quería. Tenía su punto... No estaba nada mal, nada mal.

Se quedaron abrazados casi de madrugada. Bea estaba tan cansada... Ni había tenido sexo nunca, y había tenido en una noche un maratón con ese tipo que era un portento

Se metió en el hueco de su pecho y de espaldas, mientras Nick, abarcaba posesivamente sus pechos, se quedaron dormidos.

Por la mañana, Nick, se despertó y la besó.

—Vamos nena, al baño, tenemos que desayunar. Y la cogió a pulso y se la llevó en hombros al baño mientras ella se reía y chillaba.

—Loco, bájame.

—Si me bajas esto, señalaba su pene erguido.

Y allí en la ducha se puso un preservativo, la cogió a horcajadas y la penetró hasta que tuvieron un orgasmo brutal.

—Agh, Dios Nick.

—Esto es lo mejor de la vida.

—Sí, pero no voy a poder andar de ninguna de las maneras.

—Eres médico, te curas sola.
—Claro. ¿Qué listo!
—Se enjabonaron jugando —y después, ella se vistió y fue a la habitación con las chicas.
—Allí estaban todas vistiéndose para ir a desayunar. Habían quedado en el comedor todos.
—Bea, vaya, vaya, —le dijo Brenda.
—¿Qué pasa?
—¿Te has estrenado con el capitán?
—Puede ser —y se reía ¿Y tú?
—Yo también y Natalie que te cuente, un reencuentro especial.
—Me encanta mi capitán, dijo Brenda.
—Y a mí Daniel, nunca hubiese imaginado encontrarlo tras tantos años y encima vive cerca —

Dijo Natalie

—¿Y tú qué, Bea?
—Me ha gustado mucho, pero creo que será estas noches o pocas más allí. No sé. Las relaciones y yo, no somos amigas. Y no creo ser su tipo. Pero bueno...
—Si no has tenido ninguna, amiga. Eres preciosa, ya verás que Nick se queda enganchado contigo, si no, otro y ya está, no pienses ahora mujer. Nos queda hasta la tarde, después de un rato en la piscina y almorzar no me esperéis, —dijo Brenda.
—Nos vamos a las cinco, todas aquí a las cinco. Nos vamos —dijo Natalie.
—Está bien. A las cinco todas aquí, dejad recogido lo más posible que no lleguemos tarde.
—Tú mandas jefa, —dijo Brenda.

Y se fueron a almorzar con los chicos, luego se fueron un rato a la piscina y después de almorzar sobre las doce, desaparecieron todos a las habitaciones de los chicos.

Nick, cuando ella entró, con un vestido, ya duchada de la piscina, estaba él con un pantalón corto y una camiseta, le preguntó...

—¿Cómo estás, nena?
—Bien, estoy bien, Nick.
—¿Te has arrepentido? No hemos tenido tiempo de hablar a solas un segundo.
—No —rio ella.
—¿Entonces?
—No, no me he arrepentido.
—Dame tu número de móvil y tu dirección, quizá te llame para que dar con los chicos y ver los apartamentos.
—Vale, no sé si quedarán en nuestro bloque, pero hay otro bloque al lado, que creo que tiene vacíos, los están alquilando todos rápidamente.
—Ven aquí, le dijo sentado en la cama —y la sentó en sus piernas.
—¿Qué piensas de esto? —le dijo él.
—No pienso nada, lo he pasado bien contigo.
—Quiero que sepas Bea, para que no haya malentendidos, que soy algo raro. Tengo un sentido de la libertad, exagerado.
—Lo entiendo, sé qué me quieres decir.
—Soy así, me gustas mucho, el sexo ha sido fabuloso, no soy un mujeriego, pero tampoco soy el tío romántico que te va a llamar cada día o llevarte flores o salir todos los fines de semana contigo. Llevo mi vida con cierta libertad.
—Entiendo. Y entiendo que lo dejemos aquí, creo que nos hemos dejado llevar por lo que los

demás han hecho.

—No es eso, no quiero dejarte nena.

—Entonces no te entiendo, ¿qué quieres?

—Quiero verte, pero no quiero que las mujeres me acosen a llamadas y me gusta llamarlas yo, para salir, no que lo hagan ellas.

—Pero eso no es una relación —le dijo Bea

—No quiero relaciones, sí que no me voy a acostar con otra si me acuesto contigo.

—Vamos a ver Nick, quieres llamarme cuando tú quieras y venir a mi casa cuando te apetezca, ¿es eso?

—Sí, exactamente.

—Y que yo no te llame y no me acueste con otro.

—Ni yo con otra.

—¿Y ese tipo de relación, qué relación es?

—Es la que puedo ofrecerte.

—Nick, has sido mi primer, hombre, me gustas mucho, te digo lo mismo, pero también te digo que esas relaciones no van conmigo, que me cansaré un día y te daré un ultimátum.

—¿Pero entonces probamos? Nos vemos el fin de semana que viene y me acompañas a ver un apartamento.

—¡Está bien! Pero que sepas que me cansaré.

—Mientras no te canses, ven aquí, no vamos a perder el tiempo.

Y estuvieron haciendo el amor hasta que a las cinco menos diez ella se despidió de Nick, con una cierta desazón. El sexo era inmejorable y él era agradable, cálido y apasionado, educado y tenía muy buenas cualidades, hasta era irónico si se lo proponía, pero lo que le dijo no le gustó nada. Esa forma de llevar las relaciones, ni le gustaba ni era la suya.

Y así se lo dijo a las chicas cuando iban camino de Randolph.

—¿Eso te ha dicho? —dijo Brenda—, mándalo a la mierda, pero ya, ese quiere sexo cuando él quiera.

—Si estás dispuesta, bien, pero yo no perdería ni un minuto con ese hombre. —Le dijo Natalie.

—Voy a darle una oportunidad.

—Te lo ha dicho —le dijo Natalie, ha sido honesto contigo, no se va a acostar con otra, pero es raro. Querer tener una relación cuando a ti te apetezca, y cuándo tú lo echas de menos que él necesita su espacio y tú el tuyo, imagina que no te apetece verlo y a él sí.

Como fueses como él no habría relación que valga. Vamos os vais a ver de higos a brevas, una vez al año, si acaso.

—¡Joder qué mala suerte tengo con los hombres!

—Te doy la razón, hija mía.

—Bueno, al menos el fin de semana que viene, lo ves, a lo mejor cambia por ti, todos los hombres lo hacen cuando encuentran su media naranja.

—Pues espero que lo haga —dijo Bea—, porque no aguantaré una relación así. Con lo que me gusta sexualmente...

La semana transcurrió con normalidad. Ella no recibió ninguna llamada de Nick, como estaba previsto y como le dijo, no la mintió. La esperaba, y le llegó el jueves por la noche.

—¡Hola Bea!

—¡Hola Nick!

—¿Puedes mañana quedar para ir a ver los apartamentos?

—Sí, puedo.

—¿A qué hora?

—¿A las cuatro te viene bien?

—Sí, paso por tu casa. Voy a llamar a la gente para quedar a las cuatro y media o así. ¿Vale?

—¿Estás bien, Bea?

—Sí, bien.

—Bueno, nos vemos mañana.

Nada más como un vecino cualquiera... Como si no hubiese pasado nada importante entre ellos. O los hombres eran así, o ese era a veces frío como un témpano. Y encima, para colmo no podía quejarse ni echarle en cara nada, porque había impuesto sus normas y se lo dijo.

Brenda tenía razón, debía mandarlo al carajo antes de que la desesperación se la comiese, los nervios y la tristeza y avanzase lo que para ella era una relación y se enamorase de ese hombre o sintiera algo fuerte y no fuera correspondida.

Mejor sin nadie o conocer a otros. Siempre había alguien.

El viernes, llegó a su casa a las cuatro, puntual, y al llegar la besó, la cogió de la cintura y la levantó.

—¡Te he echado de menos!

—Yo también a ti —le dijo. Ya se le había pasado todo, en cuanto él la tocó. Tenía esa capacidad de confundirla. Esa bipolaridad que a veces odiaba y le hacía sufrir.

—¿Me acompañas a ver los apartamentos? hemos quedado con los demás a tomar una hamburguesa luego, sobre las ocho.

—Como quieras, vamos.

Y Nick, se quedó con uno de los apartamentos.

—¿Te gusta este? —Le dijo a Bea.

—Sí, me gusta, tiene luz y la misma distribución que el mío.

—¿Vienes mañana a comprarme un despacho?

—Voy, a media mañana, cuando limpie y haga una compra.

—Voy contigo a la compra.

—¡Está bien!

—¿Me invitas a dormir esta noche nena?

—Claro tonto.

Y él la abrazó y la besó. Tenemos tiempo hasta las ocho y tengo ya la llave de mi apartamento, el lunes llamo para que me lo limpien, pero necesito algo de comer.

—Bueno, no está muy sucio,

—Que me laven todo.

—Pero si es nuevo.

—Pues entonces un repaso, me gusta la limpieza y el orden, me traeré alguna ropa de la base.

—Como quieras.

—Vamos nena o no tendré tiempo ni de darte un beso.

Pero sí que tuvo, en cuanto entró por la puerta del apartamento de Bea, le subió el vestido y le apartó el tanga, se la subió a horcajadas a sus caderas, se puso un preservativo y se hundió en sus carnes de plata hasta el final.

—¡Ah, Dios! ¡qué loco!

—Sí, he pensado en esto toda la semana, chiquita, y la penetraba, gimiendo y ella se agarraba a su cuello. Era una conjunción erótica, pasional dura y caliente.

—Nena joder, que te voy a aguantar muy poco, Dios... ohh pequeña y ella le apremió porque iba a tener un orgasmo y Nick lo supo y se vació en ella.

—¡Ah Dios! joder nena, y la bajó mientras fue al baño.

Y Bea, se quedó pensando en lo raro que era, si era bipolar... de igual forma que era frío y distante durante la semana, no podía ser más caliente cuando estaba con ella.

Pero cuando volvió del baño, la cogió como a una niña en brazos y se la llevó a la cama, le quitó la ropa y la desvistió.

—¡Estás loco!

—Sí, hace muchos días que no tenemos sexo nena, hay que aprovechar y se metió en sus nalgas y le arrancó otro orgasmo de escarcha y se puso un preservativo se puso tras ella y la penetró así, acostados desde atrás.

Era ya una postura que habían probado, y ella se deshacía de cualquier postura.

Al final terminó cogiéndola por las caderas y penetrándola por detrás.

Cuando acabaron...

—¿Has visto sexo en internet? —le preguntó Bea de broma.

—Todo el mundo ve películas de sexo o sexo en internet mujer.

—Vas a matarme.

—Pero te gusta, pequeña.

—Me gusta mucho sí, pero como no nos demos prisa no llegamos a cenar con esta gente.

—Nos da tiempo, cinco minutos, ven, todo no va a ser sexo.

Y estuvieron abrazados diez minutos.

—Me gustan tus ojos oscuros, son exóticos.

—Los tuyos son preciosos, grises, eso es muy difícil de ver.

—Soy difícil.

—Eso es cierto.

—¿Qué haces en la base?

—Ahora estamos dando unas clases de un avión no tripulado, militar.

—¿Son todos militares?

—Todos, aviones de guerra todos.

—¿Y no van tripulados?

—No. No te imaginas qué hace o puede llevar dentro.

—¿Te gusta dar clases?

—Es mi vida, me encanta. En unos meses voy a una de las bases del estado de Nueva York a dar un curso. Aún me tienen que decir a cuál. Cuando termine el que estoy impartiendo aquí.

—¿Cuánto duran los cursos?

—Un par de meses, cuarenta días, más. Depende, a veces, nos mandan a otro estado. Desde allí.

—Bueno.

—¿Y ti te gusta ser médica? Yo no podría.

—Sí, siempre me gusto la medicina, hay algunos soldados en el hospital, huesos, fracturas, sobre todo y algunos que vienen de la guerra y tiene estrés postraumático, pero de eso se encargan los psiquiatras y psicólogos.

—Normal, vamos venga, luego seguimos por la noche.

—Seguimos qué...

—Hablar y sexo, mujer.

—¡Qué tonto!

—Qué guapa!

Y casi que llegaban tarde. Estuvieron los seis cenando y Brenda la miró con interrogación y Bea quiso decirle que seguía y ya Brendan no hizo amagos de nada.

Al final, fueron a tomar una copa y ese fin de semana se quedaron con ellas.

Nick y Bea, llegaron a casa casi a las una de la madrugada, ella no tenía que ir al hospital hasta el domingo por la noche, tenía guardia.

—Bueno, tenemos dos noches nena.

—Después de volver a hacer el amor de nuevo, ella lo acariciaba.

—¿Por qué eres tan raro? Me confundes.

—No lo sé. Soy así.

—¿Pero te ha pasado algo con alguna relación?

—No, no he tenido relaciones demasiado largas.

—¿Qué son demasiado largas para ti Nick?

—Un año, dos.

—Eso es una relación larga, hombre, ¿Cuándo tuviste la última?

—Hace un año que nos dejamos.

—¿Y eso?, si se puede saber.

—Era digamos ... me llamaba cuando quería, era demasiado liberal.

—Pero Nick, eso es lo que tú quieres hacer. Esa relación es la que te ha vuelto así.

—No lo sé, quizás.

—¿Y quieres que las demás mujeres que tengas paguen el pato, porque tuviste una mala relación y ahora haces tú lo mismo conmigo o lo harás con otra chica? Eso es No es justo Nick. Te hizo daño, y creo que no la has olvidado.

—La he olvidado.

—¿Fue importante?

—Sí, lo fue, confiaba en ella.

—Pues creo que te dejó secuelas que tienes que olvidar y superar. No puedes pagarlo con otras personas el daño que te hizo.

—Lo sé nena, pero me he vuelto duro.

—¿Duro de dónde? —y ella lo tocó.

—Duro de ahí también, tienes unas manos geniales, chiquitas pero geniales.

El fin de semana fue maravilloso, comieron juntos el sábado, ella limpió su apartamento y fueron a desayunar fuera, hicieron una compra y Nick compró casi lo que ella le decía.

Después de colocar su compra. Bea fue a ayudarlo a limpiar el apartamento ya que Nick le había ayudado a ella.

Cuando acabaron se dieron una ducha en el apartamento de él y volvió a hacerle el amor.

Se puso un vestido que se había llevado para estar en casa de Nick, cuando limpiara.

—¡Jo nena, ¡qué limpio! ¿Vamos esta tarde al centro comercial y compro el despacho?

—Vamos, luego nos tomamos un café y lo compramos.

—Me gusta el tuyo.

—Allí lo compré. Una estantería doble, una mesa, el sillón y los materiales, impresora, pc, tenía, y poco más una papelería. Lo pones junto a la ventana y puedes trabajar por las noches y los fines de semana que no tengas que irte o tengas que quedarte en la base, preparar tus clases.

—¿Tú para qué lo tienes?

—Para mis enfermos, me gusta tener los historiales así puedo ver los avances, y tengo una carpeta para cada uno, cuando se les da el alta, los pongo aparte, por si ingresan de nuevo.

—Pues compraré para los alumnos. ¿Comemos fuera?

—Es temprano, hago un arroz y no salimos.

—No hace falta Bea.

—De todas formas, lo iba a hacer en mi casa, no voy a comer fuera todos los días.

—Pues te ayudo y así hablamos.

—Se hace pronto, haz mejor la lista de lo del despacho.

—Vale, la hago contigo en la cocina y así me dices materiales.

Y ella le decía algunos materiales mientras hacía un arroz con costillas.

Mientras se hacían se sentaron en el sofá.

—Lo bueno es que tiene dos sofás.

—Sí. Prefiero tener dos que parezca al menos un salón.

—Está tan limpito ahora...

—El tuyo está más.

—Porque lo pinté, pero este edificio es más nuevo, no lo necesita, no ha vivido nadie. En el mío sí, por eso lo pinté.

—Bueno, yo creo que la lista está, la repasamos...

—Venga.

Cuando acabaron de comer, Nick recogió la mesa y metió los platos en el lavavajillas y lo puso, mientras ella le colocaba la colada.

—Gracias guapa por tu ayuda.

—Tú me has ayudado en mi casa, qué menos.

—Ven vamos a descansar estoy muerto.

—¿Y te desnudas para descansar?

—Claro, no solo voy a descansar antes de irnos a por ese café y la lista, ven, anda, desnúdate y vente al sofá conmigo, voy a poner el aire, que hace calor.

—Tú eres el que parece un oso de peluche, das mucho calor.

—Eso es bueno, pequeña, ponte encima y ella se echó encima de él y se besaron y entró en ella y lo cabalgó hasta que lasa cayó sobre su cuerpo de hombre fuerte.

—¡Ay, Nick!

—¿Qué pasa pequeña?

—Eres bueno.

—No has tenido a nadie con quién comparar, chiquita.

—Lo sé, pero me siento bien contigo, aunque sufra un poco

—¡Por qué sufres?

—¿Por lo que ya sabes?

—Tienes que confiar en mí pequeña. No te voy a ser infiel.

—No te conozco demasiado todavía.

—Me conocerás. No te preocupes tanto y dame mi tiempo y mi espacio.

—Lo tendrás y me darás el mío.

—Te lo daré.

Los meses pasaron, y Nick seguía igual, cuando estaba con él tenía una confianza absoluta en

él. Sabía y supo que nunca le sería infiel al menos allí. En eso era serio, pero durante la semana, y eso que estaban cerca, no la llamaba ni un día, y algunos fines de semana tampoco.

Y ella se desahogaba en el hospital con Natalie.

—Sí que es raro, Bea, cielo, no quiero que sufras, pero sabes lo que hay, o te aguantas o lo dejas. Aunque también puedes darle de su propia medicina.

—¿Cómo?

—Cuando te llame, le dices que no te apetece ese fin de semana.

—Sí, pero como él no me da opción a que lo llame, ni quiere...

—Pues da igual, cuando te llame este fin de semana, le dices que no, te vienes conmigo a Dallas. Además, me gustaría que vinieras. Tengo algo que contarte.

—¿Vas a casa de tus padres?

—Sí.

—Pues me voy, me vendrá bien el campo, aquello es precioso, si no molesto claro, y me cuentas eso que quieres.

—Qué vas a molestar, mujer, sabes que mis padres, se alegrarán de verte siempre que has venido.

—Pues sí, si me llama que se quede solo, tiene que aprender.

Y efectivamente, el jueves la llamó y fue la primera vez que ella le dijo que no podía quedar, que se iba a Dallas con Natalie a su casa, a los viñedos, que le apeteecía pasarlo con ella, que como no sabía si iba a llamarla, había hecho sus planes.

—Pero Bea...

—¿Qué pasa, Nick?

—Nada, está bien, te llamaré.

—Si te apetece, si no te apetece, no me llames, pero ten en cuenta, que, si no lo haces, yo hago mis planes. Esto me cansa Nick. Bueno te dejo con tu espacio, adiós —Y le colgó.

—Pero qué coño... dijo Nick.

Bueno, ella también tenía su espacio. Pero se iba en tres semanas a Nueva York, a la base de New York MEPS, a dar un curso de dos meses y quería verla antes de irse.

—Tío, le dijo Lucas que estaba con él, no le puedes hacer eso, si no la llamas ni vas a verla y está un paso, ella hace sus planes y te va a dejar.

—No lo creo. Y si me deja, tampoco creo que me importe demasiado, pero no me dejará. Con total seguridad —Le dijo con vanidad.

—¿Por qué?

—He sido su primer hombre.

—¿Que qué?, pero si tiene 26 años.

—Lo sé, pero lo he sido.

—Eso no existe amigo.

—En Bea sí.

—¿Y por qué le haces eso?

—Soy así, quiero mi espacio. Ser libre y no es mi tipo del todo no es la mujer que busco.

—Y ella también ¿o no lo has pensado? Eres un cabrón tío.

—Pero se va con Natalie en vez de quedarse conmigo.

—Normal, si no la llamas en dos fines de semana, hace planes o cree que la relación está rota, es que tío ni un mensaje. Si fuese tía, te hubiese dejado. Pero tienes la suerte de que Bea es una mujer maravillosa y buena.

—De eso se trata.

El siguiente fin de semana, le paso lo mismo no la llamó en toda la semana y cuando el jueves la llamó algo ya desesperado, ella le dijo que quería estar sola ese fin de semana, que necesitaba pensar.

—Vamos nena, tengo el siguiente fin de semana solo y me voy dos meses a Nueva York, tenemos que hablar.

—Bueno, si te queda el siguiente, nos vemos el siguiente, no tengo guardias.

—¿Y este por qué no?

—Porque no me apetece, voy a trabajar y quiero estar sola Nick. Yo te entiendo, pues debes hacer lo mismo. Esa es la relación que tú quieres, no te quejes ahora. No vas a llevar las riendas de esta relación o lo que sea.

—Pero...

—Te digo que no. Yo también existo. O cambias, o eso tendremos hasta que nos cansemos. Tú has puesto las normas, pero yo tengo las mías bueno, llámame el jueves, Nick, que es cuando lo haces. No te canses durante la semana.

—No seas irónica Bea. Tú no eres así.

—Tú, no me conoces. Bueno, te dejo que estoy revisando expedientes y mañana madrugo. Hasta el jueves, Nick y le colgó.

—¡Pero maldita sea!... Necesitaba sexo, y lo quería con ella. No iba a buscarse a otra, ella estaba a mano y no quería complicaciones a pesar de todo.

Llevaba ya casi tres semanas sin sexo y eso era demasiado, pero le decían sus compañeros, alguna vez iba a cansarse Bea. ¿Se habría cansado? Él no quería, quería tener una mujer fija con la que hacer el amor, con Bea, aunque no fuera la mujer de su vida era la ideal para ello, ya llevaban acostándose unas cuantas veces.

¡Joder! Pensó.

Estaré el fin de semana que viene con él, dijo Bea hablando sola en su casa, pero me lo pensaré para cuando venga de Nueva York. Ese tiempo pensare si esta relación tiene sentido, si me hace daño. Cuando estoy con él, todo está bien, pero el problema es cuando no estamos, porque cuando no estamos juntos no hay nada. Nada de nada y eso no es lo que busco ni soy feliz.

¡Oh dios qué hago! Tengo que olvidarme de ese tipo, pero me es imposible, dame fuerzas para dejarlo, todas me lo dicen.

Cogió el cojín del sofá y se tumbó en el mismo, rabiosa y enfadada.

CAPÍTULO TRES

El último fin de semana antes de irse a Nueva York, Nick la llamó el jueves. No durante la semana, él era así y nadie le iba a hacer cambiar.

—¡Hola Bea!

—¡Hola Nick! ¿qué tal?

—¿No vemos este fin de semana, el martes, me voy a Nueva York, un par de meses a dar clases?

—¿Puedes este fin de semana?

—Nos seas sarcástica nena.

—Está bien, pasa mañana, no tengo guardia este fin de semana.

—¿Estás enfadada?

—Un poco, sí.

—Hablamos mañana.

—Hasta mañana.

¡Cómo no! Iba a perder el tiempo en hablar en esos momentos, la verdad es que ese hombre la atraía en la misma medida que la desesperaba, pero iba a pensar en ese tipo de relación. No podía estar sin llamarla dos meses o le diría que todo había acabado.

Si él era claro, ella también, no iba a tener solo sexo con él cuando a Nick le apeteciera, aunque eso no era del todo cierto. Hablaban de muchas cosas. Pero sentía que le faltaba algo.

Que eso no era normal. Ella veía a Natalie con Daniel y a Brenda con Lucas y lo suyo no era nada comprado con esas relaciones. Daniel ahora estaba dando un curso también fuera. Unos meses y Lucas estaba en la base dando cursos. Era el único que iba a quedarse para alegría de Brenda.

Brenda era la enfermera que ambas, Natalie y ella tenían y era tan liberal que a veces Bea la envidiaba. Era feliz, siempre optimista. Y Natalie, estaba tan feliz con su capitán y el único amor de su vida que ella se sentía una cucaracha con Nick. Envidiaba a sus amigas, con una envidia sana por supuesto, porque a ella le gustaría que Nick fuese como los demás.

Cuando Nick se fuera, tenía una conversación pendiente con Natalie. Quería decirle algo la semana anterior en los viñedos, pero al final no se lo dijo, y en cuanto se fuera Nick, hablaría con ella.

Nick llegó con las orejas gachas el viernes, la abrazó y besó fuerte como siempre, pero nada de disculpas. Y ella se dio cuenta de que era así y que no iba a cambiar. Si no fuese por lo que le atraía, el sexo fabuloso y que le gustaba demasiado, lo dejaría. Pero se sentía débil para dejarlo cuando la besaba y le hacía el amor y cuando estaban juntos era totalmente distinto, cercano y especial con ella, pero era la semana, lo que a ella lo mataba. Sentía un enganche del que no podía salir. Ahora tenía unos meses libres de él.

Mientras estaba en la cama descansando después de haber cenado y haber hecho el amor un par de veces...

—Ella le dijo:
—Nick...
—Dime preciosa.
—¿Te vas el martes?
—Sí, me voy a Nueva York.
—Y estarás dos meses, ¿Qué va a pasar?
—Quiero que me esperes, para mi estamos saliendo.
—Pero Nick, tu forma de salir conmigo no me gusta, y lo sabes.
—Y tú sabes lo que te dije y eso no va a cambiar Bea.
—Muy bien, ¿y qué se supone que piensas que haga? ¿espero una llamada o espero que aparezcas en dos o tres meses por sorpresa?...
—Si me voy lejos, te llamaré.
—¿Los jueves?
—No seas irónica. Te llamaré.
—¡Joder Nick! a veces me dan ganas de dejarte ir. No puedo contigo, algún día me cansaré.
—Si algún día, pero no hoy pequeña y la tocaba y le hacía el amor y ella no podía resistirse.
Pero controlaba la situación y eso había que cambiarlo, se dijo ella. Iba a esperar a ver cada cuánto la llamaba.
—Pero tuvieron sus fines de semana de sexo y besos. No salieron sino a la compra y nada más. Sin embargo, el lunes no la llamó para despedirse.
—Maldito hombre del demonio!...

Estaba con Natalie en el hospital el lunes...

—Te juro Natalie que lo voy a dejar. No creo que vaya a darle muchas oportunidades más. Esto me desespera hasta límites insospechados. Me dan ganas de romperle algo en la cabeza, yo que soy tan pacífica.
—Ya lleváis unos meses saliendo.
—A lo que llama él salir. Y divide por dos los fines de semana de sexo.
—No va a cambiar cariño.
—Pues entonces seré yo la que cambie de hombre. Y para colmo, sé que es fiel. O eso dice.
—Bueno, espera un poco a ver estos meses si te llama.
—¿Y Daniel?
—¡Está bien! Sí, él sí que me llama todos los días.
—Quiero que vengas a mi apartamento el sábado a comer, Brenda también, tengo que deciros algo importante.
—¿Es malo?
—No mujer, pero, quiero que lo sepáis las dos a la vez.
—Está bien, iré el sábado, una tarde de chicas
—Una tarde de chicas.
Para desesperación de Bea, Nick, no la llamó esa semana, ni un día.

El sábado fueron a comer a casa de Natalie y esta soltó la bomba.

—Quería deciros una cosa a las dos.
—A ver qué vas a decir, ten cuidado —dijo Brenda bromeando.
—Estoy embarazada...
—¿Qué? dijeron ambas.

—Sí, estoy embarazada de Daniel. Vendrá ya después de Navidades, pensé que vendría en Acción de Gracias, pero se ha alargado el curso y no viene ni en Navidad.

—¿Y estás embarazada de cuánto?

—De dos.

—¿De dos meses? —dijo Bea.

—No, de dos niños, gemelos.

—¡Ay, Dios!, empezó a saltar Brenda, esto es la leche, hay que celebrarlo, bueno, tú puedes, doctora.

—Estoy asustada, no sé qué pensará Daniel. No llevamos mucho tiempo saliendo.

—¿Qué va a pensar mujer? Lo conoces de toda la vida, se va a alegrar un montón, veo boda a la vista, casa nueva... en los apartamentos no cabéis.

—Tengo que decírselo a mis padres.

—Espera y vas cuando venga Daniel.

—Es verdad. También lo deben saber sus padres.

—Dios mío en cuanto sepas el sexo queremos saberlo. Te cuidaremos como si fueras de algodón. Nuestros primeros sobrinos Bea, gemelos. —Decía Brenda como loca, y Bea se reía.

—Tengo miedo.

—Mujer dijo Bea, vas a ser madre de dos, yo también estaría asustada, pero somos médicas, y Daniel está tan enamorado de ti, está loco por ti, y tú eres el amor de su vida desde siempre.

—Y tú ¿qué tal Bea? —le dijo Brenda.

—Es un hombre especialmente desesperante.

—Y se rieron todas.

—Yo creo que es tu hombre, solo tienes que domarlo.

—Sí, como si fuera un toro.

—Más o menos, es testarudo como un toro.

—Tú Brenda es que tienes mucha suerte, tienes a Lucas.

—Sí, tengo a Lucas...

—¿Qué pasa? —se preocupó Natalie.

—Mira a toda falda viviente. Aunque vaya conmigo por la calle.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes, es gracioso, es simpatiquísimo, da buenos consejos a los demás, pero, sé que cualquier día me pondrá los cuernos y ese día se los pondré yo, así es la vida. Le gustan demasiado las mujeres a ese capitán.

—¡Vaya tío, creo que se libra Daniel, así que amiga, —le dijo a Natalie, tú tienes más suerte!

—¿Te ha llamado esta semana? —le dijo Natalie a Bea.

—Ni el lunes para despedirse. Espera dos semanas y no le contestes la siguiente. ¡Joder que se joda ya! Vamos, que no tiene tiempo de llamarte en todo el día. Imposible.

—Es un cabronazo —dijo Brenda, no seas tonta. Dale de su propia medicina como dice Natalie. Así a lo mejor te manda el primer mensaje.

—Es que yo no quiero eso, quiero que sea normal, coño.

—Bueno ya casi estamos en Acción de Gracias, te vienes Bea a los viñedos conmigo.

—No puedo cariño, he pedido guardias, como sabía que te ibas y que Brenda se va a Austin...

Nick tardó en llamarla dos semanas y media y ella, le contestó más por educación que otra cosa porque tenía ganas de patearle el trasero.

—Dime Nick

—¡Hola Bea! ¿Cómo estás?
—Muy bien, perfectamente ¿y tú?
—Muy liado dando clases.
—¿Y qué más quieres saber?
—Si te va bien.
—Me va bien Nick. Va a ser una larga charla o un cómo estás tengo que irme.
—¡Joder Bea, ¡cómo eres! No salgo ni siquiera he salido a tomar una copa.
—Porque no has querido, yo sí, y te digo una cosa Nick, si vas a tardar otras dos semanas y media en llamarme ahórrate y hablamos cuando vengas, no pienso cogerte el teléfono. Y le colgó.
—Pero qué mujer más...
Volvió a llamar.
—Bea...
—¿Qué quieres? —Le dijo irritada.
—No te enfades, ya sabías de antemano que...
—Sí, lo sabía, no me enfado contigo.
—¿Entonces?
—Estoy enfadada conmigo misma, por tener que aguantar esta situación. Cuando vengas tenemos que hablar en serio Nick, no voy a seguir contigo de esta manera, aunque me duela.
—Pero nena, si cuando estamos juntos estamos muy bien.
—Exacto, y eso es cuando tú lo impones.
—Ya te lo dije...
—Por eso, ya te lo diré yo, cuando vuelvas si seguimos juntos o no.
—¡Joder Bea!
—¡Joder Nick! no tengo por qué aguantar esto, tengo un trabajo y una vida y no quiero estar enfadada permanentemente porque no me llames o sea infeliz, no quiero que repercuta en mi trabajo ni en mi estado emocional y lo hace en las dos, así que no me llames por favor, Nick, estoy más tranquila, que esperando cada día a que lo hagas. Hablamos cuando vengas en serio y quiero pensar si quiero seguir contigo.
—¿Me lo dices en serio Bea?
—Muy en serio ¿Vale?
—Piénsatelo —y le colgó.
—¡Será cabrón!...
Y encima estaba sola en Acción de Gracias, de guardia y sola y no podía ni contárselo a sus amigas. Se metió en el baño del hospital del médico de guardia y lloró un poco de impotencia y de rabia.
—Ni hablar no voy a llorar. Que tarde tres meses, lo que quiera.

Pasaron las Navidades y las pasó sola, no quiso irse tampoco a los viñedos con Natalie, ni siquiera dos fines de semana después en los que vino Daniel y fue a su casa a preguntar por ella y le dijo que había ido a los viñedos.

Daniel le dijo que iba a ir a verla. Y a sus padres.

Ella lo abrazó, pero no le quiso contar nada, que le diera Natalie la sorpresa.

Nick había dejado de llamarla esas semanas y ni siquiera la felicitó para Navidad.

A los dos días, la llamó Natalie llorando.

¿Qué pasa amiga?

—Es Daniel.

—¿No quiere a los niños?

—Sí, no es eso, no lo sabe aún, es que ha venido un amigo de mis padres, abogado a cenar, mis padres querían emparejarme con ellas, aún no les he dicho que estaba embarazada. Y cuando le estaba diciendo al amigo de mis padres que lo sentía pero que estaba saliendo con otra persona, entró Daniel a casa y el chico tenía el brazo echado por mi hombro, me consolaba, diciendo que no pasaba nada.

—¿Y qué pasa, es no es malo no?

—Sí, porque Daniel se ha ido a Randolph, enfadado y no me contesta el teléfono, voy para allá a su casa.

—Bueno, no te pongas nerviosa conduciendo, le cuentas lo que ha pasado y lo de los niños, ya verás mujer, si hace dos meses que no te ve y ya tienes casi cuatro meses, se te nota ya el vientre. Pronto nos enteraremos de que van a ser y todo, luego me cuentas. Conduce con cuidado, y te tranquilizas hasta que hables con él.

—¡Esta bien Bea!

—¿Estás más tranquila?

—Sí, voy directa a su casa,

—Pero despacio y no llores, si Daniel te quiere más que nadie, mujer...Venga, me cuentas.

—Vale amiga hasta luego.

¡Joder, cuántos problemas! Desde que conocieron a los tres capitanes, no tenían sino problemas. Con lo bien que se lo pasaban antes, al menos los dos meses que ella estuvo en Randolph antes de conocerlos en Austin.

Al final, Daniel y Natalie, deshicieron el malentendido y Daniel estaba que se salía de contento cuando supo que iba a tener un hijo. Celebraron una cena en casa de Daniel, estaban todos, menos Nick que seguía en Nueva York y que estaba ya al venir. Aunque ella ni lo sabía, ni le preguntaba al resto de los chicos.

Daniel se puso a buscar una casa, fueron a los viñedos a decirlo a los padres y se enteraron de que iban a tener dos niños. Al final, se quedaron en el bloque de apartamentos, sin Natalie, que se compró con Daniel una casa y la amueblaron y la estrenaron con otra cena un viernes, y allí estaba Nick esa noche.

Había llegado la noche anterior de Nueva York y ella al entrar y verlo, se puso nerviosa, llevaba dos tortillas de patatas y una botella de vino.

Cada uno llevó algo y eso que Natalie dijo que no llevaran nada, que iba a comprar cosas, para todos. La cena fue informal en el salón comedor y Nick, cuando ella entró la saludo

—¡Hola Bea!

—¡Hola Nick! ¿Ya has vuelto?

—Sí, mañana paso por tu casa y hablamos.

—Bien, me parece bien, ya sabes, al mediodía, cuando acabe de limpiar y hacer la compra.

—Iré después de comer.

—Estupendo. ¿A las tres?

—Me parece bien.

—¿Estás bien?

—Sí, lo estoy.

—¿Y tu curso?

—Al final han sido dos, en dos bases distintas.

—Me alegro.

—Tengo que volver en un par de meses, pero a otra base distinta.
—Me alegro por ti.
—¡Vamos Bea! Que te he sido fiel. No quiero que nos enfademos.
—¡Ah mira qué bien, el que hace que me enfade, no quiere que nos enfademos!
—Y no quiero, de verdad.
—Pues habrá que cambiar algo, pero vamos ahora no es el momento de hablar, mañana hablamos.
—¡Está bien!

Al día siguiente, pasó el día alterada, por verlo y porque no quería dejarlo, estaba tan bueno... pero no podía estar en ese permanente estado de nervios, no era bueno y lo sabía.

—¡Hola —le dijo al enterar a su casa, y como siempre la cogió por la cintura y la besó como un hombre desesperado y ella le correspondió de la misma forma, y de la misma forma hacían el amor y era tan bueno hacerlo con él, sentir su piel, su pene entrar en su vientre!

Ella tomaba pastillas anticonceptivas, sabía que él le era fiel, pero no lo haría sin nada a no ser que le viese un cambio en su comportamiento. No tendría relaciones con él así de momento. Ni loca.

Y es que al final sabía que no llegarían a ningún lado. Tenía ese presentimiento. Ella siempre le daba tiempo y tiempo y tiempo y eso no llevaba a nada.

—¡Me has hecho sufrir nena!
—¿Yo a ti?
—Sí, no has querido que te llame.
—Pero si no me llamas nunca.
—Sí que te llamo, cuando puedo.
—Cuando quieres.
—Ya sabes cómo soy, pero también sabes que me gustas mucho, que soy fiel, que solo estoy contigo.
—Pero esa forma de estar conmigo Nick, me es insuficiente. Y eso de que me eres fiel tengo que creérmelo porque tú me lo dices.
—¿Por qué ahora?
—Porque estoy pagando lo de otra persona y no quiero, me pongo nerviosa, porque no me llamas, tengo ansiedad y repercute ya en mi vida emocional y en mi trabajo y eso no puede ser Nick, porque no me gusta suplicarte mi mendigarte cosas que necesito ¿sabes?
—Lo siento no pretendía...
—Ya sé que no pretendías, pero debes pensar en las consecuencias que me provocas.
—¿Qué quieres que haga? —dijo irritado, como si le costara mucho lo que ella le pedía.
—Quiero que me llames, a diario, que me mandes mensajes que vengas verme, no solo el fin de semana que te apetezca, aunque solo sea a cenar o que llames y voy, media hora o no sé, vivimos al lado Nick... Quiero más romanticismo, aparte de sexo, quiero que estés pendiente de mí y seas detallista, sobre todo cosas simples cuando estemos separados.
—Lo siento Bea, no soy ese hombre que buscas.
—Pues quiero que te vistas y salgas de mi casa y por favor déjame en paz. Ese tipo de hombre es el que necesito, si no estás dispuesto a hacer un esfuerzo, lo siento por nosotros y por ti.
—Si acabamos de hacer el amor, Bea...
—He dicho y no te enteras, que te vayas. Quiero otro tipo de hombre.

—He sido tu único hombre.

—Como si fueras el decimotercero. No quiero estar contigo, porque no voy a estar así permanentemente. Por más que me gustes demasiado y esté por ti.

—¿Estás enamorada de mí?

—Sí, no, no sé si enamorada, creo que siento algo por ti, por eso, antes de que llegue más lejos en mis sentimientos por ti, te vas de mi vida, quiero enamorarme de otro, de otro que sea como yo necesito. Y no perder el tiempo contigo, con un hombre que no hace el más mínimo esfuerzo por hacerme feliz porque no quiere.

—El hombre que tú buscas no existe, nena, está en tu imaginación, ¿Qué te va a durar tres meses?

Y ella lo miró anonadada.

—Te tienes en alta estima, vamos tu ego llega donde suben tus aviones. ¿Crees que no puedo encontrar un hombre como el que busco? Vístete, vanidoso y vete de mi casa y deja de hacerme daño y controlar mi vida.

—Bea, lo siento.

—Que te vayas, que no me llames, no quiero verte.

Y Nick, se vistió y salió de su casa.

—Vete al carajo, como dice Brenda. Y no vuelvas, —y le tiró el vestido al vacío cuando ya no había nadie en la casa, salvo ella.

—¡Maldito hombre, maldito el día que lo conocí! ¿Por qué? ¿Por qué? —y empezó a llorar, hasta quedarse dormida, rendida.

Se despertó y cenó algo y se quedó viendo la tele un rato para olvidarse de todo.

Nick, no le mandó mensajes ni la llamaba y encima le había dicho que sentía algo por él. Era frío como un témpano.

Pero ella esperaba a que cambiara un día que nunca llegaba y le dijera que también sentía algo por ella.

Eso no ocurrió durante los dos siguientes meses, en que él fue a Nueva York de nuevo a dar un curso.

Pero tuvo un mensaje el día antes de que se fuera.

—Nena, me voy de nuevo a Nueva York, quiero que hablemos en serio cuando vuelva. Esto es desesperante.

Ella no le contestó siquiera, después de dos meses sin hablarse. Ese hombre no estaba bien de la cabeza parecía que no había tomado nota. Pero también sabía que iban a hablar. Era más listo de lo que ella creía. Era como si esos dos meses la estuviera castigando para que diera su brazo a torcer, y se dio cuenta de lo que era en realidad. Un hombre controlador. Y eso no le pasaría a ella. Posiblemente hablaría con él, pero sería la última vez. Que supiera que aquello estaba muerto entre ellos, si es que no se había enterado.

Mientras, Daniel también había salido con un avión a dar un curso, pero el avión desapareció y Natalie, estaba desesperada, fue a la base, todos los días y llamaba, pero tanto Daniel como el avión habían desaparecido. Se los había tragado la tierra.

Iba casi todas las semanas un par de veces o tres a casa de Natalie que vivía relativamente

cerca, y en el trabajo, pero en el trabajo, no podía verla como quería, porque estaba sufriendo un estrés excesivo.

Se olvidó de su tema con Nick que al fin y al cabo era menor comparado con el de su amiga, embarazada de casi seis meses, con una casa preciosa, recién comprada y dispuesta a meter los muebles para sus niños.

Conforme pasaban los días, vinieron sus padres, los padres de Daniel, y nada, y su amiga tenía tal sufrimiento que abortó en el mismo hospital, casi a los seis meses de embarazo. No pudieron salvarse, y tanto Brenda como ella, no se retiraban de su lado en cuanto podían y tenían tiempo en el hospital, porque ella lloraba continuamente. Había perdido a sus niños y al padre de sus hijos, al amor de su vida.

Nick, estuvo casi cuatro meses fuera, y le mandaba algún mensaje de vez en cuando que era mensual. Y ella sabía que era para controlarla y que no se acostara con otro, pero ella ahora estaba con su amiga.

Cuando casi dos meses después, Natalie se recuperó, ya que necesitó a una psicóloga, le dieron el alta, y ella pasaba por su casa a animarla y Brenda y Lucas también.

Natalie se reincorporó a los dos meses de perder a sus niños al trabajo. Sus padres sobre todo su madre que había estado en todo momento con ella, volvió a Dallas, ya que se había quedado a cuidarla y se fue con la condición de que si volvía a trabajar metiera a una chica para que el ayudara en casa.

Y una tarde de fin de semana, Bea, se fue con ella y se quedó a dormir con Natalie en su casa. Estaba muy decaída.

Y le decía que sentía que Daniel estaba vivo, y ella la miraba con pena, porque iban casi para tres meses y todo el mundo pensaba que había caído al mar porque Daniel era buen piloto y nunca caería en tierra y lo más probable es que estuviese muerto.

—Vamos Natalie cariño, tienes que animarte.

—Sé que está bien, vivo, ¿y si está en algún sitio sin teléfono?, o no sé Bea, pero el corazón me dice que está vivo y volverá conmigo.

—¡Ojalá tuvieras razón!

—Bueno dejemos de hablar de mí ¿y Nick?

—Está en Nueva York, no creo que siga con él, por mi parte está acabado, pero no se entera, aunque tendremos que hablar en serio. No puedo seguir así Natalie, quiero irme a Andalucía en octubre que tomo las vacaciones y hace menos calor, me voy, un mes, ¿te vienes?

—Sí, pediré también octubre y nos vamos juntas.

—Ya verás, nos olvidaremos de todo y lo pasaremos bien.

—Pues ya está, aún quedan dos meses. Hablaré con Nick para que, de una vez por todas, sepa que no tenemos nada y me voy sea como sea.

A la semana apareció Daniel, que estuvo perdido tres meses en coma, y todo se puso en marcha, Natalie, le decía: te lo dije amiga, era la mujer más feliz del mundo, aunque tuvo que decirle a Daniel que había perdido a sus hijos.

Y cambio las salas. Ella decía que menos mal que no había comprado nada de los peques, y amuebló la sala de abajo que había dejado para los pequeños y sus dormitorios en la parte alta, para no recordar nada.

Estaba tan contenta con Daniel, había vuelto el amor de su vida, y se lo decía Bea.

—Te lo dije que lo sentía vivo. No podré ir contigo a España —y Bea lo entendió.

Pero a las dos semanas, la llamó llorando.

—¿Qué pasa Natalie?

—Lo he echado de casa.

—¿A quién?

—A Daniel.

—¿Qué dices loca!... y allí se presentaron las dos en su casa esa tarde.

Y ella les contó que no era el mismo desde que volvió y que quería tiempo y que no se lo iba a perdonar. Y se fue sin suplicar ni nada. Así que iba a hablar con su padre y a quedarse con su casa. No le iba a dar tiempo después de lo que había sufrido. No lo perdonaría, por sus hijos.

Al final Bea y Natalie se iban juntas a su viaje para octubre, con todo lo que había pasado Natalie, pero a ella no le importaba, les dijo que ese era un buen tiempo para ir y no pasar calor en Andalucía.

Y así fue como Natalie que iba a ir a España y luego no, le dijo a Bea que se iba en un mes con ella.

Tanto Bea como Brenda se quedaron de piedra pensando cómo había podido Daniel haberle hecho eso y ella se había vuelto dura. Era impensable. Era algo que nadie esperaba.

Pero el padre de Natalie le dio dinero, le pagó la parte de los muebles y la casa a Daniel y lo echó.

Brenda le dijo una tarde de septiembre en que se juntaron para cenar en el patio de Natalie y animarla.

—Podrías hacer una piscina en tu patio, es grande, y así nos bañaríamos.

—Me has dado una buena idea, y llamó al día siguiente a un contratista para hacerle una piscina. Ya sobre todo para el siguiente año.

El contratista, Wes estaba de muerte y Natalie y su contratista, sufrieron un flechazo, se acostó con él antes de irse a España de vacaciones. Y la cosa parecía seria. Así se lo dijo a Bea, que le había encantado ese hombre.

—¿De verdad Natalie?

—Es especial, pero ya le he dicho que me voy libre, pero es un hombre distinto. Ya veré cuando vuelva, me ha hecho una piscina especial y bonita. Y es tan guapo. Está tan bueno... pero vamos a divertirnos.

—¿Y Daniel?

—Daniel me lo encontré con otra una noche que salí con Wes, la estaba besando, para eso quería tiempo. Pues le daré todo el tiempo de vida que le queda. Es un cabrón, Bea. No me merece, desde pequeña lo he idealizado, pero se me ha caído la careta. Se acabó Daniel. Es como si se me presentase de una forma distinta y esa idealización no era tal, es un hombre corriente, y no me hace falta ese tipo de hombre. ¿Y tú qué tal con Nick?

—Vino anoche y quiere hablar conmigo. Pero me cansa. No me gusta como antes y es un controlador. Y no voy a salir con un controlador de emociones ni de mi vida.

—Pues habla antes de irnos y déjale las cosas claras, si yo he encontrado un constructor maravilloso, tú puedes encontrar a otro hombre. No te mereces la infelicidad nunca. Nos merecemos buenos hombres. No estos capitanes de pacotilla

—Nos vamos en tres días, tengo que preparar la maleta y despedirme de mi piscinero.

—Te veo tan contenta y feliz amiga, después de lo que has pasado...

—Soy feliz, no echo de menos sino a mis hijos, pero ahora nada me ata a él nada. Ni siquiera

el pasado y todos los años que le he dedicado. No pierdas tú el tiempo. Te lo digo en serio Bea. No lo quiero. Vino y cambió, ¿Por qué?, No lo sé, pero yo ahora no quiero saber nada de él en la vida. Le he dedicado toda mi vida Bea, no hagas tú lo mismo que yo. Mira, ahora estoy ilusionada y feliz y creo que Wes, es un buen chico. Lo sé.

—No lo hare.

—Bien.

—Bueno, nos vemos.

—Me voy, viene a cenar a casa y tengo charla.

—A ver qué te dice...

—No sé qué hacer. Estoy cansada con este hombre. Creo que me voy contigo libre a España y ya veré cuando vuelva.

Por la noche, ella preparo una cena fría con tapas para cuando viniera Nick.

Cuando llamó a la puerta, ella abrió. Estaba igual de guapo que siempre, nada de besos ni cogerla de la cintura, ella tampoco lo hubiese permitido. Había dado la relación por rota antes de irse Nick la última vez a Nueva York, así que no entendía qué quería hablar con ella. Bea no había salido por todo lo que le había pasado a Natalie, cuando desapareció Daniel. Ella tuvo que apoyarla.

—Pasa Nick, ya tengo la mesa puesta.

—¿Qué tal estás?

—Bien, y le dio dos besos.

—Pasa y siéntate, ¿quieres una cerveza?

—Sí, gracias.

Y sacó dos cervezas y se sentaron en la mesa.

—Ya está puesta.

Sí, es una cena fría, espero que te guste. No he podido cocinar. Estuve en casa de Natalie.

—Tiene buena pinta.

—Bueno ¿Qué tal en Nueva York?

—Muy bien. Ya sabes que me gusta dar clases. Te he echado de menos, —dijo mirándola.

—No me lo creo Nick, yo no creía que tuviéramos una relación, que lo habíamos dejado cuando te dije que te fueras.

—Yo te he sido fiel, lo sabes, para mí fue un enfado. Pero no quisiste que te llamara.

—¿Cada dos semanas? No, lo prefería.

—¿Entonces nena?, Me dijiste que sentías algo por mí, eso no se me ha olvidado.

—¿Y tú?, ¿qué sientes por mí, estás enamorado de mí? Nos vamos a prometer pronto y casarnos y tener una familia. ¿O no?

—Fui tu primer hombre, me gustas mucho, te soy fiel, no hay otra mujer.

—No es suficiente para mí y lo sabes. Quiero saber si estás enamorado de mí, si tenemos un futuro, una boda, ya te lo he dicho, no pasa nada si no lo estás, nos veremos, de vez en cuando, ahora menos porque Natalie ha roto con Daniel, definitivamente.

—Sí, ya me he enterado de eso.

—Pues ya sabes, quiero saberlo.

—Bea...

—Dímelo Nick, no me va a hacer daño. Me lo harás si no me lo dices.

—No es eso lo que siento por ti ni lo que quiero contigo.

—Bien, pues ya sabes, seremos amigos. No voy a iniciar de nuevo nada contigo. Ni me pienso

acostar más contigo. Quiero conocer a otros hombres. Quiero que des por terminada nuestra lo que sea, del todo.

—Pero Bea, nos llevábamos bien, teníamos buen sexo.

—Puedo tener buen sexo con más hombres y que sean lo que yo busco. Ya veremos si me duran tres meses, seis o toda la vida. ¿Quieres café?

—No, no quiero café.

—Bien, pues estoy cansada Nick. La verdad ha sido un placer conocerte, los momentos íntimos que hemos pasado y haberte conocido a tu forma, claro. Pero ya sabes. Me voy dentro de tres días a España con Natalie, que también lo necesita. Al parecer Daniel necesita un tiempo, también, que lo emplea en salir con otras. Tú puedes hacer lo mismo

—Pero no quiero pasarlo con otra.

—Pues lo siento, yo sí quiero pasarlo con otro. Esto que hemos tenido, ha sido como tú has querido, pero no será así una segunda vez, ni contigo ni con nadie. Lo siento Nick. Hemos terminado de verdad y te lo digo en serio. Prefiero que no me llames, lo poco que lo haces, pero esto se ha acabado definitivamente. Búscate otra que te dure más de tres meses. Tengo que preparar la maleta.

—¡Está bien Bea! Pero que sepas que eres la mujer más difícil y testaruda que he conocido, que lo sepas.

—Y tú el tío más raro y menos romántico que un muñeco despeluchado.

—¿Ah sí?

—Sí.

—Pues eso que te evitas.

—Eso lo sé de sobra. Y deja de encontrar confrontamientos, no busco eso, Nick.

—No, ya lo sé buscas, otro hombre.

—No necesitaría buscarlo si pusieras algo de tu parte, pero no te da la gana hacerlo conmigo. Te cuesta y no quiero obligarte a hacer nada que no quieras, pero tampoco vas a obligarme a mí a no llamarte o a decirte que estoy enamorada de ti. Ahora ya no es el caso, claro.

—¿Sabes Bea?

—Dime...

—¡Vete al cuerno!

—¿Cómo?

—Lo que te he dicho.

—Fuera de mi casa.

Y lo empujó hasta echarlo.

—¡Pero será tonto del culo!...

A los tres días tomaba el avión desde Austin con Natalie de camino a Málaga. Allí se quedaron una noche. El viaje había sido largo. Habían dormido, habían leído algunas revistas que llevaban y habían puesto un hombro sobre otro. Bea le contó su término con Nick. Y lo que le había dicho y que ya no volvería con él nunca, no iba a cambiar y ya llevaba casi un año de idas y venidas y que no quería cambiar porque no le daba la gana y ella no era feliz.

—Cariño, pues deja eso, no vas a tener un hombre para ser infeliz.

—Con lo bueno que es en la cama y cuando estamos juntos...

—Pero no lo es cuando no está contigo. No puedes pedir migajas, te mereces el pan entero. No

supliques amor cielo, estás enamorada de un tipo que no te merece. Que te controla y controla vuestra relación. Yo no se lo he permitido a Daniel. Después de lo que pasé creyendo que había muerto, que perdí a mis hijos, que cambia al venir y me ignora y quiere tiempo y luego lo encuentro besando en un baile a otra. Ningún perdón Bea Y eso de que te es fiel, yo lo dudaría.

—¿Tú crees?

—Lo creo. No me creo nada su fidelidad contigo, ahora que estamos siendo sinceras. Creo que ese tiene otra para los fines de semana que no está contigo. Por alguna razón cuando no está la otra, te busca, no sé, de todas formas, sea como sea, lo dejas, así pues, cambias el chip, no me creo nada de esos capitanes, ni siquiera de Lucas.

Y esto dejó pensativa a Bea. Natalie podía tener razón y Nick le estaba poniendo los cuernos desde hace tiempo. A lo mejor tenía a alguien en nueva York, en otro lado, Austin que estaba cerca. Ella no lo veía, así que Natalie, podía tener razón. Esos no eran tontos, las tontas eran ellas.

—Es que tú has tenido mucha suerte con tu contratista, ese es tu hombre, lo sé. Te mira como nadie te ha mirado, ni siquiera Daniel.

—¿Tú crees?

—Lo sé, lo he visto.

—Me gusta, mucho —decía Natalie riendo. ¡Ojalá encuentres tú otro hombre!

—¡Ojalá! Me pondré las pilas.

—Así se habla.

—Mañana alquilamos un coche y a volar libres. A olvidarnos de todo.

—Primero vamos a mi casa, a ver a mis padres y luego nos vamos por Andalucía.

—Eso mismo. Adelante amiga. A olvidarnos de las penas de estos últimos meses. Ya hemos pasado el tiempo de las vacas flacas y cabrones empedernidos. Ahora nos toca vivir, pero vivir con chicos buenos que empleen su tiempo en pensar en nosotras que estén por nosotras.

El pasado vamos a dejarlo atrás y vamos a comenzar una nueva vida, bonita, tenemos ya casi treinta años y nadie nos va a mentir ni a controlar. Somos libres y buenas chicas y nos merecemos lo mejor de lo mejor. No hace falta que sean guapos, sino buenos chicos.

—Sí pero su además están buenos y son guapos como Wes...

Y Natalie se reía feliz desde hacía tiempo que no se reía.

CAPÍTULO CUATRO

Alquilaron un coche y fueron a Sevilla como primer destino. Allí estuvieron unos días en casa de los padres de Bea, les llevaron regalos y como ya conocían la ciudad, aun así, se quedaron y pasearon por sitios conocidos, fueron a bailar salsa, a pasear, de compras...

—Natalie, no compres tanto que nos quedan unos cuantos lugares por visitar.

—Llenaremos el coche y compraremos un par de maletas más.

—Tengo que ahorrar para un coche, aún no tengo.

—Bueno, algo te pago.

—No quiero, loca.

—Calla tonta. Hay cosas tan bonitas...

Bajaron a Huelva y a Cádiz, allí permanecieron unos días en las playas preciosas de arena fina y maravillosa, se daban largos paseos e iban a locales de moda, pero ni ella ni Natalie querían ligar con hombres. Cada una por sus razones. Natalie para ver a su contratista y Bea para olvidar a Nick.

Después fueron a Córdoba, Jaén a la sierra de Cazorla, luego pasaron por Granada y Almería y de vuelta a Málaga. Vieron todo lo típico y bonito de la tierra, tenían días y pudieron ver casi todo, aunque terminaron muertas. Allí fue donde más días pasaron y donde Natalie se explayó recorriendo toda la Costa del Sol, se quedaban en hoteles y Bea le decía que iban a gastarse un pastón. Los dos últimos días, uno lo dedicaron a compras por la calle Larios de Málaga capital y la otra para descansar. El 27 se iban. Llegaban el 28 y así tenían tres días para descansar, limpiar y llenar las neveras.

Y por fin habían pasado un mes maravilloso juntas, no necesitaron chicos. El viaje se les hizo corto, pero visitaron una cantidad de sitios tremendo, probaron tapas de todos los sitios.

A Natalie la espero su contratista, y empezó a salir en serio con Wes y nunca había visto a su amiga más feliz e ilusionada, ni cuando estaba con Daniel, parecía una niña adolescente, y ella se alegraba porque se lo merecía y Bea, entró en su trabajo de nuevo.

Llevaba medio mes y Nick no la había llamado. Sabía que estaba en la base por Brenda, que se lo decía.

—Brenda, no quiero saber nada de él. De verdad, me hace daño. Si llevo medio mes y no me ha llamado, esto se ha acabado, además se acabó, antes de irme y antes de irse a Nueva York. No es mi hombre.

—¿Aunque fuera el primero?

—Tú no tienes el primero.

—Es verdad, tengo a Lucas solamente. Bueno, ¿has visto al nuevo enfermero? Mi compañero.

—No, no lo he visto.

—Pues te lo van a adjudicar, tenemos muchos pacientes, cada vez más. Ha venido un nuevo contingente de Afganistán y han contratado a uno nuevo, faltaba personal. A mí, me van a dejar con Natalie solamente, porque tengo más experiencia y es cirujana y a ti te van a asignar al nuevo, ya

me lo ha dicho el director, ¿No te ha llamado?

—No de momento.

—Te llamará. Hoy está loco asignando puestos.

Y efectivamente la llamaron al mediodía.

—Siéntate Bea, le dijo el director que estaba sentado en su despacho. Vaya día que llevo, tenemos el hospital casi a tope. Bea...

—Sí, señor Jones.

—Tengo algo que decirte.

—Sí, dígame.

—Mira desde que volvisteis de vacaciones Natalie y tú ha habido una cantidad elevada de ingresos y consultas externas, y necesitamos otro enfermero. A Brenda la he puesto con Natalie que es cirujana y tiene más experiencia y como tú eres de medicina general, hemos contratado a un nuevo enfermero. Espero que no tengas ningún problema, que le enseñes y le des las pautas de cómo trabajamos aquí. Será solo tu enfermero. Te vendrá bien a ti y al hospital también. Hoy es una locura.

—No, no tengo ningún problema faltaría más. No se preocupe.

—Bien, ya sabes, entra mañana, se llama Kevin Jones, como yo de apellido. Viene de Austin, de Texas, aquí al lado, también y viene recomendado, de una clínica especializada en traumatología, ya sabes que eso nos viene bien.

—Muy bien. Perfecto.

—Mañana que vaya contigo.

—Estupendo. No hay problema ninguno. Estaré encantada.

—Gracias Bea. Espero que os llevéis bien, es un buen chico.

—¿Qué? ¿Qué te ha dicho el director? —le dijo Natalie.

—Tengo un enfermero de Austin y tú a Brenda.

—Vaya, un chico, espero que sea guapo. Ummm...

—Creo que es un chico joven, aunque si viene recomendado ya ha trabajado en otro lugar, una clínica de rehabilitación, de traumatología.

—¿Cómo se llama? —dijo Brenda.

—Kevin Jones o algo así.

—¡Oh qué nombre más bonito! Nick nada.

—Nada, desaparecido en combate. Que se busque otra.

—Espero que no me pase nada con Lucas, porque si no, los capitanes tal y como entraron van a salir por la puerta de atrás —Dijo Brenda y se rieron las tres.

Al día siguiente, cuando Bea llegó a su despacho, estaba abierto y había un hombre sentado en la silla frente a su sillón. Estaba de espaldas a ella e iba vestido de enfermero, pantalones verdes, bata verde, zuecos blancos, el pelo rubio y liso y al oír entrar a alguien se levantó.

¿Es que todos los hombres eran altos y guapos allí?

¡Joder menudo enfermero guapo le había tocado!

Hasta se puso nerviosa, tenía unos ojos azules y el pelo rubio con un flequillo tieso echado a un lado y era guapo hasta decir basta. Era perfecto. Alto y perfecto.

—¿Eres Kevin?

—Sí, encantado, doctora Bea —y se dieron las manos a modo de saludo.

—Llámame Bea, no vamos a andar con formalidades, siéntate, Kevin.

Y él se sentó.

Bea se sintió como una hormiga.

—Bueno Kevin cuéntame de dónde vienes, qué has hecho hasta ahora...

—He trabajado seis años en una clínica traumatológica de Austin, en hospitales en ninguno. No tengo experiencia en ellos. Este es el primero.

—Es igual más o menos, ya te diré, y vendrás conmigo unos días, te enseñare a manejar el ordenador, a anotar datos dentro y fuera y lo que necesitamos para las consultas, tanto las externas como las que tenemos que hacer a diario a los ingresados.

—¡Está bien!

—¿Qué edad tienes?

—29 años.

—¿Ya tienes apartamento aquí?

—Sí, tengo uno en uno de los edificios que hay más abajo.

—¿En qué número?

—En el dos.

—Ese es mi edificio, son pequeño, pero nos sirven, ¿No estas casado?

—No, ni tengo novia —sonrió con una sonrisa bonita.

—Pues te vendrá bien.

—Sí, he comprado un pequeño despacho y lo he puesto junto a la ventana —Y Bea se rio

—Me rio porque eso tenemos casi todos.

—Me parece un sitio barato y está cerca del hospital y tiene todo al lado.

—¿En qué piso vives? —y él se lo dijo y ella le dijo el suyo.

—Necesito tu móvil, ¿tienes del trabajo?

—Solo tengo uno.

—Yo también, los intercambiamos por las guardias sobre todo y por cualquier cosa.

—Estupendo.

—Si te necesito por si estás en otra planta. O tengo que comunicarte cambios. Cuando tenga guardia, tendrás guardia conmigo, al menos eso espero, antes teníamos una enfermera para dos doctoras, pero ahora creo que tendremos guardias juntos y el mismo horario. Preguntaremos en la planta los horarios de este mes, el mes que viene lo tendremos entero.

—Vale.

—Bueno, el horario como ya sabes es de siete a cuatro de la tarde, tenemos una hora para comer, hay comedor, o sala para comer, si te traes comida, pero el comedor es tan barato que a veces no merece la pena hacerte nada salvo café. Bien, nuestra hora depende de cuando acabemos, no es exacta, no podemos dejar a los enfermos a la mitad para irnos a comer, pero generalmente es de una a dos y salimos a las cuatro. Controlamos el horario. No te preocupes, sobre todo para salir a la hora. Prefiero comer en media hora y salir a mi hora.

—Perfecto, yo también.

—¿Te han hecho ya el contrato?

—Sí, esta mañana.

—¿Ya sabes qué ganas?

—Sí, está muy bien.

—Vale. Si hacemos guardias cuando nos toque sube el sueldo al mes. Bueno, a esta hora empezamos las visitas externas, así que saca de la impresora la lista de hoy y los vas llamando, que entren, cierras la puerta y entras hasta que salgan y así. Cuando acabemos. te daré un pendrive con los usuarios que tenemos y los que van entrando, tanto externos como internos. Si lo copias en

casa, no me los devuelvas, tengo más pendrives. Yo en casa tengo carpetas de dos colores para diferenciarlos, los externos de los ingresados, con sus dolencias, puedes imprimirlas y estudiarlas. Ya tú trabajas como quieras.

Bien, este es de los externos y este de los internos que son los que más se mueven, con las altas y bajas, digamos, entran y salen.

—Sí, es normal.

—Bien, pues vamos a empezar. Si surgen preguntas, me las haces cuando no estén los pacientes o sin que los oigan. Son muy susceptibles, y vulnerables y creerán que tiene algo malo.

—Vale —se rio Kevin.

Y saco la lista de la impresora y llamó al primer paciente.

Era eficiente y a las once y media habían acabado.

—¡Uff, qué cansancio tengo... —dijo Bea. Esta señora viene todas semanas dos o tres veces, me pone de los nervios, el día que tenga algo... Anda pasemos a las anotaciones de hoy, ¿Quieres hacerlo tú Kevin?

—Sí, claro.

—Mientras, le echo un vistazo a lo de hoy, a las carpetas, por si hay algo anormal que se me haya pasado.

Cuando acabaron, echaron un vistazo a los pacientes y charlaron sobre ellos.

—Bueno, venga, vamos a comer.

—Falta aún media hora.

—Bueno, luego nos metemos en las plantas y ya hasta irnos.

—Trabajo bien contigo Bea, eres buena.

—Gracias, ¿No trabajabas con otro doctor o doctora?

—Un doctor, rígido, inflexible.

—¿Qué pasa, te daba muchas órdenes?

—Demasiadas.

Y ella se reía.

—Cierra el despacho, anda, nos vamos a comer, voy primero al baño.

—Y yo.

—Aquí nos esperamos, te enseñaré el comedor ¿o vas a comer en la sala?

—Probaré el comedor hoy.

—Bien.

Y estuvieron comiendo juntos.

—No está mal la comida. Y es super barata, la verdad.

—Pediste este traslado, ¿Cómo te enteraste?

—Mi tío es el director.

—Acabáramos, por eso tienes el mismo apellido. Eres un enchufadillo, tendré que portarme bien contigo, o me echarán a mí. —Y Kevin se rio. Tenía una risa preciosa, era bueno en el trabajo, perfeccionista en lo que vio y atento.

—¿Eres de Austin?

—Sí, siempre he vivido allí, allí estudié, allí trabajé.

—¿No quisiste ser doctor?

—No, prefería la enfermería, ¿Y tú?

—Pues me vine con un tío que tengo en Nueva York, mi tío Mateo, hermano de mi padre y que iré a visitarlo el próximo Acción de Gracias.

—Ya mismo.

—Sí, ya mismo, aunque he ido un mes de vacaciones a España en octubre, con mi amiga, la doctora Natalie.

—¿En octubre?

—Sí, es una historia larga por la que nos fuimos más tarde de lo normal de vacaciones.

—Tengo tiempo.

—Pues te iré contando por fascículos, pero soy de Sevilla, una niña introvertida, vergonzosa y de clase baja, más o menos. Mi tío me trajo a estudiar medicina con una beca a Nueva York, hizo como si viviera con él para obtener la beca y allí conocí a Natalie, mi mejor amiga, junto con Brenda, nuestra enfermera, ahora suya.

Luego fuimos de intercambio a España, al sur, de dónde soy, de Sevilla y ya me quedé allí, ella se vino a Randolph y trabajó e hizo los dos años de cirujana, mientras yo trabajé en una clínica como tú, esos dos años en Sevilla y en cuanto hubo una plaza libre de médica aquí me recomendó con tu tío. Quería tenerme aquí y yo estar con mi mejor amiga.

—Entonces tú también entraste por enchufe. —y Bea se rio.

—Sí, y aquí estoy, alquilé el apartamento, lo pinté y ya llevo un año y medio casi. Estoy muy contenta, pero quiero ver, necesito abrazar a mi tío Mateo. Así que intentaré ir en Acción de Gracias ¿Tienes más hermanos?

—No, hijo único.

—¡Vaya, como yo!

—Sí, mis padres viven en Austin, enfermeros todos.

—Tendréis la casa llena de agujas —y se rieron.

—Eres graciosa jefa...

—Bueno, había perdido mi encanto este último año, si es que alguna vez lo tuve. En fin, se nos acabó el tiempo. Vamos al despacho a por las carpetas de los ingresados. Tenemos la planta 5 y 6. Y habremos acabado en cuanto tengamos en el despacho las anotaciones. Cuando tengamos guardia, nos toca urgencias. Luego el paciente se deriva a su médico, o a los especialistas, podemos tener algunos o no.

—Muy bien.

Y ese día acabaron por meter todos los datos de los ingresados en el ordenador y ella le dio los dos pendrives y Kevin se los llevó a casa, dándole las gracias.

—No tengas prisa Kevin, yo tengo los míos, puedes quedarte con ellos. Te llevará un tiempo estudiarlos.

—En cuanto salga, compraré carpetas en la librería y los imprimo. Me será más fácil estudiarlos impresos.

—Muy bien, cerramos hasta mañana. ¿Qué tal te ha parecido el día?

—Perfecto, me ha gustado, bueno, voy a cambiarme y me voy.

Al final coincidieron en la calle y fueron juntos a los apartamentos, ella le dijo dónde había una librería.

—Voy a darme una ducha e iré antes de que cierren, necesito algunos materiales más.

—Bien, Kevin, hasta mañana —le dijo al salir del ascensor en su planta.

Esa noche tuvo un sueño erótico con Kevin y se despertó sudando en pleno noviembre.

¡Joder, Dios mío!... Era un hombre guapo, pero soñar eso, con él, casi consigue tener un orgasmo sin llegar a tener sexo.

Intentó dormirse, estaba demasiado alterada y el corazón le iba a mil, pero al final pudo ir

relajándose y se quedó de nuevo dormida.

Al día siguiente después de lo que soñó con él, que hacían el amor, lo miró de manera diferente...

A veces se ponía nerviosa si se acercaba demasiado, o si le sonreía, aunque Kevin era muy respetuoso.

El viernes, después de una semana cargadita de trabajo, cuando iban a los apartamentos, ella le dijo:

—¿Conoces algo de Randolph?

—No, no me ha dado tiempo a salir.

—¿Quieres que salgamos a cenar mañana y a tomar una copa? sin compromiso, Kevin, solo por enseñarte la ciudad.

—Me encantaría.

—Está bien, quedamos a las seis.

—Estupendo, paso por tu casa que está más baja.

—Vale, te espero a las seis y vamos a dar una vuelta y cenamos.

—Gracias Bea.

—De nada. Hasta mañana.

No sabía si iba a arrepentirse o no, pero quería salir lo necesitaba, sus amigas estaban cada una con sus compañeros y ella estaba sola y Nick era hombre muerto.

Bea era la primera vez que se envalentonaba en invitar a un hombre. No se reconocía, pero tampoco se arrepintió. Kevin y ella empezaban a ser amigos.

El viernes se dedicó a meter todos los datos de sus pacientes para poder descansar el fin de semana, cuando acabó el trabajo era tarde. Se dio una ducha se puso el pijama y llamó a su tío Mateo a Nueva York.

—Cariño ¿Vas a venir el día de Acción de Gracias?

—Sí tío, si quieres voy.

—Pues claro, quiero que conozcas a una mujer con la que salgo.

—Pero tío, no me puedo creer...

—Sí, se llama Tess.

—¿En serio? Pero si eras un espíritu libre y nunca ibas a tener pareja formal...

—Pues ya ves sobrina. Le he hablado mucho de ti y está deseando conocerte. Vive conmigo, para que lo sepas.

—Me encanta, así no estás solo. Quiero conocer a esa mujer que ha robado el corazón de mi tío al que más quiero —y el tío se reía al otro lado.

—Voy a sacar el pasaje y después te digo a la hora que llego. Te mando un mensaje.

—Vale, te quiero, ya mismo nos vemos.

—En dos semanas.

—Sí, tengo ganas de verte.

—Y yo a ti mi niña.

Y sacó sus vuelos, eran muchas horas de ida y vuelta, pero haría ese viaje. Luego ya en Navidades se quedaría en casa descansando. No tenía guardia ese año, ya lo tuvo el año pasado. Si acaso pediría Navidades, y descansaría fin de año, o al contrario, ya vería, tendría que hablarlo con Kevin, pero no lo necesitaba en todas las guardias.

El sábado, como todos los sábados, hizo su rutina, semanal en casa, se dedicó un par de horas a su cuerpo, comió una ensalada de pollo asado, un café y se tumbó en el sofá hasta la hora de arreglarse. Le gustaba echar una buena siesta el sábado para recuperar el cansancio de toda la semana y el agotamiento. Puso la alarma del móvil para que le diera tiempo de arreglarse para cuando viniera Kevin a por ella.

A las seis estaba lista. Se había puesto unas botas altas de tacón alto, ya que Kevin medía más de 1,85. Parecía que perseguía a los hombres altos o estos la perseguían a ella.

Una falda por la rodilla con algo de vuelo y un jersey negro al igual que la falda. El abrigo, que ya iba haciendo fresco y un bolso y medias...

Se había dejado el pelo suelto y un bolsito con todo lo que necesitaba, se maquilló y perfumó y a las seis en punto llamaron a la puerta.

¡Qué puntual!

Allí estaba guapísimo Kevin. Con unos pantalones grises informales, y un jersey blanco. Una cazadora negra y zapatos informales. Y un olor maravilloso y fresco.

—¡Qué guapo está mi enfermero hoy! —y Kevin rio.

—Más lo está mi doctora.

—Anda vamos, tengo hambre.

—¿No vamos a dar una vuelta antes? —le dijo él.

—Sí, hasta el restaurante. —Y Kevin reía.

—Estás guapa con el pelo suelto, siempre te veo con la cola alta... tienes un pelo largo y bonito.

—Y tú corto, tieso y rubio.

—Sí, eso sí, no sabes el agua que me echaba cuando era niño para aplacarlo. Ahora hay espumas y gomina, al menos para domarlo un poco.

—Me gusta ese flequillo tieso de niño malo.

—Bueno, esto empieza bien. Jefa. ¿Qué vamos a comer?

—¿Carne, parrilla?

—Ummm, ¡me encanta!

—Hay una buenísima que me gusta mucho. He ido varias veces con mis amigos, éramos seis, ahora somos cuatro, pero descuadrados, Natalie, la doctora, ya no sale con el capitán Daniel, que conoció de toda la vida —y le contó por encima la historia.

—Menuda historia.

—Ha sufrido mucho, pero afortunadamente, ahora está feliz desde que vinimos de España con su contratista Wes. Está enamorada de nuevo.

—Me alegro por ella.

—Luego está Brenda, aún sigue con el capitán Lucas, claro que son los más liberales, pero a la vez los más reservados, Natalie y yo lo comentamos.

—¿Y tú? —le preguntó Kevin intrigado.

—Yo... digamos que iba con Nick, el otro capitán. Lo conocí en Austin hace año y medio, cuando nos fuimos las tres un fin de semana para celebrar que había entrado a trabajar en el hospital. Nos encontramos allí, en el mismo hotel, con Daniel y ellos, que celebraban su ascenso a capitanes y nos presentó a sus amigos. Amigos amigas, ya sabes. Lucas se quedó prendado de Brenda y yo no tuve más remedio que hablar con Nick. Una cosa llevo a la otra y digamos que salimos.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta hace al menos cuatro o cinco meses, di por terminada la relación.

—¿Y eso por qué? —le preguntaba Kevin mientras iban andando por la calle.

—¿Te interesa mi vida amorosa, enfermero?

—Sí, estoy intrigado con la historia de los tres capitanes.

—Pues la verdad. Cuando estábamos juntos, algunos fines de semana que él quería, me llamaba cuando él quería, los jueves que le daba por ahí, yo no podía hacerlo. Impuso sus normas, yo soy así, y así vivo, ¿entiendes?

—Sí, pero eso no es una relación mutua.

—Exactamente. Le dije que me cansaría.

—El caso es que cuando llamaba y yo le decía que no, no le gustaba. Fue a dar un curso a Nueva York, ya sabes que son profesores y dan cursos los tres, el que más se mueve es Daniel, ahora se va a Alemania a una base de la OTAM. Así tendrá tiempo de pensar, mientras mi amiga sale con el contratista. —Y se reía.

—¡Joder!

—Bueno el caso es que me cansaba, cuando estaba conmigo era excepcional. Éramos como una pareja más, pero durante la semana, y vive en el edificio de al lado, éramos desconocidos, ni un mensaje, ni un detalle, jamás me regaló flores o una llamada. La primera vez que estuvo en Nueva York unos meses, me llamó dos veces.

—¿Qué me dices mujer?

—Sí, con la tapadera de que era así, era fiel, o eso me dijo, yo me lo he creído, lo creo. Es raro, muy suyo, pero yo era infeliz, quería que me llamara, reírnos por teléfono, que me sorprendiera alguna noche. No los jueves, y los que quería, a veces, me ponía muy nerviosa esperando esa llamada que a veces no llegaba.

Llegaron a asador...

—Aquí es, espero que te guste la comida.

—Seguro, no soy delicado, no te preocupes.

—Es un sitio bonito, vamos dentro.

Y los acomodaron en una mesa.

—Vamos a pedir. ¿Pedimos para los dos?

—Me parece perfecto —dijo Kevin— y pidieron varios platos para compartir y una ensalada.

—¡Qué hambre tengo! —dijo Bea.

—¿Y qué más?, ¿cómo sigue la historia?

—Pues que estaba afectando esa relación a mi estado emocional y a mi trabajo y no podía consentirlo, se lo dije por activa y por pasiva y lo más gracioso que me dijo el último día era que el hombre que yo buscaba estaba en mi imaginación, que, si encontraba uno, no me duraría tres meses.

—¿En serio?

—Y tan en serio y ahí ya lo eché a la calle, por no decir una palabrota que la dije. Cuando se fue.

—Tiene la estima alta.

—Eso supuse, pero no creas, conmigo, mientras estuvimos fue fantástico o idealicé lo poco que me daba, él supongo que me vio como la mujer perfecta para él, que no exigía nada y que estaba ahí para cuando quisiera, sin pedirle nada a cambio. Y me parecía que le suplicaba amor, no estaba enamorado de mí, me lo dijo y ese día dejé de idealizar lo poco que me daba. No es suficiente para mí, no es la relación que quiero.

—No es cuestión de que le pidas lo que quieras, sino que sea lo que tú quieres que sea y

necesites. Si le pides a una persona que es de una forma que cambie, lo hará quizá un tiempo, pero luego volverá a ser como era. No creo en ese tipo de relaciones.

—¿Y en cuales crees? —Le dijo ella.

—En las que crees tú y la mayoría de la gente Bea. Ese hombre lleva mochila o es raro, o te oculta algo. No creo que sea tan fiel como te dice.

—Eso piensa mi amiga Natalie.

—Pues pienso igual que ella. Si una pareja sale, y sobre todo al principio, no se le puede decir al otro, es que yo soy así y así va a ser la relación. No, es una cuestión de adaptación mutua. Además, al principio las relaciones son más intensas, bonitas, detallistas. No sé.

—Es que has tenido muchas, tienes 29 años.

—¡Ah los platos! Salvado por la campana.

—De eso nada, ya puedes ir soltando, —y Kevin se reía.

—¿Ya no has tenido más relaciones? —le siguió preguntando Kevin.

—Ninguna.

—¿Ninguna? ¿ni cuándo eras joven?

—No, fue la primera vez que me acosté con un hombre.

—¿Pero qué edad tienes mujer?

—27.

—Y con 26 eras...

—Sshhh, sí, creo que la rara e introvertida soy yo. No ha habido nadie más.

—No digas eso, eso no tiene nada que ver.

—Bueno cuenta tú.

—Tengo 29, sí que he tenido relaciones. La típica del instituto, con la animadora guapa y rubia.

—¿Eras el jugador de fútbol guapo a la que todas persiguen como he visto en las películas de adolescentes americanos?

—Sí —se reía con ganas.

Y Bea se echó a reír.

—Era vanidoso y guapo, mujer, alto y fuerte... tonto.

—Sigues siéndolo, lo primero digo.

—Creo que dejé mi vanidad atrás.

—¡Ay, Dios, ¡que risa!

—Bueno, deja que te cuente... ella quería casarse antes de ir a la universidad, y no estuve de acuerdo, yo quería ir a la universidad sin ataduras.

—Bueno eras joven hombre y es lo normal.

—Por eso, sin trabajo y casado estudiando y quizá con un niño, no era la vida que soñaba a los 18.

—Y la dejaste.

—No, me dejo ella por mi mejor amigo.

—¿En serio?

—Sí, bueno, me dolió más por él, era tonta, tonta. La típica rubia de las películas que tú ves.

—Veía —riendo.

—Bueno, pues mi amigo, sí que se casó y se quedaron en Austin, no estudió. Ahora trabaja con su padre de fontanero y tiene dos niños. Y la siguiente fue en la universidad. Era una buena chica. Morena, estudiosa, psicóloga.

—¿Y por qué lo dejaste?

—Me analizaba demasiado, creo que me tomó como conejillo de indias.

Y Bea se partía de risa.

—¡Ay, no me he reído desde hace tiempo!

—Y cuál fue su veredicto...

—Que al final sería inferior a ella porque iba a estudiar enfermería, su carrera era superior y yo la envidiaría y nunca llevaría eso bien en nuestra relación. Me sentiría inferior a ella y eso crearía conflictos en nuestra pareja, soy hombre.

—¡Por Dios! ¿de verdad?

—Sí, así fue. Y ya descansé. Solo algunos rollos cuando lo necesitaba. Al año pasado salí con una chica de la clínica, pero resulta que estaba casada, y yo no lo sabía.

—¿Y los anillos?

—Se los quitaba, te juro que no sabía que esa enfermera estaba casada, de saberlo jamás hubiese salido con ella y menos acostarme.

—¿Cuánto tiempo?

—Tres meses hasta que lo descubrí.

—¿Cómo?

—Vino su marido a esperarla un día a la clínica.

—¡Qué barbaridad! hombre.

—Por eso en cuanto mi tío me dijo que necesitaba a un enfermero, me vine. Me gusta este sitio pequeño, además está cerca de casa y tengo una jefa estupenda y trabajadora que no da órdenes y es muy buena.

—¡Ay, Dios! Kevin estoy llena.

—¿Pedimos postre?

—No creo que me quepa ni café. Mejor nos tomamos una copa y ahora sí que necesito el paseo para bajar todo lo que me he comido.

—Hemos dejado los platos limpios.

Y Kevin no la dejo pagar.

—Vamos Kevin, si te he invitado yo.

—A salir, no a pagar ¿No serás de los antiguos?

—¿De qué antiguos ¿Eres feminista?

—No, soy partidaria de pagar a medias.

—¿Con Nick pagabas a medias?

—A veces, si íbamos todos.

—¿Y si ibas sola con él?

—Íbamos pocas veces solos, pero sí, a veces.

—¡Joder!, bueno esta vez pago yo. Sí soy de los antiguos, al menos hoy.

—Pago la copa.

—Vale te dejo pagar una copa.

—Además yo gano más.

—No sabes el dinero que tengo.

—Eso es verdad. Pero no importa...

Y se agarró a su brazo con confianza.

—Eres gracioso Kevin, buena persona.

—No te fíes, tengo mi lado sexual y soy un hombre como todos.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que eres guapa, y sexy.

—¿Sexy? pero si no mido 1,60.

—¿Y qué? Eso no importa, ¿Nick era bajito?
—No, era demasiado alto, como tú más o menos.
—Entonces, a la pequeña le gustan altos.
—Bueno, conozco altos, parece que los militares son altos.
—Y fuertes.
—Tú también lo eres. Anda demos un paseo.
—Cuéntame cómo es tu casa.
—¡Ah mi casa! Vivo en un lugar maravilloso, bueno nació y vivía, Sevilla, te encantaría. Tiene monumentos árabes, y a pesar de ser una gran ciudad, no tienes esa sensación de agobio que tienen otras ciudades como Nueva York, por ejemplo, que no tienes por dónde salir.
—Mujer es que comparas...
—Allí tienes campo salgas por donde salgas. Es bonita, es maravillosa, la gente en la calle, en las terrazas, gusta mucho salir e ir de tapas
—¿Que son tapas?
—Cerveza con un plato pequeño de cualquier cosa, carne o pescado, chiquito. O mediano, depende. Te tomas dos cervezas y tres tapas y estás comido.
—Algo malo tendrá.
—Para mí el calor, es sofocante en verano, no lo llevo bien. Pero en primavera, está llena de naranjos y olores y rincones preciosos, un río para ir en barquito romántico, la feria. la Semana Santa. Y se pararon y ella le enseñó fotos de todo.
—Es bonita sí, es una preciosidad. ¿Y tú tienes vestidos de esos?
—Algunos, no de los más caros, me los hacía mi madre o los compraba en rebajas para ir a la feria. De Semana Santa no tengo.
—¿La echas de menos?
—No, me gusta ir, en verano, pero me gusta vivir aquí estuve estudiando en Nueva York, con mi tío, por eso me voy a verlo en Acción de Gracias, un hermano de mi padre, ya te he contado, será un viaje largo de ida y vuelta, pero tengo ganas de verlo. Hace ya tres años que no lo veo, más quizá.
—Yo estudie enfermería en Austin. No me fui lejos. Allí estudiaron mis padres y yo.
—Al menos tenéis temas de conversación.
—Un tema —Y Bea reía.
—¿Qué cosas tienes! Vamos a tomar una copa allí.
—¿Tiene música?
—Todos los locales tienen música enfermero payaso.
—Para bailar, mujer.
—Sí. Donde no voy es a las macro discotecas o discotecas que me vuelven locos los oídos.
—Somos ya mayores para eso.
—Si te llevo te pierdo.
—Sí, seguro.
—¿Qué tomas? —le dijo Kevin cuando llegaron a la barra.
—Un san francisco.,
—¿Sin alcohol?
—Sin alcohol.
—Un san francisco y un gin tonic, pidió Kevin.
—Vamos a sentarnos.
—Iba a pagar Kevin —se quejó Bea.

—La próxima.

—Me voy a enfadar.

—Sería la primera vez que te viera enfadada.

—¡Que tonto!

—Venga nos sentarnos. Me gusta este sitio, se puede hablar, la música es suave y se oye en la pista solo.

—Sí, por eso me gusta.

—No conoces a nadie, no has salido en estas dos semanas.

—No, la verdad, estuve limpiando el apartamento y comprando cosas, pero bueno, hoy he avanzado, parrilla y local.

—Este era uno de los que venían con todos, claro que hay unos cuantos solo en la ciudad de este tipo, pero dos buenos, este es uno.

Y estuvieron hablando un poco del trabajo, de sus vidas, de dónde había viajado Kevin, le gustaba viajar en todas las vacaciones y había viajado casi por todo el país y fuera. Y al cabo de media hora, después de contarle los lugares que había recorrido en sus vacaciones y que a Bea le daba envidia, le enseñó algunas fotos de los viajes.

—Bueno ahora tengo un viaje, pero el año que viene, quizá vaya a las Cataratas en verano, sería fabuloso, si no se viene ninguna, me voy sola. Siempre guardo el dinero de las guardias para alguna cosa, ya tengo para un coche. Y lo seguiré guardando para viajar cada año, como tú, te envidio. El resto, del sueldo es ahorro total.

—Te vas a comprar un coche?

Sí, aunque aún no sé cuál, ya veré. No quiero uno demasiado grande, total me muevo cerca...

—Pero si quieres ir a ver lugares un poco más lejos, mejor uno de gama media. Bueno si tienes ahorrado para ello.

—Creo que tengo. Ya veré si encuentro chollos.

—Bailemos, venga jefa.

—Bueno.

—Luego pedimos otra copa, tengo la sensación de que no vas a emborracharte.

—Pero esa, la pago yo, si no me enfadaré contigo.

—No puedes el director es mi tío.

—¡Maldita sea! —Dijo bromeando.

Y Kevin se reía.

—Está bien mujer, si vas a enfadarte mucho... pagarás esa copa.

—La pagare bobo

—¿Baile primero?

—Anda sí, vamos a ver si tienes dos pies izquierdos.

CAPÍTULO CINCO

Pero no, no tenía Kevin dos pies izquierdos, por el contrario, bailaba muy bien, olía mejor que bien y arrimarse a su cuerpo, desprendía calor y parecía suave. Y dejar sus pechos libres apoyados sobre el pecho duro de Kevin, la dejó mojada, y Bea se excitó, con su enfermero y sintió en su vientre la excitación de él dura como junco. Era un hombre donde podía cobijarse y ella desde luego no lo veía inferior a él, sino que la ponía nerviosa y caliente.

Cuando ella sintió su excitación dura en su vientre, él lo supo y la apretó más a su cuerpo, se separó un poco de ella, solo la cabeza y la miró y Bea supo que iba a besarla y así fue. Iba a ser el segundo hombre en su vida que la iba a besar y se dejó.

Y la besó suavemente hasta meter la lengua en su boca y hacerla suya. Llevarla por senderos y laderas verdes.

Y fue diferente y fue distinto, ella alzó sus brazos a su cuello y se apretó contra él, le gustó que la besara y le gustó excitarlo porque se sentía como una mujer deseable, no una mujer no valorada sexualmente. Había estado en una burbuja, pero ahora era libre, para besar sin sentirse culpable, para abrazar a un hombre y sentir su calor y su cuerpo duro contra el suyo, y cuando Kevin terminó el beso, la abrazó y ella se sintió bien, mientras él acariciaba su pelo suave y largo y metió las manos dentro de esa mata de pelo acariciando su espalda.

—¿Estás bien? —le dijo despacio al oído.

—Sí, estoy bien ¿y tú?

—En el mejor sitio, bueno, hay otro mejor si me dejas esta noche.

—Tonto. No sé.

—Bueno, aún tenemos noche, no pienses.

Y la besó de nuevo y ella respondió de nuevo a la suavidad de su boca.

Al cabo de un rato de bailar, ella le dijo que iba a por otra copa, que qué quería.

—Está bien, voy al baño mientras le dijo Kevin. Otro gin tonic.

—Sí, vale, yo lo pido mientras.

Y estando en la barra, llegaron Lucas y Nick, los dos solos. Ella sabía que Brenda tenía guardia con Natalie y estos dos, de picos pardos... bueno a ella Nick no le importaba.

Nick la vio en la barra y se acercó a ella.

—¡Hola nena!

—Déjate de tonterías, para ti soy Bea.

—Está bien.

—Estoy perfectamente.

—¿Quieres una copa?

—No, no estoy sola, vengo a por dos copas y las pidió.

—¿Sales con alguien?

—Sí, soy libre, ¿no?

—Yo te sigo siendo fiel, Bea. Le dijo como un buen muchacho, sabía hacerlo muy bien, pensó Bea.

—Pues dale uso, yo no te lo he pedido. Así que disfruta a eso vienes aquí. No tenemos nada. No tienes que serme fiel.

—¡Hola Lucas!

—¡Hola Bea! Me alegro de verte.

Y se fue con las dos copas, se sentó al lado de Kevin, mientras sentía la mirada de Nick sobre ellos.

—No mires ahora, le dijo a Kevin, pero Nick está en la barra, y Lucas el de Brenda.

—¿Cuál es?

—Nick, el del pantalón negro.

—Es un tío guapo.

—Sí, pues no me dice que me sigue siendo fiel, será estúpido, yo creo que es tonto. Y no me creo nada.

—Pero mujer ¿Cómo te crees esas cosas?

—Porque supongo que habrá hombres fieles o que creía creerlo.

—Y los hay, pero, no sé, no me da que ese tipo y el otro lo sean.

—¿Por qué?

—Porque estás de espaldas y tienen dos acompañantes muy acarameladas.

—¡No me lo puedo creer!...

—¿Estás celosa?

—No, no lo digo por él. Me trae sin cuidado.

—¿Entonces?

—El otro sale con mi amiga Brenda, la enfermera de Natalie, que está de guardia.

—¡Joder, vaya tres tipos que os buscasteis!

—Sí, esto es lo más.

—¿Se lo dirás?

—No sé.

—No se lo digas, no sabes el tipo de relación que llevan.

—Pero es mi amiga.

—Saldrás perdiendo Bea, déjalo estar. Nos tomamos la copa y nos vamos. Damos un paseo.

—Sí, mejor. Me ha puesto de maña leche. ¡Será estúpido!

—Yo creo que no es tan estúpido, que es un lince, un controlador, mujer. Es muy cómodo tener una relación así. Cualquier hombre lo estaría. ¿Has pensado en esos fines de semana que no te llamaba dónde estaba?

—En casa, supongo.

—¿Seguro? No podías llamarlo.

—¿Crees que me engañaba?

—No tiene por qué, podría ser cierto lo que dice y podía estar con sus amigos... o con otra.

—¿Y por qué no me lo dijo? yo lo hubiese entendido.

—Quieres que creas que es un hombre serio.

—¡Joder!

—Bueno, dejemos de hablar de él y salgamos de aquí, que sea como quiera.

—Eso es. Yo no quiero volver a lo que tuve con él.

Y se dieron un paseo por la ciudad, a veces en silencio, a veces él le echaba el brazo por encima del hombro.

—Vamos no te preocupes tanto, que esa cabecita no le de tantas vueltas al asunto.

—Tienes razón, pero ten en cuenta que solo tuve ese hombre. No conozco más.

—Pues ya es hora preciosa.

—¿Qué quieres decir?

—Que tienes que conocer a más para saber cómo son otras relaciones. Te gusta ser feliz y te gusta tener una pareja.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé, eres una mujer así, aunque tengas ese halo de independencia en el trabajo.

—¿Qué eres mi madre —¿Y Kevin, se reía?

—Prefiero no serlo, ser otra cosa que tu madre, sobre todo porque me ha gustado mucho besarte.

—Sí, lo he notado.

—¿Qué tonta eres! ¡qué quieres, me excitas!

—¿Yo?

—Sí ¿no te crees capaz de excitar a un hombre?

—Sí, lo he hecho.

—A más de uno.

—No sé.

—Sí que lo sabes, lo has hecho esta noche, conmigo.

—¡Ay, Dios Kevin! creo que hemos cometido un error.

—Un error con nuestra edad, no lo creo, trabajo muy bien contigo y si es por eso, le cogió la barbilla y la hizo mirarlo —no tenemos problema ninguno. Y besarte me ha encantado y quiero más.

—¿Más qué?

—¿Te tengo que sacar las palabras?

—No, pero tengo miedo.

—De eso se trata, de quitarte el miedo.

—Contigo.

—No veo a otro que te haya besado esta noche ni veo a nadie más contigo que yo.

—¿Quieres acostarte conmigo esta noche?

—Muy inteligente, mi doctorcita.

—Estoy temblando.

—Vamos tontilla. Yo no soy Nick y más miedo tengo yo, tengo un hándicap difícil de superar, lo sabes.

—¿Sí? pues eso, tenemos miedo los dos, pero vamos a superarlo, juntos.

Y entraron en casa de Bea.

Ella cerró la puerta, y él la abrazó y la besó de nuevo como había hecho en el local de copas. Bea le dio la mano y lo llevó a la habitación en un momento en que se envalentonó.

Le desabrochó la camisa y le quito la cazadora y miró su pecho ancho y maravilloso. Sus ojos azules, le encantaban, y su pelo rubio y él le bajó la cremallera del vestido y se lo quito, y se quedó con la ropa interior, las media y las botas y la sentó en la cama y fue quitándole las prendas que sobaban y la dejó desnuda.

—Eres preciosa. Bea cruzo las manos sobre sus pechos.

—Vamos mujer no seas así, eres doctora.

—Sí, pero soy mujer.

—Y eso es lo que busco a ti, a la mujer —le decía mientras se desnudaba del todo.

Y le cogió la mano y se lo llevó a su sexo duro y tieso como un arco.

—Así me pones, chiquita. Y ella toco su longitud aterciopelada y Kevin, cerraba los ojos y vibraba en sus manos, pero a él le gustaba llevar las riendas del sexo y la besó, mordió sus

pezones y ella empezó a gemir, la besaba y sus manos la acariciaban ágiles y expertos hasta llegar a su sexo, lo movió y ella se derramó en él.

—Mi doctorcita no aguanta.

—Es que —decía agitada, —hace tiempo.

—Recobramos ese tiempo, y sacó del bolsillo del pantalón su cartera y se puso un preservativo y entró en ella que lo acogía como se acoge un niño en brazos para acunarlo. Cerró los ojos y lo sintió, grande y fuerte y duro y caliente y lo abrazó fuerte, abriendo sus piernas para él, para ser suya. Y él la penetraba para hacerla feliz, para que lo sintiera como un hombre distinto. No quería que lo comparara con su primer hombre, con Nick, porque sabía que aún sentía algo por él. Pero esa noche quería que fuese solo suya.

—¡Oh, Dios, Kevin, sigue, sigue, oh, Dios, ¡y Kevin siguió hasta juntar sus cuerpos en un clímax de fuego!

Kevin gimió en sus últimos espasmos y sabía que no había otra mujer igual para él. Lo que había sentido con esa pequeña, era importante.

¡Joder, y ella enamorada de otro!

Se separó de ella con un beso y fue al baño... Al volver se acostó a su lado y la atrajo a su cuerpo.

Y permanecieron en silencio, ella tenía la mano en su pecho y él los ojos cerrados.

—¿Te has dormido? —Le dijo Bea en silencio.

—No, estaba descansando y pensando.

—¿Qué pensabas?

—Pensaba que me gustas demasiado, que ha sido importante para mí y que tengo mala suerte porque estás enamorada de otro.

—¿Por qué dices eso?

—Porque creo que es así.

—No estoy enamorada de Nick, si lo estuve, fue hace ya casi medio año, pero di mi relación por terminada, y la di yo.

—¿Me has comparado?

—No, no te he comparado Kevin, he sentido contigo, sé que es difícil creerlo incluso yo pensaba que iba a compararte, pero no lo he hecho, es como conocer a otra persona distinta, y eso ha sido.

—Pues me siento mal y no sé por qué.

—¿Por qué?

—Puedo estar celoso.

—¿Celoso de qué? —se rio ella, si estoy en la cama contigo y estás en mi casa.

—De que sea mejor que yo. Soy competitivo.

—Eres tonto, eso es lo que eres.

Y se echó encima de él.

—¡Ay, loca! —y la abrazó y acarició hasta el trasero.

—Me gusta tu trasero y tus caderas y tus pechos y tus pezones y tu...

—Para bobo. —Riéndose.

—Kevin...

—Dime preciosa, le decía en su boca excitado de nuevo.

—No te he comparado, en serio.

—Te creo, creo que eres una mujer sincera.

—Pues olvida a Nick, no entra en esta ecuación y no va a estar presente o en medio de

nosotros.

—Tienes razón, no se habla del innombrable.

—¡Que tontorrón!

—¡Joder nena estoy duro de nuevo!

—Lo sé, estoy notándolo, espera que coja otro preservativo y ella lo cogió y se lo puso y entró en él. Se sentía libre y con ganas de explorar sexualmente. Con Nick tenía que esperar que él dijera y dijera, pero con Kevin no, Kevin también era dominante en la cama, pero también le excitaba que le hiciera algo y eso le gustó, porque le daba poder a ella y sentir su sexualidad libre.

Y lo amó a él. Ella y él cogía sus pechos y los mordía a la vez y ella rozaba su sexo con el suyo y sus nubes de viento.

—Por Dios nena —gemía Kevin. Vas a matarme así, me roza demasiado, loca, no sigas o me correré enseguida.

Y ella lo besaba mientras gemían y avivó el viento y el la sujetó fuerte y entró más adentro donde le esperaba la dicha de irse con él juntos en busca de la felicidad.

—Dios mujer, madre mía, eres la mujer más sensual y sexual que he conocido. Y me dejas salir o tendremos descendencia antes de lo previsto.

Y ella se levantó para que él fuera al baño.

Esa noche él se metió en sus nalgas y la hizo vibrar de placer y ella acogió a su pene y el murió de placer.

—Deja ya, nena que vas a tener que tratarme, doctora, chiquitilla y mira.

—¡Tonto, estás muy bueno!

—Lo sé.

—Vanidoso.

—No, tonta, Tú sí que estás buena, te lo digo en serio. Nunca he tenido tanto sexo ni tan bueno como esta noche.

—Me lo dices para subirme el ego.

—Nada de eso. Te lo digo porque es verdad, eres muy caliente, —le dijo besándola.

—¿Y no te gustan las mujeres calientes?

—Me encantan. Eres como un regalo que cuando se abre te sorprende más de lo que esperabas. Siempre soñé tener una mujer caliente y ardiente y que me deseara. Es mi sueño. Claro que eso es el sueño de todo hombre.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro. Para un hombre, que una mujer sea sexual, ardiente y que esté con él, que le guste el sexo y que encima sea inteligente, guapa y trabajadora como tú. Mujer eres perfecta. Y me tienes loco, hueles tan bien... Tu piel es suave.

—Para que esta noche me vas a hacer demasiado feliz.

—Soy sincero y no sé Bea, qué va a pasar ahora.

—¿Qué quieres que pase?

—Quiero seguir contigo, salir contigo, acostarme contigo, hablar contigo y trabajar contigo.

—Nada más y nada menos.

—Es que creo que verte en el trabajo y pensar que no puedo tenerte de nuevo, me produce cierta desazón. Podemos probar a salir y ver qué tal nos va.

—¿Quieres eso?

—Sí, si no nos va bien, pues lo dejamos.

—Y seguimos trabajando bien, no vamos a cambiarnos, si le digo a tu tío que te cambie con Natalie va a pensar algo.

—Seremos amigos, te lo juro.

—Está bien rubio. Haremos eso. Me gustas demasiado.

—Ven aquí vamos a dormir ya sí, y se metió en su cuerpo grande, tomó su pene y se fue quedando dormida mientras él sonreía.

Era una mujer preciosa, lo sabía, pero no sabía que iba a sentir tanto con ella. Era como estar en casa, entrar en casa, sentirse en casa con ella. Iba a ser la mujer de su vida, lo sabía, iba a enamorarse sin remedio. Era todo lo que había soñado. Tener que venir del otro lado del mundo para ser suya. No se la dejaría a Nick ni loco ya. Ahora era su pareja.

La mañana siguiente se levantaron tarde y se ducharon desayunaron y volvieron a acostarse.

—Estás loco Kevin, luego dices que soy caliente, eres un hombre muy sexual.

—Mujer ya nos levantamos para comer y echamos la siesta en el sofá.

Mientras ella preparaba algo de comer, él subió a su casa a por ropa limpia y bajó de nuevo.

—¿Qué haces de comer? Traigo una tarta.

—Para el café, sí.

—Necesitamos azúcar nena, no sabes la energía que hemos perdido.

—¿Quién es el culpable? —y la cogía por detrás.

—No empieces Kevin que tengo la comida puesta y me voy a quemar. —Le decía riéndose. — Bueno, te ayudo.

—Haz la ensalada.

—Como quiera mi doctora.

—Comieron entre risas contándole Kevin anécdotas de la universidad y al final recogieron la comida e hicieron el café, lo tomaron en el salón y ella se puso en sus piernas tumbada.

—¿Así vas a comer la tarta? te vas a ahogar doctora.

—Es verdad —y se incorporó.

—Ya está —cuando acabó, y se tumbó encima de él de nuevo.

—¡Que guapa eres! ¿No estás arrepentida?

—Nada de nada de nada. Tengo un tío bueno al que mando en el trabajo y en la cama a veces.

—¡Ah, amiga! En la cama me dejarás mandar alguna vez si no mi hombría se verá resentida por tu culpa y no se me levantará.

—¡Que tontorrón eres!

—Te lo digo en serio, no me mandes mucho.

—Sabes que en el trabajo somos compañeros.

—Es verdad.

—¿Cómo son tus padres?

—Enfermeros radicales —Y ella se reía.

—¿Eso qué quiere decir?

—Son trabajadores extremos.

—¿Y qué tipo de chica quieren para ti?

—Para mí, lo decido yo.

—A veces los padres hablan.

—Sí, bueno, quieren una buena chica, que me quiera y les guste, supongo que como los tuyos.

—Sí, mi padre es algo más exigente con su niña, pero quiere un hombre trabajador y bueno, que me quiera y me haga feliz.

—Pues ya está, tienes a tu enfermero que de momento te hago feliz. Te pongo buenas inyecciones.

Kevin, la hacía reír, al margen de todo, la hacía reír, y necesitaba eso también en su vida.

El domingo después de cenar, él se fue a su casa después de abrazarla y besarla y dedicarse la tarde a hacer el amor y ella se quedó sola.

Y pudo pensar, se dio una ducha y se fue a la cama. Todo olía a Kevin, la cama la otra almohada, su cuerpo.

—¡Oh, Dios! —y llamó a Natalie.

—Hola amiga! —¿Es muy tarde?

—Nunca para ti.

—¿Estás con Wes, tu amorcito?

—Aquí al lado, pero no te preocupes, tengo que decirte que tengo un anillo en el dedo.

—Será posible... ¡Hola Wes!

—¡Hola Bea encanto!

—¡Enhorabuena!

—Gracias guapa, —le dijo Wes. Te pongo a Natalie.

—Enhorabuena, te lo mereces.

—¡Ojalá tú!...

—Calla te tengo que contar.

—Qué...

—Me he acostado este fin de semana con Kevin.

—Kevin, Kevin... el enfermero tuyooooo.

—El mismo, Natalie.

—¡Joder está bueno, amiga!

—Sí, ha sido genial, pero tengo miedo.

—A qué.

—A que me pase lo mismo que con Nick.

—Olvídate ya de ese tonto, ese no va a cambiar nunca.

—Es verdad, ¿sabes que los vi a él y a Lucas en el local, el sábado cuando fui con Kevin?

—¿A Lucas?

—Sí, estaban con dos chicas, acarameladitos.

—¿En serio?

—Sí, pero no le digas nada a ella, no sabemos si eran amigas o qué, pero las formas no me gustaron.

—¡Joder! como se entere Brenda...

—No le digas nada. Solo te llamo para contarte lo mío, ha sido un sábado y un domingo increíble.

—¿Te gusta?

—Mucho, es lo que quiero, gracioso y es un amante excelente.

—No lo dejes.

—No pienso, estamos saliendo, me lo ha pedido.

—Genial. Te lo mereces, espera que se lo diga a Wes —y se oía a Wes, ¿qué es?...

Y se reían.

—¡Ah, Dios Bea, ¡me caso pronto!

—¿En serio?

—Sí, he vendido la casa.

—¿Ya?

—Sí, y me he mudado con Wes.

—No me lo puedo creer, tienes que darme la dirección.

—Te la pasaré por mensaje.

—Vale, espero que nos veamos esta semana, la que viene me voy a los viñedos ¿Te vienes?

—Voy a ver a mi tío Mateo a Nueva York, es un viaje, pero hace tres años y medio que no lo veo, me ha invitado y lo pasaré con él allí. Además, se ha echado una novia al parecer, quiero conocerla.

—¡Cuánto me alegro!, es el mejor tío del mundo. Dale recuerdos míos.

—De tu parte. Es el mejor, lo sé, por eso voy, bueno te dejo, era solo para decirte que por fin vuelvo a sonreír, a ser optimista.

—Me alegro tanto Bea. Te quiero amiga.

—Y yo a ti, nos vemos mañana. Adiós, dale besos a Wes.

—De tu parte.

Se iba a casar su amiga, si se lo hubiesen dicho meses atrás no se lo hubiese creído, siempre fue Daniel, y fíjate, menos mal que estaba en Alemania.

Y recibió una llamada de teléfono nada más colgar a esas horas de la noche... era Nick, ¡Joder! ¿Qué quería fastidiarle el fin de semana?

—¡Hola Nick!

—¡Hola Bea ¿Cómo estás?

—Muy bien, y quieres...

—¿Estás saliendo con ese tío?

—Sí, ¿te importa?

—Claro que me importa.

—¿Y eso por qué?

—Porque creía

—No creías nada Nick, tú y yo, terminamos hace casi seis meses, ¿me tomas por tonta? Creo que debes ponerle a la chica que iba contigo tus normas, al final yo, me he salvado de ellas.

—Bea, puedes llamarme cuando quieras.

—¿No me digas? ¿ahora? Ahora no necesito llamarte para nada Nick, creo que aún no te enteras de que no hay nada entre nosotros, que no quiero saber nada de ti.

—Está bien, adiós, Bea.

—Adiós Nick, que seas feliz.

¡Pero qué tipo tan estúpido! —Se dijo ella. Y tan raro, ya lo sabía, pero ahora no le gustaba nada, cómo pudo aguantarle alguna vez. Joder, no tenía nada que ver con Kevin, con Wes o con cualquier otro hombre que ella pudiese conocer. Era raro de cojones.

Quería que la dejase en paz y si la volvía a llamar eliminaría su teléfono de la lista, así de simple.

El lunes Kevin y ella tuvieron mucho trabajo, los lunes siempre tenían más trabajo que otro día cualquiera, era como si todo el mundo se pusiera enfermo el lunes. Terminaron bastante tarde de las visitas externas y pasar los datos. Como era tarde, dejó a Kevin pasando datos y fue a hacer

algunas visitas ella sola a las plantas, al menos se quitaría algunas habitaciones antes de comer. Cuando Kevin terminó fue en su busca y tomó las carpetas y terminaron una planta.

—A comer —dijo ella.

—Quitamos las otras dos después, y metemos datos, no nos da más tiempo, nos vamos a comer en un cuarto de hora, ¿tendrás?

—Sí, prefiero salir a mi hora

—Igual que yo, venga. El fin de semana que viene me han pasado una guardia el viernes. Que significa que entramos el viernes por la mañana y salimos el sábado por la mañana a las siete. De siete a siete.

—Menuda paliza.

—Sí, pero ganaremos un dinerito, luego tenemos para dormir el fin de semana. El siguiente me voy el viernes por la noche en cuanto salga, me voy a la carrera, me ducho y me voy a Austin.

—Te llevo al aeropuerto.

—¿De verdad?

—Claro Bea. Me voy a Austin y no me cuesta nada dejarte en el aeropuerto. Sí, nos damos una ducha rápida y te dejo allí. Te puedo recoger y venirnos juntos también.

—¿En serio?

—Sí, preciosa.

—No me digas eso aquí.

—Estamos solos.

—Loco.

¿Tú lo pasas en Austin con tus padres?

—Sí, los tres juntos, quizá vengan mis abuelos, aunque no quieren moverse de casa, o vamos a su casa o vamos a por ellos.

—Bueno, primero tenemos lo que nos queda y el viernes ya sabes.

Y esa semana cuando salían, a veces, se duchaban y hacían cena y la llamaba y ella subía a su apartamento o al contrario. Dormían juntos y ponían la alarma, se llevaban la ropa y se iban juntos, en un apartamento u otro.

—Nena, me voy a acostumbrar a ti. Dormir todas las noches contigo... ¡joder es!...

Y el viernes entraron como todos los días y a las cuatro se fueron a tomar un café y a urgencias. Cuando entraba una urgencia se hacían cargo y anotaban, de eso no se ocupaban, salvo si el paciente era ingresado y se lo adjudicaban o lo derivaban al especialista.

Cuando se fueron el sábado por la mañana, llegaron muertos, Kevin, fue a su casa y se duchó y ella hizo lo mismo, pero al rato lo tenía en su casa con dos desayunos que había comprado.

—Ay Dios, al final voy a quererte.

—Dos completos para mi doctora.

¡Qué hambre!

Y después se acostaron a dormir hasta la tarde.

Eran casi las cinco de la tarde cuando despertaron.

—Nena, son las cinco.

—Ummm, estoy muerta.

—Sí quieres que te despierte como mereces...

Pero Bea no se movía.

¡Qué mala! ¿No te piensas mover?

- Un poco, lo necesario, Si quieres...
- Eres tremenda anda acompáñame y se puso en marcha.
- Ya sabía yo que si te tocaba...
- Mi guapo enfermero... e hicieron el amor hasta casi quedarse de nuevo dormidos.
- Vamos vaguita, voy a hacer la cena.
- Tengo que hacer una compra. Salimos y la hacemos y cenamos por ahí.
- Sí una buena hamburguesa.
- Pues venga, estoy en chándal.
- Me pongo yo otro.

Hicieron una compra y tomaron una hamburguesa en una cafetería. Y se llevaron la compra a casa, ahora vuelvo o te vienes.

- Vente tú.
- Bueno me voy yo a dormir, pero mañana salgo a correr por la mañana un rato y trabajaré los pacientes del viernes, ¿te vienes?
- A correr, no. No puedo seguirte.
- Pues te llamo para comer en mi casa, ¿vale?
- Vale tío bueno.
- ¡Tonta!

Y así pasaron el domingo por la tarde y noche en casa de Kevin y se llevó la ropa para el lunes.

Y esa era su rutina, seguían la semana y ella tuvo miedo del puente, porque el miércoles se iba por la tarde. A Nueva York.

- Venga, bajo a tu casa, tengo ya el bolso hecho.
- Y yo, solo darme una ducha y pintarme un poco.
- Media hora, te dejo en el aeropuerto, tenemos tiempo.
- Mi tío va a recogerme.
- Me dejas más tranquilo.
- Vuelvo el domingo al mediodía.
- Estaré allí esperándote. Me dices la hora.
- A las dos o así.
- Vale, y nos venimos juntos, cielo.
- Tengo un taxista, necesito un coche, llevo diciendo un año y medio que voy a comprarme uno, y ahorro lo de las guardias para eso, pero creo que me lo compraré y luego pago algo mensualmente. En cuanto vuelva, me lo compro.
- ¿Nuevo?
- Sí pequeño y nuevo, para mí sola...
- Voy contigo a comprarlo.
- Sí, así me aconsejas.

Y el miércoles por la noche, la dejó en el aeropuerto, y la besó.

- Que lo pases bien nena.
- Y tú también. ¡Feliz Acción de Gracias!
- Te espero el domingo.
- Sí.
- Cuídate guapa.

Y la besó en el aeropuerto hasta cansarse.

- Que pierdo el vuelo bobo.
- Es que me cuesta ahora separarme de ti.
- Pero si van a ser unos días.
- A lo mejor te lo piensas y ya no quieres verme.
- Lo dudo chiquita. Anda vete ya,
- Adiós, mi enfermero guapo.
- Adiós mi doctora.

Parecía que no, pero había pasado tanto con Nick, que separarse de Kevin cuatro días, después de casi tres semanas intensas de cama trabajo y sexo, risas y lo que ella buscaba en un hombre, divertido y sexy, le produjo cierto miedo, sí, una inquietud a que Kevin, se lo pensara, una inseguridad a no tenerlo más a ella, que era confiada y confiaba en todo lo que le decían los hombres, bueno un hombre.

Cada día estaba más convencida de que Nick, como todos lo decían, le ocultaba algo, no era normal, no fue normal su relación. Ahora estaba para colmo en Nueva York, lo supo por Lucas cuando este fue a por Brenda y se enteró. No quería ni saberlo. Nada de él, le producía una cierta repulsión.

Lo que eran las cosas. No es que su historia con Nick fuese igual que la de Daniel y Natalie, pero algo similar le había ocurrido, —pensó con los ojos cerrados mientras iba en el avión pensando en todo. —era como si de estar por una persona, al día siguiente lo depreciaras y eso sentía, desprecio por ese tipo tonto, o como decían en su tierra, gilipollas.

Por eso mismo tenía miedo de que le pasara algo similar con Kevin, que esos días se lo pensara bien y dejara la relación, a ella, a esas sensaciones y momentos bonitos que compartían y se dio cuenta de que se había enamorado de Kevin. No fue como con Nick, a pesar de ser su primer hombre, no era igual y supo la diferencia. Con Kevin, todo era fácil, divertido. Además de ser su amante perfecto, era su compañero más divertido, se esforzaba por hacerla feliz, quería estar y pasar con ella todo el tiempo que tenían y también a veces, le dejaba espacio porque creía que la podía agobiar y no era así, ella quería pasar cada minuto con él, menos cuando corría por las mañanas. Y sonrió.

Era tan guapo, que le pidió a Dios que no se echara atrás, que fuese suyo para siempre. Era suyo, el hombre de su vida, lo sabía.

CAPÍTULO SEIS

Bea llegó a Nueva York casi de madrugada. Su tío la estaba esperando cuando salió por la puerta de embarque con Tess, una mujer de mediana edad, preciosa y elegante.

Abrazó a su tío y a Tess también. Era muy agradable y todo el camino hasta Manhattan, le fue contando a su tío lo que había hecho esos años y que salía con su enfermero, que era feliz y tenía un buen trabajo.

Por su tío se enteró de que su pareja trabajaba en una perfumería cara de Manhattan.

—¡Qué bien! me pasare por allí y les compraré los regalos de Navidad a mis amigas.

—Hay cosas preciosas, no solo perfumes, ya verás —le decía.

—Iré un día de compras.

—¿Has cenado? —le dijo su tío

—Sí tío, en el avión ¿y vosotros?

—También, antes de venir. Ya Tess tiene casi toda la comida preparada para mañana.

—Gracias Tess, de todas formas, si tengo que ayudarte con la comida...

—Un poco, pero lo haremos juntas a última hora. Después del almuerzo.

—Hace tiempo que no venía a Nueva York, hace nada estuve en Sevilla tío.

—Lo sé. Tus padres me lo dijeron ¿están bien?

—Estupendamente.

—Tengo ganas de verlos ya.

—Fui con mi amiga Natalia, ya la conoces, nos recorrimos toda Andalucía, en un mes.

—¡Madre mía, menudas vacaciones...

—Deberías llevar a Tess un año y así le enseñas tu tierra.

—Lo haremos un año de estos, seguro.

—Te va a encantar Tess.

Cuando llegaron, su tío le tenía preparada su habitación de cuando ella vivió allí.

—Mi antigua habitación, estoy muerta.

—Pues venga a dormir, ¿quieres algo?

—Agua, nada más y mañana seguimos hablando.

—Venga a descansar, que hoy has tenido un día...

Y les dio dos besos y las buenas noches. Sacó un pijama de la maleta y se acostó

Recibió un mensaje de Kevin.

—¿Has llegado mi niña?

—Sí, mi enfermero, estoy en la camita. Ahora me he acostado, estoy muerta de muerte natural, rendida, no podría hacer el amor contigo, ni, aunque quisiera.

—Exagerada. Te echo de menos chiquita, piensa en mí.

—No pienso en nadie salvo en ti, guapo.

—Te dejo descansar, mañana te llamo, te mando un mensaje antes.

—Vale rubio. Hasta mañana.

—Sueña conmigo y le mandó una carita con un corazón y ella le mandó otro.

—Parecemos dos adolescentes. Pensó feliz.

Pero eso era en realidad lo que siempre quiso. Sentirse una adolescente enamorada, y desde que estaba con Kevin, era feliz, tenía energía, era más risueña, trabajaban muy bien juntos y tenían gustos parecidos y en la cama eran más que compatibles. Amaba ese cuerpo y su sexo de lluvia.

—¡Ah! Debería dormir o se iba a excitar con solo pensar en él.

Se quedó dormida a plomo y a la mañana siguiente, se levantó más bien tarde.

—¡Hola dormilona! —le dijo su tío.

—¡Ay, tío estaba tan cansada! Llevo, dos semanas que no descanso con guardias de 24 hora

—Venga, Tess te ha hecho el desayuno, caliéntalo.

—¿Dónde está?

—Ha salido a comprar algunas cosas de última hora.

—Es preciosa tío. Tienes suerte, es elegante y buena, al menos lo parece.

—Lo es.

—¿Ha estado casada?

—No, como yo, nunca se casó, así que no tendremos hijos, pero te tenemos a ti aquí cerca.

En cuanto podamos vamos a verte, a ver dónde vives.

—Me encantaría. Estoy saliendo con un chico y te lo presentare a ver qué opinas. Es enfermero, mi enfermero, me lo asignaron. Es guapo, rubio, ¿quieres verlo? tengo alguna foto en el móvil.

—Pues claro, tengo que darle el visto bueno.

—Mira...

—Pero bueno, si es un chicarrón rubio, y alto, mi enanita, con un chico así.

—Es guapo, pero lo importante es que sea buena persona, te haga feliz y reír. Si no cumple esas tres condiciones además de ser trabajador, no hay nada que hacer.

—Lo sé, las cumple todas, pero soy muy feliz con él. Llevamos solo tres semanas saliendo.

—¡Qué alegría me das sobrina!

—¿Y tú eres feliz con Tess?

—Mucho, mi niña.

—Me gusta que no estés solo, quiero que tengas esa mujer preciosa y estés acompañado.

—Ya pensaba quedarme soltero.

—¿Cómo la conociste?

—Entré en la perfumería a por unas cuantas cosas de aseo y un perfume, me atendió ella y no sabía si estaba casada, a nuestra edad... pero no le vi anillos y me dije: esta mujer es para mí. Lo supe.

—Mi tío guapo, —y lo abrazó.

—Venga termina de comer, que estas delgada.

—Para ti siempre estoy delgada.

—Si es que pareces una adolescente, come más mujer...

—Sí como tío.

La cena estuvo magnífica, Tess se había esmerado y ella se lo pasó con sus tíos muy bien, hasta le llamaba ya tía Tess y Tess la tuvo que querer. Le ayudó a hacer los postres, antes de la cena.

—Va a sobrar comida para todo el fin de semana, tía.

—Mejor, así nos ahorramos hacer comida.

¿Mañana trabajas tía Tess?

—Sí y tú tío no debería, pero va a pasarse un rato por la mañana.

—¡Ah! pues voy a aprovechar para hacer las compras por la mañana.

—Ya sabes que la nevera está llena. Y allí hay una llave de casa.

—Vale.

Esa noche la llamó Kevin y estuvieron hablando casi una hora en la cama, contándose la comida y de ellos y lo que se echaban de menos y sus nervios dieron paso a la tranquilidad de saber que la llamaba todos los días, que estaba pendiente de ella y no por ella sino porque él también necesitaba oír su voz.

Al día siguiente viernes, se fue de compras, por Manhattan. Se dio una vuelta y al final entró en la perfumería de Tess, no la vio, pero compró unas bandejas de burbujas de jabones de baño a sus amigas.

Luego se fue de tiendas y les compró una falda igual para cada una, de distintos colores. Eso le hizo gracia y un jersey a juego de invierno y otro jersey para Kevin, precioso y caro.

Luego se compró ropa interior bonita, y dejó ya las compras, y se sentó en una cafetería a tomar café y lo llamó.

—¡Hola preciosa! ¿Qué haces?

—De compras.

—Tirando de la tarjeta.

—Aprovecho para las compras de Navidad, lástima que no me pueda llevar perfume, es cristal y no me lo permiten en el avión, que si no... ¡Qué bonita está Manhattan en Navidad! Te gustaría, creo que va a nevar esta mañana, hace un frío que pela, pero los escaparates están preciosos.

—Ya me gustaría estar contigo ahí en ese cafelito, bonita.

—Y a mí que estuvieras.

—Ya queda menos, tengo ganas de verte, chiquita, de verdad que hemos salido poco, pero eres importante. Les he dicho a mis padres que salgo con una chica preciosa y española y que es mi médica y manda.

Y Bea se reía.

—Así no les gustaré nunca.

—Pues te invitan en Navidades, si no tenemos guardias, o en fin de año, cuando nos toque las vacaciones.

—¿A tu casa?

—No, te dejamos en la calle tontilla.

—Me va a dar vergüenza. Nunca he ido a casa de ningún chico.

—Estaremos dos o tres días, o en fin de año o en Navidades, según las vacaciones que tengamos, ¿Qué me dices? No te negarás a la invitación...

—Sí, iré contigo, espero gustarles, ya estoy nerviosa.

—Nada boba, si mis padres son geniales, pero tienes que conocer a mis abuelos, eso es inapelable, a la nieta hay que conocerla.

—¡Qué loco estás! Por eso me gustas tanto.

—Yo diría que por ti estoy loco, pequeña.

—Yo también por ti, mi niño.

Por la noche cenó de nuevo con sus tíos y charlaron de todo. Se sentía en casa con ellos, si no fuese porque tenía a Kevin en Austin, Nueva York era parte de su vida.

Se lo pasaban bien y empezó a nevar por la noche. Estuvo pegada a la ventaba grabando la nieve y se la mandó a Kevin.

—Cuando estaba en la cama...

—¡Qué pasada nena, ¡qué bonito! Espero que puedas venir.
—Pues claro, no es un temporal.
—¿Qué vas a hacer mañana?
—Voy a dar un paseo por las calles por la mañana y por la tarde saldré con mis tíos. Vamos a ir a Brooklyn.
—Vaya mujer, no paras.
—¿Y tú?
—En casita, iré a casa de mis abuelos, me gusta estar allí hablando con mis ellos, saco a mi abuelo a jugar al dominó o en casa los dos solos.
—¡No me lo puedo creer!...
—Me gustará el dominó mujer.
—Es de viejos Kevin.
—Lo sé, pero qué quieres...
—Me encantas.
Tú a mí también.

Lo que no se imagina Bea era que al día siguiente iba a ver a Nick, del brazo de una chica entrar a una cafetería de Manhattan cuando salió a pasear y ver escaparates. Seguro que estaba haciendo un curso, pero... ¿Era él, o era su imaginación?

Pues iba a entrar en la cafetería, no tenía miedo de nada. A esas alturas, ya nada la iba a sorprender. Iba a descubrir a ese Nick oculto y raro.

Entró en la cafetería sacudiéndose la nieve y allí estaban, sentados en una mesa. Nick parecía que se había puesto nervioso al verla, No se la esperaba.

Ella se acercó a su mesa, con una sonrisa y lo saludó y supo que él no tenía sitio dónde esconderse.

—¡Hombre Nick! ¿Qué haces aquí, has venido a dar un curso?
—¡Hola Natalie! Sí, —se levantó y le dio dos besos. ¿Qué haces en Manhattan?
—He venido a pasar el puente con mi tío Mateo, y me he dado una vuelta. Me sorprende verte, la vida es un pañuelo de Randolph aquí. ¡Qué coincidencia!
Bea, se quedó mirando a la chica, guapa y alta, pelirroja.
—¿No me presentas Nick?
—Perdona, te presento a Ross...
—Su novia, —dijo la chica saludándola con un apretón de manos —encantada.
—Encantada, me alegro mucho, qué callado te lo tenías Nick, te habrá hablado de mí, salimos juntos, claro que lo dejé hace cuatro meses. Diferencias irreconciliables, ya sabes, pero somos amigos, ¿Verdad Nick?
—No, lo siento, no me ha hablado de ti, salimos hace año y medio.
—¡Oh, lo siento! No lo sabía.
—Ni yo tampoco.
—Tampoco salíamos todos los fines de semana, alternos más bien. Ahora tengo novio y él también, me alegro de conocerte, Ross. Vaya, Nick hijo... Entonces lleváis año y medio comprometidos...
—Un año y medio, pero lo veo menos de lo que quisiera, claro que me voy ya esta vez con él allí vivir. No podemos estar separados tanto tiempo.
—Es verdad. Eso me pasa con mi novio a mí, además es lo mejor que puedes hacer. Los hombres son tan infieles...

—¿No tienes anillo? —Le dijo la chica.

—No aún no, llevamos poco tiempo saliendo, pero es intenso y especial. Y quiero estar segura del todo. Bueno, nos veremos por Randolph

—Sí, Nick ha comprado una casita, y viviremos allí Eso de estar yendo y viniendo él los fines de semana, no vamos a ahorrar un céntimo —y ella vio que no tenía Nick lugar donde meterse.

—Ah no lo sabía, qué callado te lo tenías Nick...

—Sí, os iba a invitar para estrenarla.

—La voy a amueblar. —Dijo Ross —Seguro que tienes buen gusto. ¿En qué trabajas Ross?

—Bueno, aquí estaba buscando trabajo. Espero encontrarlo en Randolph, me gusta la moda, vender en una boutique o algo así, una perfumería, me daría igual.

—Seguro que la encuentras, aunque aquello no es Manhattan, seguro tienes suerte. Bueno chicos os dejo, me alegro de haberte visto. Y enhorabuena.

—Adiós Bea.

—Adiós Ross, que tengas suerte.

—La tengo.

—Lo sé —y sonrió.

Tomó el café en la barra y les dijo adiós con la mano y una sonrisa amplia.

Cabrón, cabrón, cabrón, iba diciendo por la calle. Y llamó a Kevin.

—¡Hola mi doctorcita preciosa! ¿Me echas de menos?

—Desde luego que sí, pero no te imaginas qué...

—Qué pasa nena...

—Me he encontrado a Nick en una cafetería. Se ve que o está dando un curso o ha ido por su cuenta.

—¿En serio?

—No te pongas serio cielo, esto es lo mejor.

—Dime...

—Está comprometido con una chica pelirroja desde hace año y medio. Casi antes o después de conocerme. ¿Imaginas?

—Es un cabrón.

—Acabo de bloquearlo. Tiene la chica, que es simpática un anillo de compromiso. Por eso iba un fin de semana a Nueva York y otro conmigo.

Se lo tenías que haber dicho a la novia.

—No, si se lo he dicho que salimos y lo dejamos hace cuatro meses. Espera que lo asimile. Que se lleve lo que se merece.

—También es cierto.

—Bueno, pues ya sabes, nada de fidelidad. Era un cabronazo de tres pares. Cuando se lo cuenta a las chicas no se lo van a creer.

—Y que lo digas.

—Pues mira estoy contenta.

—Sí, pero no quiero que te envenenes por el pasado cielo.

—No lo haré, tengo a mi enfermero, total si me acosté cinco veces escasas con él, si se iba a Nueva York y nos veíamos fin de semana sí y tres no.

—Pues mejor para mí. Estoy deseando verte mañana nena.

—Y yo a ti.

- No te preocupes y no pienses.
- Vale no lo haré.
- Salvo en mí, guapa.
- ¡Cómo no!
- Bueno voy a llegar, te dejo.
- Besitos cielo.

Y cuando llegó a casa, aún no había nadie, estuvo comiendo y llamó a Natalie para contarle lo que había visto de Nick.

- No me puedo creer, ¿Y estos lo sabrían?
 - ¿Quiénes?
 - Lucas y Daniel.
 - Si lo sabían desde luego... yo creo que no, que eso lo tenía Nick bien escondido.
 - Menos mal, qué casualidades, amiga. Pero ahora eres feliz.
 - Lo he bloqueado.
 - Mejor. No hables con él, que no te dé explicaciones. Es un lobo con piel de cordero, tantas vueltas a las cosas cuando son tan claras, ha jugado contigo y punto, no te quería, si no, tú tendrías el anillo.
 - Exacto y gracias que no lo tengo. Y tiene casa aquí ya.
 - ¿Sí?
 - Ha comprado una.
 - ¡Qué cabrón!
 - Bueno, que se joda, yo no pienso ir a su casa.
 - Puede ir Natalie, por mí, no lo hagas.
 - Ni loca, si quiere ir Brenda que vaya, yo con los hijos de puta, no me junto.
- Y Bea se reía.
- Bueno amiga te dejo, vuelvo mañana, voy a recoger un poco que esta noche voy con mis tíos a Brooklyn.

Y allí cenaron y tomaron café, charlando de todo.

- ¡Ay, tío, que corto se me ha hecho el tiempo!
- Pero al menos has venido a verme, espero que vengas más.
- Sí, aunque en Navidades, tengo una parte guardia y otra voy a casa de Kevin, quiere presentarme a sus padres.
- Eso va en serio entonces. Me gusta ese chico.
- Eso parece. ¿Crees que les gustaré?
- Pues claro sobrina, eres buena, linda y trabajadora y nunca te he visto tan feliz y con ese brillo en los ojos, estás más guapa y te has comprado ropa bonita.
- Me ha comprado Tess querrás decir.
- Es que nunca he tenido una hija
- Pero Tess, te has pasado. No seas tonta, te lo mereces.
- Gracias, y la abrazó, tendré que apretar la maleta.

La llevaron el domingo al aeropuerto y se abrazó a ellos.

- Gracias por estos días.
- No esperes otros tres años para venir ¿eh?

—No lo haré, vendré a menudo.

—Trae al chico alguna vez. Venga tonta, tu tío es liberal y si ya dormís juntos, tienes tu habitación. Es tuya. Me lo traes la próxima vez.

—Bueno, a ver si encontramos un hueco.

—Os quiero, me alegro de que estés con mi tío, Tess, no podría querer a una mujer mejor que tú para él.

—Gracias guapa. Eres una chica maravillosa.

—Cuidaos.

—Y tú, mi niña.

Cuando llegó a Austin, y salió guapa y bien vestida por la puerta de embarque, allí estaba tan guapo, su rubio, el amor de su vida, lo sabía y al verlo, se puso nerviosa, le palpitaba el corazón, se fue hacia él, soltó la maleta y se abrazó a Kevin, que la subió en alto besándola como un loco.

—Loco que estás...

—Mi niña, es que echo tanto de menos...

—Y yo a ti.

—¡Qué guapa vienes, esa ropa es nueva!

—La mujer de mi tío se ha empeñado en comprarme ropa y tengo aplastada la maleta, me toca plancha.

—Yo te plancho en la cama en cuanto lleguemos.

—¡Que tonto!

—Me tienes excitado, estás guapísima Dios, anda vamos, tengo el coche en el aparcamiento.

—Tenemos una hora y poco para llegar a casa.

—¿En tu casa o en la mía?

—Estás tan loco...

—Dame otro besito nena —y le dio otro beso al montarse al coche.

—No me cuentes nada, lo sé todo, eres una parlanchina.

—Yo era extrovertida, pero contigo se me desata la lengua y quiero contarte todo, me pasa como con mi amiga Natalie.

—Me cae bien Natalie.

—¿Quieres que quedemos una noche y salgamos los cuatro?

—Me gustaría conocer a su constructor.

—Pues se lo digo y Brenda, ya veremos, como está Lucas... los invitaremos.

—Está bien, ¿qué tal por Nueva York?

—¡Qué frío nene!

—Ya te calentaré yo.

—Me encanta la nieve y la he pillado dos días, preciosos los escaparates, te dan ganas de comprar todo, pero necesito el coche, ya. Bueno, no es necesario, pero sí debo comprármelo. Si no es por ti, tengo que coger autobús o tren, y luego un taxi.

—¿Cuánto tienes ahorrado para el coche?

—Un año y medio de guardias. Pues tengo y he hecho muchas, dos al mes, creo que no tengo que pedir, lo tengo en una cuenta aparte, unos diez mil dólares.

—Mujer con eso tienes para comprarte uno más o menos en condiciones.

—Es que no quiero gastar lo que voy ahorrando del sueldo, eso lo tengo aparte.

—Encontraremos ofertas de Navidad y verás. Si no lo quieres excesivamente grande...

—No pequeño, tipo Nissan micra, Ford fiesta nuevo, algo así.

—Para eso te sobra. Puedes comprarte uno mejor. Buscamos. Ya verás.
—Estoy ilusionada con tener un coche. Necesito conducir que voy a perder la costumbre ya. Creo que daré un par de semanas de clases, para todo debo tener con eso.
—No necesitas clases, tienes a tu profesor.
—¿Sí?
—Sí, venga, nada de gastar en tonterías que viene Navidad.
—¡Que haría sin ti —y echó su cabeza en su hombro!
—¡Qué bien hueles siempre Kevin! —y éste sonrió.
—Y tú, también nena.

Cuando llegaron a casa de Bea, dejaron los bolsos y Kevin, la cogió en alto y se la llevó besándola a la cama

—Estás loco, si no hemos ni llegado...
—No me importa, tengo que llegar y va a ser en poco tiempo, nada de parafernalias nena, te he echado de menos

Y se quitaron la ropa rápidos y entre prisas y risas y Kevin, se colocó un preservativo y entró en ella con fuerza.

—¡Ah nena! esto estaba esperando, joder. No voy a aguantar nada, no me aprietes tanto, que no... Bea, mujer, te lo digo en serio.

Pero Bea estaba en su mundo, recibiendo a Kevin, el hombre que la hacía sentir completa en todos los sentidos y se movía rápida apremiándole, deseando recibir su cuerpo de hombre vaciándose en ella... y lo hizo.

—Joder Bea no me dejas ni...
—Shh, tenemos tiempo, te necesitaba.
—Si es por eso... —la besaba tierno. Uff estaba tieso ya.
—Ahora vengo.

Cuando volvió ella estaba echada boca abajo y ocupaba con sus brazos extendidos toda la cama.

—¿Conque esas tenemos?, ni un ladito, nena me dejas.
—Estoy relajada.
—Anda déjame boba, échate en mi cuerpo. Me gusta sentirte.
—Ummm. ¡Qué bueno estás Kevin! me gusta tu cuerpo, tu piel, tu sexo...
—Me vas a poner de nuevo nena.
—¿Has comido?
—Sí, ¿y tú?,
—También
—Pues entonces, me queda comerte de nuevo.
—¡Ay, Kevin! mi loco enfermero, le decía mientras este se metía entre sus piernas, chupando los pliegues de su sexo chupándola entera hasta sacar su nieve espesa y blanca.

—¡Oh, madre mía! Kevin, Oh Señor, que...
Y él reptó por su cuerpo pequeño hasta llegar a su boca y decirle labio con labio:
—Me encanta ver que tienes un orgasmo, te pones guapa.
—Calla bobo.
—Es verdad, —y la besó.
—Estaría siempre haciéndote el amor, claro su aguantara sin parar —y ella se reía.
—Aguantas bastante mi niño.

—Quiero que estés satisfecha.

—Lo estoy y lo compruebas.

—Sí, eso es verdad. Nosotros no tenemos que fingir.

—¿Qué vamos a fingir?

—Hay mujeres que fingen un orgasmo, pero yo sé que lo tienes y cuándo vas a tenerlo.

—¡Qué listo es mi enfermero!

—He estudiado.

Y ella le dio en el hombro.

—¡Ay maltratadora!

—¿Ah sí?, espera y verás, y bajó a su pene y lo puso tieso con su boca, lamió la longitud de su sexo, lo chupó y movió con sus manos al viento, mientras Kevin gemía con los ojos cerrados para sentir el deseo que Bea le producía, hasta correrse y liberar la dicha libre y mojada de su cuerpo.

—Dios mujer, para ya un poco.

—Ummm...

—Deja que respire y tome un café. Loca del sexo.

—Ay sí, ahora tomamos un cafelito, que mañana trabajamos.

—Luego voy a darme una ducha y me cambio y me traigo la ropa para mañana ni pienso dejarte esta noche sola.

—Haré lo mismo. Te vas a acostumbrar mal.

—Y tú también y creo que no es mal, es bien.

—No voy a dormir solo esta noche.

—Mi guapo...

Y se abrazaron y estuvieron un rato descansando.

Cuando tomaban el café en el salón medio desnudos...

—¿Vamos a pedir guardia en Navidad preciosa?

—Una debemos tenerla por fuerza, no sé si en Navidad o fin de año, pero nos toca sí o sí, alguno de los dos. ¿Cuál prefieres?

—No sé, me gusta la Navidad, es familiar, pero por otro lado si vamos a Austin, podemos salir y ver los fuegos.

-Aún queda tiempo y lo pensamos, además, tengo que hablar con Natalie. Nos pondremos de acuerdo, cielo.

CAPÍTULO SIETE

El tiempo pasaba y la felicidad abrazaba a Bea. Brenda se enteró de lo de Nick, se lo dijo Natalie y esta se lo preguntó a Lucas, pero éste le juro que no sabía nada, se quedó tan asombrado como ella. Efectivamente, se la trajo después de Acción de Gracias, pero cuando hacían alguna reunión, solo iba Brenda y Lucas, ni Natalie ni ella acudían.

Sí que salieron una noche antes de Navidad con Wes y Natalie.

A Wes le cayó muy bien Kevin y fue mutuo, congeniaban bien y tenían un similar sentido del humor.

—Trátame bien a mi Bea pequeña. —Le dijo Wes—. Es la mejor amiga de Natalie, y es maravillosa y buena.

—Lo sé, estoy loco por esa pequeña.

—Igual que yo por Natalie, me casaré con ella el año que viene. No espero más. Es la mujer de mi vida.

—Lo mismo te digo, creo que si me guardas el secreto le regalaré un anillo en San Valentín. Ya llevamos unos meses y quiero presentarla a mi familia en Navidades.

—¿Al final habéis cogido Navidades?

—Sí, y vosotros fin de año

—Nos da igual, mientras estemos juntos...

—Tú tienes más suerte, le dijo Wes, estás todo el día con ella.

—Sí, además me gusta trabajar a su lado, es excelente para trabajar en equipo.

—Tenemos suerte, Kevin.

—Sí, la tenemos.

—Espero que salgamos más veces.

—Por supuesto que sí, si son amigas íntimas no nos va a quedar más remedio.

Luego Kevin le dijo a Bea que Wes le había caído muy bien.

—Es un hombre especial para Natalie.

—¿Y yo soy especial para ti?

—¿Tú que crees, mi niño? Eres el hombre más especial que he conocido y eres mío. De nadie más, que lo sepas.

—¿Soy tuyo? —Le dijo entrando por la puerta.

—Sí, como te vea con otra, te enteras rubio.

—¿Me vas a salir celosa? —abrazándola por detrás.

—Un poco.

—Me encanta.

—Tontorrón —y se la echó al hombro.

—¡Ay, Kevin!, será posible como me coge...

—Voy a demostrarte lo tuyo que soy...

Era genial estar con Kevin, acostarse con Kevin, bromar con él y vivir y trabajar con él. No podía ser más feliz. Hacían la comida unas veces en casa de él y dormían allí, otras en la suya, a

veces él compraba tartas y o que no conseguía era que se fuera por las mañanas a correr con él.

—Nena tienes que hacer ejercicio.

—Si ya hago contigo. Vamos el sábado a por mi coche.

—Si quieres...

—Cuando limpie, haga la compra, vamos y comemos fuera. Te invito por asesorarme en mi nuevo coche.

—Una comida no está mal... Si, te fias de mí...

—Pues claro.

—Pues vamos entonces.

Y el sábado compró su coche, toda ilusionada. Era más grande de lo que pensó en un momento, pero estaban de oferta y él la animó, nuevo de color blanco como a ella le gustaba, con toda la seguridad y un seguro y no pasó de los diez mil dólares que había ahorrado para ello.

—¡Qué pena! Ya no tengo mis diez mil dólares.

—Bueno mujer, puedes ahorrar tus guardias para otra cosa que quieras más adelante.

—¡Sí, las guardias y parte del sueldo ahorro!, Y tengo parte de lo que gané en España esos dos años, no demasiado, pero tengo algo.

Y Kevin tenía también otra idea., pero la dejaría para más adelante.

Por las tardes al menos tres de ellas y los fines de semana, le hacía que cogiera el coche y al final se soltó conduciendo.

—Es muy fácil sin marchas.

—En España es más complicado.

—Pues claro guapa, si conduces bien.

—Me lo llevo a Austin.

—Si quieres...

—Puedes conducirlo.

—El mío es mejor.

—Pero el mío es nuevo.

—A ver quién es la competitiva ahora.

—Lo echamos a suertes.

—Mejor.

—Kevin, le dijo el fin de semana antes de ir a la casa de él.

—¿Estás seguro de que esto invitada?

—Pues claro, mujer, te esperan.

—Tengo un poco de nervios.

—Que les vas a gustar ya verás... No te preocupes tanto.

—Llevo algo de comida, galletas o dulces.

—No hace falta.

—Llevaré algo, compraré galletas en la pastelería del centro comercial, son buenas.

—Haz lo que quieras, pero hay de todo.

—Para no ir con las manos vacías.

Iban camino de Austin, en el coche de Kevin, le toco el suyo. Y ella iba un poco nerviosa, se había puesto lo más guapa posible, para caer bien y dar buena impresión a los padres de Kevin, y llevaba galletas hechas de la pastelería.

Cuando llegaron a Austin, los padres de Kevin, tenían una casa en las afueras preciosa,

impresionante, con jardines y una verja de entrada.

—Kevin.

—Dime preciosa.

—Esta casa es ...

—La de mis padres

—Sabes a qué me refiero, eres un chico rico y pijo.

—Me conoces.

—Pero en esta casa no vive cualquiera.

—No, viven mis padres, la heredaron de mis otros abuelos, nunca compraron una casa, solo la reformaron.

—¿Y tus otros abuelos, los que viven?

—En esa de al lado.

—¡Madre mía, Kevin! Creo que me voy a poner a hiperventilar. ¿Por qué no me lo has dicho?

—¿Que debía decirte pequeña?

—Que tus padres vivían en una casa que vale un pastón.

—Venga pasa tonta, solo vamos a estar dos noches. —Y le dio un empujón.

—¡Ay tonto! Me caigo.

Subieron unas escaleras redondeadas a un precioso porche y Kevin llamó a la puerta. Una señora abrió, debía ser una sirvienta porque llevaba un delantal blanco.

—¡Hola María!

—¡Hola mi niño, y lo abrazó ¿A quién me traes?

—A una chica estupenda y preciosa.

—Sí que lo es.

—¡Hola María!

—¡Hola, guapa! pasa.

—Mamá, papá —llamó Kevin.

Y ella se quedó atrás mirando la preciosa e inmensa casa de techos altos y muebles de lujo. Era una casa de concepto abierto y María se fue a la cocina. Tenía una isla inmensa y sus padres bajaban por unas escaleras que debían medir más de dos metros de ancho.

Eran lo que ella siempre había llamado señores o señoritos de pasta. Se les notaba, no les gustaría para su único hijo, lo sabía.

Abrazó a sus padres y se los presentó.

—Es Bea, mi doctora.

—¡Hola Bea, cariño! —le dijo la madre abrazándola. Y su padre también la abrazó.

—¡Que guapa Kevin!

—Mi hijo siempre ha tenido buen ojo para las chicas.

—Ven Bea, siéntate aquí, que María lleve las maletas a las habitaciones,

—Yo puedo mamá —dijo Kevin.

—Bueno, pues ve, y las llevas, mientras hablamos con Bea.

—Bueno dime, me ha dicho mi hijo que eres médica.

—Sí, señora.

—Nada de señora, llámame Corina y mi marido es Fran.

—Mi padre también se lama así.

—¡Qué coincidencia!

—Mi hijo es muy feliz contigo.

—Espero, yo también con él, es muy especial.

—Sí, se merece ser feliz, no siempre lo ha pasado bien, sobre todo cuando tuvo ese accidente en el instituto.

—Ah sí, pero de eso hace tiempo —Dijo el padre.

—Si ya hace tiempo.

—Ya apenas tiene brotes.

—Yo no se lo he notado.

Bea no sabía qué pasaba allí. Y en cuanto volviera tendría que saberlo. Necesitaba el historial médico de Kevin.

—Bueno, cuéntanos de dónde eres, todo queremos saberlo.

Y ella les fue contando dónde vivía que sus padres eran humildes, y cómo estudio con beca en Nueva York.

Kevin bajó y se puso a su lado.

—¿Ya estamos con el interrogatorio?

—Este hijo mío, cómo vamos a conocer a Bea si no.

La verdad que el miedo que sintió y los nervios desaparecieron, los padres eran encantadores y sencillos a pesar del aspecto exterior y la casa.

Al cabo de un hora y media, él, le dijo que iban a casa de los abuelos, así terminamos el interrogatorio total.

—Bueno, os esperamos para cenar. Porque seguro que os dan el almuerzo.

—Seguro, luego venimos.

—¡Vale hijo!

—¿Qué tal? —Le dijo Kevin a su madre cuando, Bea hablaba con el padre.

—Me encanta, es preciosa y encantadora, pero no le has dicho nada.

—¿Por qué no le has dicho nada?

—Porque no es importante.

—Pero si vuelve...

—Mamá cada vez son más espaciados.

—Díselo hijo.

—Está bien, se lo diré. ¿Habéis dicho algo?

—Sí.

—¡Joder mamá!...

—¿Y si te da y se asusta?

—Es médica, no se va a asustar.

—Pues ya no te quedará más remedio.

—¡Está bien! Cuando volvamos, seguro que quiere saberlo.

—Me gusta mucho, es sencilla.

—Mamá, la quiero.

—¡Ay, hijo! Nunca pensé verte así, tan feliz.

—Le regalaré un anillo en San Valentín.

—¡Qué romántico eres! Te quiero, cielo.

—Y yo a ti mamá.

Y fueron a casa de los abuelos, no te asustes.

—Mi abuelo te va a hacer una relación de preguntas para un currículum de una empresa petrolífera.

Y ella se reía.

—No me importa.

Y a los abuelos les cayó muy bien. Sobre todo, el abuelo que era un dicharachero e irónico de narices y como dijo Kevin, almorzaron y todavía en el café siguió preguntando. Nunca había contado tantas veces su vida, pero el abuelo sabía hasta cuando tenía guardia.

Y sacó el dominó y tuvieron que jugar al dominó. Ella que nunca había jugado, y los tres, y ganó un par de veces. Tanto abuelo como nieto eran competitivos, y la abuela se reía.

—Si les ganas te odiarán. —Le dijo la abuela. Son tremendos, iguales. Mi Kevin es como su abuelo de joven, pero es nuestro único nieto. Y lo tenemos cerca.

—Trabaja bien, sí, me obedece —y la abuela se reía.

—Eso está bien, —eres la jefa.

—Abuela, estoy contento de obedecerle.

La verdad es que pasaron una tarde divertida con los abuelos. Luego ellos antes de irse vieron los jardines, los abuelos no quisieron salir por el frío, pero tenían unas casas maravillosas.

—Se qué estás pensando nena, pero mi abuelo trabajó en una empresa petrolífera, y mi otro abuelo también, eran amigos y se compraron estas casas juntos, así se conocieron mis padres.

—Son preciosas, sí, en ese tiempo ganaron mucho dinero los dos.

—Son preciosas.

—¿Te gustaría vivir en una casa así?

—No cielo.

—¡Que rotunda!

—Sí, —y se rio, —no sé por eso, son preciosas, pero me gustaría vivir en una casita, sí, no en un apartamento, que al final viviré siempre, pero una casita pequeña como la de Natalie, o más pequeña quizá. Esto es una mansión y hay que mantenerla, nene.

—Es verdad.

—Una casita recogida para los dos con cuatro habitaciones y una sala y un despacho abajo, un patio y piscina.

—Esa que la haga Wes —y se rieron.

—Anda vamos a cenar, nos están esperando.

Después de la cena, estuvieron, tomando café y charlando hasta la hora de irse a dormir.

Ella sabía que iba a dormir en una habitación sola, pero a mitad de la noche, Kevin se fue a su habitación.

—Estás loco, como nos pillen tus padres...

—Nena, te necesito, me voy temprano, de todas formas, voy a correr temprano, me he venido con la ropa de correr.

—¡Ay, Dios! —decía bajito.

—Así que no hagas ruido, prohibido gemir.

—Pues no sé cómo.

—Te taparé la boca.

—Y me ahogaré.

—¡Qué bobita eres!...

—Se quedó con ella por la noche y efectivamente, al despertarse Bea, Kevin se había ido a correr.

Se quedó un rato más en la cama, se levantó, se duchó y se vistió, unos vaqueros, y un jersey, unas botas altas de tacón bajo.

—¡Hola buenos días!

—Hola Bea siéntate y desayuna, Kevin ha ido a correr, como siempre.
—Ya, lo sé.
—¿Has pasado buena noche?
—Sí, la casa es silenciosa, es preciosa.
—Sí, me gusta vivir en las afueras, mañana trabajamos, tenemos guardia.
—Nosotros el 26, pero Kevin quiere irse mañana, no hay problema.
—Cuando volvamos del trabajo, al menos nos despediremos. Esta noche tenemos cena, vendrán los abuelos, lo vamos a celebrar aquí.
—¡Hola! —dijo Kevin, entrando, ¿ya estás desayunando?
—Sí.
—Ahora vuelvo.
—Se dio una ducha y bajó a desayunar. Bea tomaba la segunda taza de café y charlaba con su madre.
—¿Qué vais a hacer hoy?
—Vamos a dar una vuelta por Austin y venimos antes de la cena, después del café.
—¿No almorzáis aquí?
—No mamá, le voy a enseñar a Bea la ciudad.
—Está bien, no vengas tarde.
—Claro que no, mamá, para la cena.

Y ese día lo pasaron por la ciudad, Kevin le enseñó los sitios más bonitos, aunque ella había ido alguna vez, no había visto nada. Así que la llevó a ver el capitolio, el lago Bird Lady, el centro de la ciudad adornada de Navidad. Almorzaron en una cafetería del centro y tomaron café en una terraza, aunque era invierno, el tiempo no era malo para tomar un café fuera, al solecito.

La cena de Navidad fue maravillosa y se rio un montón, sobre todo con el abuelo.
Y esa noche también Kevin se coló en su cuarto,
—Nos va a pillar tu madre y me dará una vergüenza terrible Kevin.
—Calla mujer.

Y al día siguiente, pasaron al mañana con los abuelos mientras sus padres hacían guardia en el hospital y por la tarde volvieron a casa después de despedirse de todos.
—Nena voy a casa a ducharme y dejo esto en una colada y ahora me bajo. Me llevo la ropa para mañana y pedimos algo de cenar, no hagas nada.
—Vale, voy a hacer lo mismo.
Cuando estaban en la cama esa noche, después de hacer el amor...Bea le dijo...
—¿No tienes nada que contarme?
—¿De qué?
—Vamos Kevin, sé que te dan brotes desde la universidad y quiero saber de qué son.
—Está bien, pero que sepas que cada vez me dan menos, mañana te enseñó mi historial y hablamos. Esta noche no.
—Vale, pero de mañana que no pase.
Y ella se quedó preocupada.
—Vamos cielo, sé que estás preocupada, pero no es tan grave la cosa. No sufras.
—Claro que estoy preocupada por ti. No quiero que te pase nada.
—No me va a pasar nada, me pasó, pero ahora no.

- Me tienes en ascuas.
- Duérmete, chiquita. No sufras. Si no es nada importante.

Al día siguiente cuando volvieron del trabajo, mientras cenaban, le preguntó.

- Venga. Dime algo ya hombre.
- Ahora cuando cenemos, me he traído el historial para que lo veas.
- Está bien.

Y cuando tomaban café en el salón, ella tomó su historial y lo leyó.

- ¿Te diste en la rodilla jugando al fútbol?
- Sí, fue un golpe seco.
- Pero no tienes señales de operaciones ni nada.

—No, no se pudo operar, me cogió el nervio femoral y parte del obturador. Y la presión sobre esos nervios, me produjo años de brotes en los que no podía mover la pierna. Era como si la tuviera dormida, no podía andar, parte de la otra también me cogió, y tuve brotes de dolor nervioso y debía estar en cama o en silla de ruedas con dolores horribles, sin poder moverme, como si estuviera...

- Sí, imagino. ¿Cuándo tuviste el último brote?

—Hace dos años.

—Pues entonces es difícil que te dé. Quiero que te mire Natalie.

—Pero cielo, si no me dan ya hace tiempo. Antes me daban cada seis meses y mira dos años ya.

—Bueno, quiero que te mire.

—Está bien, pediré cita con ella, si te quedas más tranquila.

—Sí.

—¿Cuánto te duraban los brotes?

—Diez días, dos semanas... Siempre lo mismo.

—Bueno, mi niño, me he preocupado más de la cuenta. Si es eso, tampoco es tan grave.

—No quiero que me den, los dolores son horribles.

—Los dolores nerviosos son los más dolorosos, cielo, por eso vamos a verte, un escáner y una resonancia.

—Está bien, pero ven aquí, que me tienes loco, perdido chiquita.

—Ah Kevin, qué feliz soy. A veces tengo miedo de ser tan feliz contigo...

—No lo tengas, te lo mereces, es que has sido un bicho raro.

—Que te doy tonto...

—Conmigo serás feliz.

—¿No me vas a dejar?

—¿Por qué dices eso?

—No sé, no quiero que me dejes, soy tan feliz contigo...

—No te voy a dejar nena, si me vuelves loco.

—Por otra.

—¿Qué otra? No hay nadie en mi vida ahora más que tú.

—Y se abrazó a él fuerte.

—¿Vas a llorar?

—No, sé me he emocionado un poco.

—Pero mujer, si hasta mis abuelos te quieren, mis padres, has sido infeliz, pero ahora te toca todo lo contrario.

Y besó sus lágrimas. Y la abrazo

—Además con estas tetas...

—¡Tonto! —Hasta que no la hacía reír no paraba.

Y se quedaron dormidos, Kevin abrazándola. Abarcando su cuerpo. Enlazando la medida exacta de su vientre.

Pasaron un par de meses y llegó el día de los enamorados, el día de San Valentín, para esa fecha Natalie le había dado los resultados de un análisis exhaustivo que le hizo a Kevin, que lo veía bien, si le volvía a dar era más raro, porque ese tipo de lesiones se iba espaciando hasta desaparecer.

Así que le dijo a Bea, que no se preocupara tanto.

Esa noche del día de los enamorados, quedaron en salir a cenar. Ella le había comprado un reloj precioso y se lo regalaría en la cena y ella iba a llevarse una sorpresa que no esperaba.

Y cuando después de cenar pidió una copa de champagne y bombones, ella le puso la caja del reloj encima de la mesa y él la abrió...

—¡Qué susto por un momento creía que habían cambiado las tornas y me pedías matrimonio — y ella se rio! —Qué tontorrón eres!

—¡Estás loca mujer, es precioso!!

—Es solo un detalle.

—Ahora el mío.

Y le puso una cajita encima de la mesa y se la abrió.

—¡Dios mío Kevin!, —dijo con una mano en el corazón.

—Te quiero chiquita. Estoy enamorado de ti, así que la pregunta es: ¿Quieres casarte conmigo?

—Pero Kevin...

—Vamos es un sí o un no.

—Sí, claro que sí, loco, te quiero —y lo besó emocionada y lo abrazó. Su corazón palpitaba como loco y él le puso el anillo. Era blanco, un diamante mediano y precioso.

—¡Estás loco! Esto vale una fortuna.

—Lo mereces.

—Dios mío ¿qué bonito! te quiero.

—Pues ya sabes, tenemos que preparar una boda.

—En serio quieres casarte conmigo?

—No, en broma. Tonta, desde que te vi la primera vez, supe que eras tú, la mujer de mi vida. No había otra. Fue un flechazo.

—Bobo, te amo tanto... Es tan bonito —se miraba la mano izquierda.

—Tú eres bonita.

—Mañana llamo a las chicas y se lo digo. Si nos descuidamos se casa Natalie después que nosotros.

—Nos casaremos después, primero vamos a buscar tu casita.

—¿Vamos a comprarnos una casa?

—Claro mujer, no vamos a vivir en dos apartamentos subiendo y bajando como locos y tenemos nuestros trabajos aquí. vamos a buscar la casita de tus sueños. Podemos pagarla.

—¿Es verdad? Tenemos dos sueldos.

—Voy a preguntarle a Wes si tiene algo para nosotros con piscina y porche y un patio bonito,

haremos barbacoas.

—Pedimos una hipoteca.

—Ya veremos.

—Claro, ¿cómo vamos a pagarla entonces?

—Ya veremos. Bueno. A ver qué nos dice Wes. Seguro nos encuentra algo a buen precio.

—¡Ah, Dios Kevin, ¡estoy loca de contenta!

—Nena, esto ya no tiene marcha atrás.

—Tendrás premio esta noche, te lo mereces —le dijo Bea.

—¿Sí? No esperaba menos.

—Sí, tomo pastillas anticonceptivas desde hace unos años, pero nunca quise hacerlo sin nada hasta tener una pareja fija y estable que me amara y yo a él.

—¿Y con Nick?

—No quise, y esta noche es la noche. Eres mío.

—¡Joder Bea, no sé si estaré preparado para ese ritmo sin nada!

—Sé que sí.

Y si lo estuvo, pero entrar en ella desnudo como un ángel etéreo, desnudo y suyo, fue como volar entre palomas.

Ella lo recibió entre sus carnes, recorriendo los territorios de su cuerpo mojado y oculto, como la escarcha en invierno y parte de su cuerpo se quedó en el de Bea.

—¡Dios mío, pequeña, es lo más!

—¡Ay, Dios madre mía, Kevin, ¡te quiero!

—Yo sí que te quiero. Ha sido... no puedo explicarlo.

—Me lo explicas la próxima vez —le dijo recobrando la respiración.

—Desde luego, ahora ame tendrás babeando más que antes, así a pelo en cualquier lado, puedo cogerte.

—¡Qué tonto! Si es que me pones loco, entrando ahí dentro.

—Y tú a mi cuando entras.

—No quiero que ya nadie entre ahí, que lo sepas.

—No creo que lo haga nadie.

—Es mío, nena.

—Soy tuya, tengo tu anillo.

—Lo sé, pero no es por eso, lo sabes.

Y a partir de ahí sus relaciones fueron mágicas, si estaba en la cocina, le decía que no se pusiera ropa interior, si entraban por la puerta, la cogía a horcajadas y contra la pared, en la ducha, en la cocina si se agachaba, de lado en la cama.

—Vas a matarme cualquier día Kevin.

—Es que te pones muy erótica.

—Estoy desnuda.

—Pues eso. Estoy en plena adolescencia con mi pequeña.

Un día, Kevin llamó a Wes, desde su apartamento para que no lo oyera Bea.

—¡Hola Wes!

—¡Hola Kevin!, ¿Qué pasa hombre?

—Perdona que te moleste, sé que te casas pronto y estarás muy liado.

—No pasa nada. Hasta que no me case, falta un par de meses.

—Bueno, quiero que cuando vuelvas de tu luna de miel si te vas...

—Ah bien! Dime.

—Entonces estoy buscando una casa.

—Para ti y para Bea, ya me enteré de lo del anillo, a ver si quedamos otra noche a cenar

—Si queréis este fin de semana, no tenemos guardia.

—El sábado.

—Perfecto, en el mismo sitio a las seis.

—Está bien.

—Bueno ¿Qué casa quieres?

—Quiero una con piscina, no demasiado grande como la tuya, si puede ser, cuatro dormitorios y dos salas bajo, una sala y un despacho, concepto abierto y un aseo. ¿Estás haciendo algo no demasiado lejos del hospital?

—Pues mira sí, tengo una fase que se está vendiendo donde antes vivía Natalie, son 10 casas independientes, como lo que tú quieres, no tienen piscina, pero puedo hacértela en tu casa. De tres y cuatro dormitorios, me quedan dos, pero fíjate, tengo una idea, si te interesa.

—Dime

—La casa piloto está amueblada, tiene piscina hecha, pero es la casa piloto, solo te la puedo dar cuando venda el resto, esa tiene 4 dormitorios y amueblada.

—¿Dejas los muebles?

—Sí, te los dejo, si te la quedas y te hago un 20% de descuento. Claro que ya sabes, tienes que esperar a que venda las tres que me quedan y pintarla y lavarle toda la ropa. Faltan cosas, no creas que tiene de todo, los cajones están vacíos, la cocina necesita utensilios, pero algo tiene, puedes aprovechar. Y tienes todos los electrodomésticos de alta gama. Es un ahorro. Tienes cuatro dormitorios y dos baños arriba y abajo un aseo.

En el patio un cuarto de lavado y otro para utensilios de piscina, si quieres quedamos y vemos el precio y la ves, está en el mejor sitio eso sí, te la reservo. ¿Puedes mañana por la tarde?

—Sí, le diré a Bea que tengo que comprar cosas y la vemos. Ya me dices el precio. ¿Cuántos metros tiene?

—180 metros cuadrados. Están muy bien, la verdad, un jardincito de entrada con valla blanca que eso le va a encantar a Bea, seguro. Y el patio es grande.

—Bueno, no le digas nada a Natalie que enseguida se entera Bea, la voy a comprar yo y amueblarla lo que le falte.

—¿En serio tío?

—Tú lo has hecho.

—Es verdad, pero pensé...

—Tengo para comprarla al contado y todo lo que falta, y así la estrenaremos, con la ropa solo. Tendré que buscar una chica que me compre lo que falte y que me ayude con las compras. Y me pasas un pintor. Eso ya sé que lo pago yo.

—Eso está hecho. Pero te voy a mandar a la decoradora que tenemos, puso esos muebles y sabe qué necesita una casa, cuando te pinten, puede ponerte todo lo que falte. A ella le hacen descuentos, te va a salir más barato que buscar tú por tu cuenta.

—Ah, perfecto me encantaría.

—Pues anota la dirección y quedamos a las cinco, mañana.

—Estupendo. Quedamos mañana, y gracias, Wes.

—De nada Kevin. Un placer.

CAPÍTULO OCHO

Natalie y Wes, se casaban en junio. Bea al igual que Natalie, recibió su anillo de compromiso en febrero, el día de los enamorados y Kevin quería tener la casa lista para después de la boda de ellos, esa fecha, esperaba tener suerte si Wes vendía las casas que le quedaban pronto. Solo eran tres.

Al día siguiente fue a verlas, eran maravillosas, le encantó, eran más grandes de lo que pensaba, pero a Bea le iba a gustar.

Lo hacía pensando en ella, la fachada era de piedra gris clara y los suelos de madera oscura, preciosos. Le encantó. Le dijo que sí, que reservaba la casa piloto.

El fin de semana quedaron a comer. Y en unos momentos en que ellas hablaban West le dijo a Kevin, si tienes prisa, en cuanto vendan las casas que me quedan, dos ya, esta semana se ha vendido una, te aviso a un pintor y tengo y a mi decoradora estupenda, que te pondrá todo lo que te falta. Te va a salir más barato que buscar lo innecesario. Te la dejará lista, limpia, para entrar.

—Me parece buena idea.

—¿Cuánto me saldrá la casa?

—Unos 280 mil dólares, son preciosas, pero te quito el 20 por ciento y te quedas los muebles, la fachada es de piedra, solo pintas el interior. Te saldrá unos 224 más impuestos y el pintor no te cobrará mucho y tienes ya la piscina hecha. Y garaje para dos plazas. Y más de la mitad de los muebles, por mucho que te gastes los 300. Es un buen precio por una casa, si pides hipoteca...

—Gracias Wes. Lo compraré todo al contado, y lo mejor son las dos plazas de garaje, Bea se compró un coche.

Lo sé, me lo dijo Natalie. Siempre las hago con dos. Es lo normal.

—¿Tienes para comprarla al contado?

—Sí, tengo herencia de mis abuelos, a mis padres le dejaron la casa y a mí el dinero, supongo que pensando que me compraría una, pero Bea no lo sabe, ni quiero.

—¡Menuda sorpresa!

—Sí, contrataré a tu decoradora y que me la termine bien y bonita.

—Ya verás. Te ahorrarás buscar cosas, además a ella le hacen descuentos y eso te repercute.

—Sí, no tenemos tiempo de tanto.

—Te aviso en cuanto venda las dos que me quedan.

—En eso quedamos.

Al mes, un mes antes que Wes y Natalie se casaran, Wes, llamó a Kevin, para decirle que ya podía comprar la casa. Quedó esa misma tarde y la compró.

Ella lo vio salir dos o tres días seguidos y se mosqueó un poco.

—¿Qué pasa Kevin?

—Tengo que hacer algunas compras mujer y mañana tengo que ir al banco, mis abuelos quieren que les haga un favor, ¿Puedo?

—Vale, me estás mosqueando.

—Aún tienes mi anillo, celosilla. No hay nada de nada que pensar mal, confía en mí.

—Sé que algo te anda rondando en esa cabecita.

—Dame al menos diez días mujer, luego te cuento.
—¿Ves? Sabía que algo estabas haciendo.
—Sí, pero no quiero que lo sepas.
—Será bueno...
—Excelente. Te encantará.
—Bien, haz lo que necesites, pero no será la rodilla, ¿no?
—¿Me ves cojear?
—No, ni quiero. Oye, deja el sábado por la mañana, que cuando limpie, vamos a comprarle el regalo a Natalie y a Wes, no sé qué vamos a comprarle, tiene de todo.
—¿Y dinero?
—Además de eso, quiero que tengan un regalo nuestro.
—Copas de champagne, adornadas, de buen cristal.
—No estaría mal, algo bonito, con sus nombres.
—Sí.
—Pues vamos el sábado y nos compramos la ropa también, ¿quieres?
—Sí, y como siempre comemos fuera.
—Pues ya está, el sábado me comprare un vestido precioso.
—Tú siempre estás preciosa.

Antes de la boda de Natalie y Wes, Kevin tenía la casa lista, completa y maravillosa, pero esperó una semana más después de la boda a entrar. Se lo dijo a sus padres, y estaban emocionados, le dijeron que irían un día al menos, porque no querían dejar a los abuelos solos, y Kevin les dijo que se los trajeran, podían comer e irse tras el café, así verían la casa.

A ver si los convencemos, ya sabes cómo son, se mueven poco.

—Yo los llamaré.

Kevin, no veía el momento de ver la cara de Bea y su emoción al ver la casa. todo lo que hacía era para hacerla feliz, porque él era feliz.

La boda de Natalie fue maravillosa, lo pasaron estupendamente, Daniel no fue, porque estaba en Alemania, de todas formas, ella no iba a invitarlo, pero sí fue Brenda con Lucas que seguían saliendo juntos.

—¡Ah, mi amor! qué bonita, ¿verdad? —Le dijo ya casi de madrugada Bea a Kevin.

—Sí pequeña, ha sido preciosa y Natalie estaba guapa.

—Natalie estaba tan guapa... Una menos, ya solo quedamos dos.

—Y ya mismo una, porque tenemos que planear la nuestra, hace meses que te regalé el anillo.

—Pero si no tenemos casa, mi niño.

—Eso tiene solución, mañana vamos a ver casas.

—Pero si es domingo...

—Por fuera, damos un paseíto, y no hacemos de comer. Nos levantamos cuando nos apetezca.

—Si quieres... Ahora necesito una ducha, casi va a amanecer y tengo los pies muertos de bailar.

Y se quitaron la ropa y se dieron una ducha.

—Nena no te pongas tan erótica que no salimos de la ducha, y ella se arrimó más a él pegándose a su miembro, provocadora y coqueta.

—Pequeña...

—Ummm... Y cogió su pene y lo subió rozándolo con su sexo.

—¡Joder Bea! Y la cogió a pulso y la embistió contra el baño gimiendo hasta que se deshicieron juntos en un clímax brutal

—¡Ah, Dios Kevin! ¡mi niño!...

—Qué mujer más loca, si te mueves así, no me das un respiro.

—Si quieres respirar te dejo en la cama ahora.

—Si no tengo fuerzas.

—Pues por la mañana, estamos cansados.

Y no fue por la mañana casi a la hora del almuerzo, se despertaron haciendo el amor. Recogieron después la ropa y la colgaron.

—Anda ponte algo y vamos a almorzar o a desayunar, lo que te apetezca y damos una vuelta ver las casas.

Y Kevin la llevó a la zona de las casas.

—Me encantan estas con las fachas de piedra. ¿A ti, no, nena?

—Son preciosas sí,

—Esta de la esquina, son independientes, pero al menos no tiene a nadie a un lado ¿Quieres verlas?

—Pero si es domingo, loco.

—Pero te gustan.

—Me encanta, fijate en el porche y el jardincito con vallas blancas, precioso.

—Venga vamos a verla —Y sacó las llaves.

—¿Qué haces Kevin?

—Entrar a verla.

—Pero Kevin...

—Es nuestra, cielo, se la he comprado a West. Me ha hecho una rebaja y me ha dejado los muebles, era la casa piloto, pero todo está impecable y nuevo, todo lavado y la he pintado.

—Kevin...

—No me mires, mira la casa, es nuestra, la he comprado para nosotros.

—¿Pero con qué dinero?

—Nena tu hombre tiene dinero de sus abuelos.

—Pero entonces yo...

—Tú la disfrutarás conmigo, es tuya, mira Natalie, es lo mismo.

—Eso sí, pero yo...

Y se emocionó en el porche.

—Vamos cielo, no empieces.

—Es que están bonita por fuera, de piedra, preciosa.

—Pues no la has visto por dentro, no le falta nada.

—¡Ay qué loco estás, Kevin!

—Si es por ti, desde luego.

—¡Dios mío, qué preciosidad!, es mi casa soñada, es... como la de los gemelos de la tele

Y él se reía.

—Mucha tele americana has visto.

—Es que me encantan.

—Pues mira.

—Dos salas.

—Sí, este es nuestro despacho, doble, da a la calle y la sala, de estar, para leer y comer y

escuchar música y de todo. El salón comedor cocina.

—Pero ¿cuántos metros tiene loco?

—180, creo, no me acuerdo.

—Un aseo.

—¡Qué bonito!

—Vamos a arriba. Cuatro dormitorios este es el nuestro, la cama está hecha podemos estrenarla.

—No, cuando tengamos todo aquí.

—Vale, qué mala, tiene dos vestidores y un baño doble.

—Esta es la de invitados, con un armario empotrado grande y un baño con ducha. Y entre estas dos iguales a la de invitados, otro baño, al otro lado, dan al patio. Mir qué bonito...

—Kevin...

—Qué cielo.

—Tiene piscina.

—Sí, para nosotros, Wes la hizo para que la gente viera que podían poner una en el patio y algunos compradores la hicieron. Pro no llevaban, solo esta.

—¡Ah, Dios ahora sí voy a hacer ejercicio!

—Con barbacoa y balancines y un sofá.

—Es maravilloso y el césped y las hamacas, y estos cuartos, limpieza y de la piscina —y Bea se iba emocionando como una niña.

—Y la cocina está completa. Tenemos juegos de sábanas tele, adornos, fuego. Todo para mi niña. Otra tele en la sala y música.

—¡Ay Dios mi niño! —se abrazó a él, —en mi vida soñé tener una casa como esta. Pero te daré el dinero que tengo ahorrado.

—No seas tonta. Pero si quieres hacemos una cuenta para los dos, si te sientes mejor. Además, tú ganas más que yo, bandida.

—Pero... ¡Oh, madre mía! Solo falta la comida. Es la compró yo.

—Nena, la estrenamos, si no quieres en la cama, en el salón, pero necesito mi premio.

—En la piscina. Des nudos, no nos ve nadie.

—Adelante pervertida.

Y se bañaron en la piscina desnudos, allí estuvieron toda la tarde hasta que anocheció. Cenaron fuera y se fueron a casa.

—Me siento un poco mal Kevin, soy feliz, pero que tú pongas la casa esa entera y maravillosa...

—¿Te quieres olvidar ya de eso boba? Además, tenemos que casarnos y...

—Eso tengo para pagarlo, si no tenemos muchos invitados.

—Los que quieras.

—En plan familiar e íntima.

—Sí, me encanta así.

—Pues vale.

—El lunes abrimos una cuenta y tenemos que dejar los apartamentos y cambiarnos. Ir llevando cosas cuando salgamos del trabajo, para el fin de semana que viene estamos allí estrenando nuestra casa.

—Vamos a terminar reventado si lo hacemos durante la semana, descansamos el fin de semana, el otro hay guardia

—Mejor.

Y así fue como en una semana están viviendo en su casa, y habían puesto una cuenta para ahorrar y otra para vivir con las nóminas.

—Tienes más dinero que yo, nene.

—Lo sé. Mis abuelos, ya lo sabes.

—Uf cómo me pones a veces.

—Como me pones tú a mí con esas tetas.

—¡Cómo eres!

Y el sábado fue al salir de la piscina cuando Kevin se sintió mal, que no podía andar.

—¿Qué te pasa, Kevin?

—Creo que no puedo andar. Anda, vamos a la sala, te seco y te pongo un chándal fresco.

—Cariño, creo que es un brote.

—¿En serio?

—Sí, me duele de cojones, no me siento la pierna y la otra casi igual. Lo siento nena.

Y ella lo vistió, miró su historial y fue a la farmacia a comprar sus medicinas, ella las recetó desde su casa, eran medicamentos fuertes, inyecciones y pastillas y le puso una fuerte que se quedó dormido.

Llamo a su casa y le dijo a su madre que tenía un brote, y la madre le dijo que hacía mucho tiempo que no le pasaba, que a lo mejor no le duraba mucho como le dijo el doctor.

Ella no quería molestar a Natalie en fin de semana y lo que hizo fue contratar a un enfermero para que lo cuidara mientras ella iba al trabajo, para moverlo y bañarlo.

Él no quiso irse de la sala, pero debía porque había que bañarlo, pero el chico era fuerte y lo llevaba en brazos casi a rastras.

Por la mañana lo bañaba y lo bajaba a la sala.

Estaba prácticamente dormido esos días, del dolor y ella sufría, le pidió la baja y encima tenía el doble de trabajo.

Cuando venía del trabajo, se iba el chico y ella ya se encargaba de darle la cena, y cuando lo dejaba dormido trabajaba un par de horas en el despacho, se duchaba, le ponía una inyección y se acostaba a su lado en la sala en el otro sofá.

—Cielo...

—¿Qué pasa mi niño? ¿cómo te encuentras?

—Tienes que hacer mi trabajo.

—No te preocupes de eso mi amor, ¿cómo estás?

—Mal ¿cuántos días llevo.

—Solo tres.

—¡Joder Bea! No quiero estar así toda la vida.

—Tan poco es tan malo, si estas así una vez al año, no te voy a dejar por eso, bobo, lo que me duele es verte así, con dolor.

—Acuéstate en la cama, yo estoy bien.

—No puedo, ni quiero, si necesitas algo estoy aquí, además quiero verte, no puedo irme tranquila a la cama, lo sabes.

—¡Qué trabajo voy a darte!

—El sábado viene tus padres.

—Nena cuando se vaya Tom, que ya esté bien, deberíamos meter una mujer al menos una vez a la semana para que no trabajes los sábados.

—Si quieres lo hacemos, pero ahora no te preocupes de eso, sino de estar bien y dormir mucho

que pasen los días.

—Quiero, que limpie la casa y se ocupe de la plancha nosotros vamos a la compra una tarde y así el fin de semana para nosotros solos.

—Que sí, que me parece bien. Ya lo haremos, descansa. Me parece bien, si es solo un día. Y se acercó y lo besó.

—¿Quieres más almohadas?

—Estoy bien, dame un besito. Qué pena que no pueda hacerte el amor, hasta el pene lo tengo lisiado.

—No es cierto, es solo de la rodilla para abajo.

—Pues tengo la sensación en toda la pierna, porque es un nervio, pero ya verás, la semana que viene estarás nuevo.

—No le gustaba verlo así, tenía que dolerle demasiado y no quería quejarse delante de ella.

Tom era un buen chico, ella le dejaba la comida hecha para que comieran y el desayuno antes de irse al trabajo.

Y a la vuelta hacía la colada, la comida y trabajaba y él sufría al verla.

—No seas tonto, si tengo de todo. Ya estoy contigo.

—Dame un abrazo.

—Estás mimosito.

—Sí, te echo de menos, abrazarte como quiero, pero en cuanto me muevo...

—Pues no te muevas.

—Y que me pongas eso para mear, como si fuese un abuelo...

—¿No se lo pones tú a los enfermos?

—A veces, pero lo hacen los auxiliares.

—Bueno, no te preocupes por esas tonterías, si tú tuvieses que hacerlo conmigo lo harías.

—Claro que sí.

—Pues entonces...

Te echo de menos durante el trabajo.

—Lo llevo al día, no te preocupes tanto.

Durante la semana, tuvo visita de Natalie y West, de Brenda y Lucas, de su tío el director del hospital. Todos habían venido a verlo. Y al menos estuvo entretenido, peor luego terminaba cansado y dolorido.

El sábado vinieron sus padres, y estuvieron comiendo en la sala, a los abuelos no los convencieron.

—¿Cómo esta Bea? —Le preguntó la madre.

—Pues ha pasado días malos, pero está Tom, que viene el sábado y domingo solo a bañarlo por las mañanas y a que haga sus necesidades con fuertes dolores, el resto de la semana se va cuando yo vengo, así estará hasta que esté bien del todo.

—Antes le duraban diez días máximo.

—Lleva siete días con hoy, así que espero, que, con esta medicación fuerte, esté listo.

—Ya se sienta.

—Por eso. Lo veo más contento, tiene menos dolores.

—Gracias hija.

—No debe dármelas, es mi pareja. Lo quiero.

—Espero la boda. Está entusiasmado con la boda.

—Tenemos que hablar de ello, solo que la vamos a hacer en plan familiar y amigos, quiero que

vengan mis padres, no sé si será posible traerlos y a mi tío Mateo y su mujer de nueva York, ustedes, los abuelos, y nuestros amigos, los padres de Natalie, el director, su cuñado y su mujer y no creo dejarme a nadie más, aparte de mis amigas y sus parejas.

—Pues ya somos unos pocos.

—Sí, ya les iremos diciendo.

—¿Por la iglesia?

—Yo quisiera, peor es algo que tendremos que hablar entre los dos.

—Me encantaría —Le decía Bea mientras terminaba la comida en la cocina. El padre estaba con Kevin en la sala.

—A ver qué dice Kevin y espero que en un saloncito de un restaurante o un hotel pequeño ya veremos.

—Bueno, en cuanto sepas la fecha lo dices.

—Sí, quiero ver hoteles para meterlos a ustedes y los que vienen de fuera.

—Eso estaría genial.

Por la tarde los padres de Kevin se fueron tras el café.

—Te veo mejor cielo. Voy a quitar los cafés y limpio la mesa.

—Y te vienes conmigo.

—Con quién me voy a ir.

—Te escapas al despacho.

—Bandido, solo cuando estas dormido, siempre estoy contigo. Te quiero más que a nadie en el mundo quejoso.

—Te quiero pequeña, gracia por cuidarme, creo que esto está pasando.

—Bueno no te esfuerces, hasta que no estés bien, no te doy el alta.

Y se la dio el lunes siguiente, aunque ya estaba bien, él se desesperó, nada el lunes, despidieron a Tom y contrató a una señora una vez a la semana el viernes como sugirió él ya dormían arriba, y hasta el sábado no lo dejó hacerle el amor.

—Nena, me estás castigando.

—No quiero que vuelvas atrás, pero si esto ha sido siempre así.

—Pues cuando venga, ya sabemos.

—Te vas a casar con un...

—Ni lo digas, con el mejor hombre del mundo, y punto y pelota.

Y él se rio. Eso qué es...

—¡Que te calles!

—Mandona.

—Todo volvió a la normalidad y ahora tenían más tiempo compraban el jueves cuando volvían del trabajo y así tenían todo el tiempo para ellos.

—¿Ves cómo tenemos más tiempo para nosotros?

—Es verdad, solo tengo que hacer la cena y un poco el despacho, cada día o cada dos, si a veces lo haces tú.

—Me voy a hacer una señorona.

—El sábado echaban la siesta en la sala, después de hacer el amor en los sofás de la sala.

—Nena...

—Dime cielo...

—Tenemos que poner la fecha para la boda, y preparar la lista de invitados y buscar un hotel pequeño.

—Sí. A mediados de octubre.

—Me parece bien.

—Mira un sábado.

—El 15 de octubre es sábado.

—Pues ese, preparamos las invitaciones, son pocas. El lunes pasamos por el hotel que hay en el centro, y preguntamos por habitaciones. Y el salón, los menús.

—Por la iglesia, si tú quieres.

—Me gustaría.

—Por la iglesia para mi niña, la que está más cerca del hotel. Hablamos y el día anterior ponemos flores.

Pedimos octubre de vacaciones, así estamos tranquilos y podemos ir una semana de vacaciones a algún sitio. De luna de miel. A mis padres les pago el pasaje.

Y en un mes tenían todo solucionado, las tarjetas enviadas, una noche de hotel para los padres y abuelos de Kevin, otra para los de Natalie, y tres para los padres y su tío Mateo, a sus padres los recogían sus tíos Mateo de Nueva York y se venían juntos y se iban juntos, luego su tío los dejaba en Nueva York hasta Sevilla.

Todo lo tenían casi listo, la ropa todo.

—Ya nos queda poco, cielo.

—¿Dónde nos vamos de vacaciones? Tus padres y tus tíos que son los últimos se van, el 17. — Nos quedan luego trece días.

—Algunos en casa para descansar, pues nos vamos diez días. Lo que no sabemos es dónde,

—Al caribe mexicano,

—No estaría mal con esas playas, además son recintos cerrados para descansar. Vamos a ver... Punta Cana, está bien. Cancún, Riviera Maya.

—Pues llamamos viaje y una semana de estancia.

—Bien.

Al final reservaron a la Riviera Maya. Con todo incluido.

—Nos vamos a gastar todos los ahorros.

—Pero es una vez en la vida merece la pena.

—Bueno, viajaremos todos los años, pero no tenemos una boda ostentosa cielo.

—Es verdad.

—Me voy a casar madre mía.

—Ya lo tenemos todo.

Y en octubre, al menos pidieron las vacaciones y tuvieron tiempo de rematar todo lo de la boda. Eran en total 20 con ellos y fue muy emocionante.

Bea llevaba un vestido y una mantilla sevillana que le encargó a su madre, precioso, estilo sirena, a media manga y el cuello abierto a las mangas.

Estaba preciosa y Kevin con un esmoquin.

Sus amigas preciosas y emocionadas, les decían que solo quedaba Brenda.

La comida estuvo muy bien, y ella fue la mujer más feliz del mundo pues tenía a todos los seres que más quería a su lado, sus padres estaban emocionados, les encantó Kevin, a todos y los días posteriores estuvieron con ellos hasta que se fueron.

Prometieron ir al año siguiente de vacaciones a Andalucía otra vez esta vez, iría con Kevin, a enseñarle dónde había nacido y él ya estaba preparando viajes y estudiando sitios.

Después estuvieron en la Riviera Maya una semana, descansando, nadando, haciendo el amor, hicieron algunas excursiones, pero lo suyo fue relajarse. Otros tres días en casa y empezar de nuevo.

Empezar una nueva vida, maravillosa, era feliz con el hombre que había elegido. Nunca iba a arrepentirse de ellos.

De Nick, nunca más supo porque no quería que nadie le hablara de él, no le importaba nada. Era feliz con su rubio.

Así paso otro año en que iban de vez en cuando a casa de los padres y abuelos e Kevin, en Acción de gracias o Navidades o algún fin de semana comer, que eran mayores, salían a veces con Natalie y Wes. Natalie se quedó embarazada y tuvo el año siguiente a su primer hijo, Wes, como su padre y allí fueron todas tías, estaban enamoradas del hijo de Natalie.

Al año siguiente Kevin y ella fueron de viaje a Andalucía, pasaron por Nueva York a ver a su tío Mateo y estuvieron dos días y en Andalucía estuvieron veinte, viendo casi todo el recorrido que hizo dos años atrás con Natalie. A Kevin, le encantó, fueron en septiembre y no hacía demasiado calor. El vino encantado de las tapas y el jamón.

—Te vas a poner gordo cariño.

—Esto está muy bueno, y el aceite con las tostadas.

—Lo sé, me encanta la sierra de Cazorla, es una maravilla, pero me gusta Sevilla y Cádiz, todo, la Alhambra, Málaga, todo es precioso, pasaron unos días en casa de sus padres y fue un viaje inolvidable.

Después de esas Navidades, Kevin le dijo:

—Mi amor...

—Dime amor

—¿Quieres que tengamos un bebé?

—Sí, sí tienes 29 años y yo 31, pues si quieres, ya hemos repuesto un poco el dinero.

—Nos dieron en la boda bastante.

—Lo tengo guardado.

—¡Qué ahorrativa eres!

—Pues ves, para el bebé...

—Entonces dejas las pastillas.

—Sí, si quieres...

—¿Y a qué esperas?

—Eso, a qué espero, voy a comerme a mi marido, desde abajo.

—Ay nena, que me pone mucho...

—Eso pretendo.

—Que voy a explotar antes de lo previsto.

—Ummm, no, aguantarás.

—Ah nena, más despacio, mi amor, más despacio —y ella iba despacio para darle placer y hacerlo suyo hasta soltar como un volcán su lava ardiente y cálida.

Y el en un último gemido le decía que la quería.

Al cabo de tres meses, en marzo, supo que estaba embarazada, pero eso no fue todo, Natalie también estaba embarazada de su segundo hijo, y aquello fue un no parar de hablar de niños.

Natalie estaba de un mes más que ella, pero se alegraron tanto, más cuando Brenda les dijo que se casaba.

—Pero Brenda estamos embarazadas, mira que gorditas... —le decía Natalie

—Pues así iréis a la boda, me caso en dos meses, en agosto, así que vestidos de embarazadas.

—¿Estás loca mujer?

—Me he vuelto loca. No esperamos más.

—Pues nada. Tú misma.

—Lo celebramos este finde semana los seis.

—Eso está hecho —y cenaron los seis el sábado. Wes, Natali, que dejaron con los abuelos al pequeño Wes, Kevin y Bea y Brenda y y ...

Y así fue como se casó la loca de Brenda y ellas fueron embarazadas a Austin que fue donde se casó, ya que ella era de allí y allí estaba toda su familia. Se quedaron a dormir Bea y Kevin en casa de los padres de Kevin y Natalie y Wes en un hotel.

En noviembre, Natalie, tuvo a su segundo hijo, esta vez una niña preciosa, Madison. Y Wes era el hombre más feliz de la tierra.

Kevin siempre estaba pendiente de Bea, sobre todo al final del embarazo, los padres, los abuelos, todo el mundo ya que iba a ser el primer sobrino de su tío Mateo, el primer nieto de sus padres, de los padres de Kevin y el primer biznieto de los abuelos de Kevin, porque era un niño y tenía nombre, Fran, como sus dos abuelos.

Kevin estaba tan emocionado... como los abuelos.

Fran un niño rubio de ojos azules y el flequillo tieso como su padre, nació el 3 de diciembre, de noche, en un parto un tanto largo, pero emocionante para ellos.

Kevin fue el primero en tenerlo en sus brazos. Luego se lo puso a ella en el pecho y lloraron juntos.

—Es como tú Kevin, rubio y con el flequillo tieso.

—¿Sí verdad?

—Es tan tuyo...

—Mi amor has sido muy valiente. Te quiero. Es nuestro niño para siempre. Es tan bonito...

CAPÍTULO NUEVE

Ocho años después...

Fran, el hijo de Kevin y Bea, cumplía los siete años, e iba a celebrarlo en un parque infantil para celebraciones de cumpleaños infantiles del centro comercial.

Había invitado a los hijos de West y Natalie, West de 9 años y Madison que había cumplido el mes anterior siete también, y las hijas de Brenda que tenían cuatro años, Lisa y un añito Marie. Además de otros niños de su clase.

Estaba emocionado.

¡Vamos papá!, que llegamos tarde.

—No te preocupes, Fran aún falta y llegamos a tiempo. Además, lo tenemos reservado para nosotros. El primero que entra es el que cumple los años.

—Mamá, papá tarda mucho...

—¡Ay este papá! —y ella iba a besarlo.

—Papá. Eres un tardón para tu hijo, ¿qué haces?

—Terminándome de vestir, ¡qué estrés!

—Venga que nos vamos ya, voy sacando el coche, Fran ven conmigo.

—Me llevo el regalo para que lo vean los niños.

—Fran una bicicleta, no podemos llevarla, no te preocupes, le echamos una foto.

—Sí, así la verán, espera, móntate en ella, con el casco y las rodilleras y te hago fotos, así podrás enseñarles a los niños tu regalo.

—Mamá con el casco, venga otras, mientras Kevin bajaba por las escaleras.

—¿Qué hacéis?

—Tu hijo quiere enseñarles la bici a sus amigos.

—A ver mi cumpleaños y el niño iba en busca de su padre, que lo cogía en alto y lo abrazaba.

—¡Qué guapo!

—Nena debíamos tener otro, Fran tiene siete años.

—No quiero más que tenemos mucho trabajo, cielo. Tengo ya dos niños —y el pequeño se reía.

—Será hijo único como nosotros.

—Y querido por todos. Ya tengo una edad mi amor, no quero pañales de nuevo, además tengo dos niños y el más grande me da más trabajo.

—Pero es un buen trabajo el que te doy nena.

—Eso ya lo sé y me gusta, me encanta.

—Ponte el abrigo Fran.

—¿Te doy trabajo? —le decía él cogiéndola por detrás.

—Sabes que sí, no tengo fuerzas para más, mi amor.

—¿Papá otra vez?

—Es que tu madre es tan guapa. ¿A que sí?

—Sí, pero eres un pesado.

—¿Ah sí? ¿soy un pesado? —ven aquí,

—¿Eso le dices a tu padre? —y lo cogía en alto y lo mangoneaba y el pequeño se reía.

—Luego con el niño en alto, iba a besar a Bea...

—Eso es porque te quiero.

—Lo sé, sé que me quieres como yo a ti.

—Para toda la vida.

—Para toda la vida.

Y salieron los tres a celebrar el cumpleaños de su hijo.

ACERCA DE LA AUTORA

Erina Alcalá, es poeta y novelista, nacida en Higuera de Calatrava, Jaén, Andalucía, España. Ha impartido talleres culturales en el Ayuntamiento de Camas, Sevilla. Ha ganado varios premios de poesía, entre ellos uno Internacional de Mujeres, y ahora escribe novelas románticas de corte erótico. También colabora con Romantic Ediciones en las que encontrarás parte de sus novelas. También publica en Amazon en solitario con bastante acierto entre sus lectores.

Entre sus obras, por orden de publicación encontrarás:

1	Una boda con un Ranchero	(Romantic Ediciones)	(Serie ranchos romántico-erótica)
2	Un amor para olvidar	(Romantic Ediciones)	(Serie romántico-erótica)
3	Cuando el pasado vuelve	(Romantic Ediciones)	(Serie romántico-erótica)
4	Un vaquero de Texas	(Romantic Ediciones)	(Serie ranchos romántico-erótica)
5	Tapas en Nueva York	(Romantic Ediciones)	(Serie romántico-erótica)
6	Otoño sobre la arena	(Romantic Ediciones)	(Serie romántico-erótica)
7	Tu rancho por mi olvido	(Romantic Ediciones)	(Serie ranchos romántico-erótica)
8	Un Sheriff de Alabama	(Romantic Ediciones)	(Serie ranchos romántico-erótica)
10	Una noche con un Cowboy		(Serie ranchos romántico-erótica)
11	Pasión y fuego		(Serie romántico-erótica)
12	El amor viste bata blanca		(Serie romántico-erótica)
13	Teniente Coronel		(Serie romántico-erótica)
14	La equivocación		(Serie ranchos romántico-erótica)
15	El otro vaquero		(Serie ranchos romántico-erótica)
16	El escocés		(Serie romántico-erótica)
17	El amor no es como lo pintan		(Serie romántico-erótica)
18	La lluvia en Sevilla es una maravilla		(Serie romántico-erótica)
19	Tres veces sin ti	Saga Ditton, I	(Serie romántico-erótica)

20	Consentida y Caprichosa	Saga Ditton, II	(Serie romántico-erótica)
21	Solo falta Jim	Saga Ditton, III	(Serie romántico-erótica)
22	Trilogía Ditton	Saga Ditton completa	(Serie romántico-erótica)
23	La chica de Ayer		(Serie ranchos romántico-erótica)
24	Escala en tus besos		(Serie romántico-erótica)
25	No tengo tiempo para esto		(Serie romántico-erótica)
26	¿Quién es el padre?		(Serie ranchos romántico-erótica)
27	Y tú, ¿Qué quieres?		(Serie romántico-erótica)
28	Segunda Oportunidad		(Serie romántico-erótica)
29	Te juro que no lo he hecho a propósito		(Serie romántico-erótica)
30	Los caminos de Adela		(Serie romántico-erótica)
31	La vida de Eva		(Serie romántico-erótica)
32	El número 19		(Serie romántico-erótica)
33	El Lobo de Manhattan		(Serie romántico-erótica)
34	Ojos de Gata		(Serie romántico-erótica)
35	Lo que pasa en las Vegas se queda en las Vegas		(Serie romántico-erótica)
36	El hombre que más amo		(Serie romántico-erótica)
37	I Mónica	Los Hijos de Mónica Amder	(Serie romántico-erótica)
38	II Alex	Los Hijos de Mónica Amder	(Serie romántico-erótica)
38	III John	Los Hijos de Mónica Amder	(Serie romántico-erótica)
39	IV West	Los Hijos de Mónica Amder	(Serie romántico-erótica)
40	Los hijos de Mónica (Tetralogía)	Los hijos de Mónica Amder	(Serie romántico-erótica)
41	Esposa a la fuerza		(Serie romántico-erótica)
42	Un grave error		(Serie romántico-erótica)
43	¿Estás loca?		(Serie romántico-erótica)
44	Una visita inesperada		(Serie romántico-erótica)
45	Yo soy la dueña		(Serie ranchos romántico-erótica)
46	Heridas al viento		(Serie romántico-erótica)
47	Natalie no perdona	Amigas para siempre	(Serie romántico-erótica)
48	Bea da una última oportunidad	Amigas para siempre	(Serie romántico-erótica)